Adolescentes en conflicto

Juan Bautista de las Heras

Una experiencia educativa con jóvenes en riesgo social

Editorial CCS

ADOLESCENTES EN CONFLICTO

Una experiencia educativa con jóvenes en riesgo social

Colección EDUCAR

1. ***Psicología evolutiva***. Antonio Arto.
2. ***Escuela y valores***. Anselmo P. Bosello.
3. ***Educar(nos) en tiempos de crisis***. José L. Corzo.
4. ***Educar en la diversidad***. Eugenio González.
5. ***El grupo de preadolescentes***. Vincenzo Lucarini.
6. ***Aproximaciones al hombre***. Ronaldo Camozzi.
7. ***Estrategias para educar en valores***. Mª Ángeles Hernando.
8. ***Experiencias de innovación pedagógica***. Isabel López.
9. ***La evaluación en Educación Primaria***. José L. Gómez.
10. ***Cómo librarse de la tele y sus semejantes.*** J. A. López Herrerías.
11. ***Proyecto Educativo de Centro***. J. L. Estefanía / Avelino Sarasúa.
12. ***La evaluación en Educación Secundaria***. José L. Gómez.
13. ***Manual legislativo de educación***. Mª Jesús Ortega.
14. ***El tutor***. Francisco Menchén.
15. ***La evaluación en Bachillerato***. José L. Gómez.
16. ***Cómo gestionar un Centro de Secundaria***. Felipe Díaz Pardo.
17. ***Cómo ser eficaces en la escuela.*** Mª José Meilán.
18. ***Evaluación interna del Centro y calidad educativa***. J. L. Estefanía / J. López.
19. ***El despertar de la violencia en las aulas.*** José L. Carbonell / Ana I. Peña.
20. ***Escuela, familia y medios de comunicación***. Javier Ballesta / Plácido Guardiola.
21. ***Comprensividad: desarrollo productivo y justicia social.*** B. Zufiaurre (ed.).
22. ***Superdotados y talentos***. Esteban Sánchez (dir.).
23. ***Introducción a la psicología comunitaria.*** Fátima Cruz / Mª José Aguilar.
24. ***Aprovechar la crisis con creatividad***. Carlos Díaz.
25. ***Educar para la participación en la escuela***. Víctor J. Ventosa.
26. ***El consumo de medios en los jóvenes de Secundaria***. AA.VV.
27. ***La mediación escolar***. José Antonio San Martín.
28. ***Evaluación externa del Centro y calidad educativa***. J. L. Estefanía / J. López.
29. ***Educar en la no-violencia***. J. González / Mª J. Criado.
30. ***Evaluación sin exámenes***. Jesús Mª Nieto.
31. ***La animación lectora en el aula***. José Quintanal.
32. ***Padres, hijos y amigos***. Eugenio González.
33. ***Claves de la orientación profesional***. Mª Ángeles Caballero.
34. ***Una antropología educativa fundada en el amor***. Javier Barraca.
35. ***El placer de educar***. Flora Bresciani.
36. ***Adolescentes en riesgo***. Manuel Tarín / José Javier Navarro.
37. ***Cómo evitar o superar el estrés docente***. Jesús Mª Nieto.
38. ***Vivir interculturalmente: aprender un nuevo estilo de vida***. Rafael Sáez.
39. ***El lenguaje musical en las enseñanzas artísticas***. Luis Francisco Ponce de León.
40. ***Adolescentes en conflicto***. Juan Bautista de las Heras.
41. ***Aprendizajes y diversidad educativa.*** Eugenio González.
42. ***El grito de los adolescentes***. Pedro Ortega.
43. ***30 consejos prácticos para educar hoy.*** Santiago Galve.
44. ***Eduquemos mejor.***x José Mª Quintana.

Colección EDUCAR

JUAN BAUTISTA DE LAS HERAS

ADOLESCENTES EN CONFLICTO

Una experiencia educativa
con jóvenes en riesgo social

EDITORIAL CCS

Segunda edición: marzo 2007.

Página web de EDITORIAL CCS: www.editorialccs.com

Diagramación editorial: Concepción Hernanz
Ilustraciones de interior: Miguel Redondo Valderrama
Fotografía de portada: José Antonio Warletta García
Diseño de portada: Olga R. Gambarte
ISBN: 978-84-9842-476-8

A mi padre Baldomero y mi madre Rosa
por lo bien que supieron criar
y educar a sus hijos Josantonio, Maripaz,
Félix y Bau.

Índice

8. Normas sí, pero con flexibilidad
9. Todo planificado, pero viva la improvisación
10. Hay que dar explicaciones, no son niños
11. Divide y vencerás: siempre da resultado
12. Lo de hoy, mañana no cuenta
13. Los educadores cambiamos nuestros papeles
14. Tiempo fuera, pero, de la casa
15. Necesitamos los errores para educar
16. ¡Oye! Que a mí no me engañas, que todo se sabe
17. Siempre negociación: partimos de que no quieren
18. Sin empatía no se avanza
19. La intencionalidad educativa que nunca falte
20. Ceder hoy, para ganar mañana
21. El conflicto es necesario y ayuda a crecer
22. Los insultos son terapéuticos, los de ellos
23. Quién ha dicho miedo, ¡si son unos niños!
24. El método machaca, nunca falla
25. El orden externo, imprescindible para el interno
26. Tu futuro empieza hoy, ¡no esperes!
27. ¡Que respetes mis derechos! Y… ¿tú los míos?
28. De lo que nos cuentan no sabemos nada
29. Ellos sí que lo tienen difícil
30. ¡Quiero ir al médico!
31. Las entrevistas personalizan
32. Del «o todos o nadie» a la individualización
33. Comer, jugar… juntos, crea la fraternidad
34. El que rompe paga
35. Dime cómo vistes y te diré quién eres
36. La asamblea: taller de diálogo
37. ¡No me grites!… ¡no soy tu padre!
38. ¡Que no quiero estudiar!
39. ¡Con mi cuerpo hago lo que quiero!

ANEXO
RECURSOS PARA ASAMBLEAS Y ENTREVISTAS

A modo de presentación

1. ¿Nos situamos?

Esto que te cuento ocurrió, como casi siempre sucede, en una barriada pobre de la zona sur de una muy conocida ciudad. Después de varios intentos fallidos, una familia accedió a franquearme sus puertas. En un principio todo eran pegas, pero, al final, logré granjearme su confianza.

El padre estaba en paro y, aunque no tenía ninguna cualificación laboral, con sus trapicheos y chapuzas iba juntando unos euros para financiar su bebida y dar un mínimo soporte económico a la familia; bueno, y como él decía, la droga del barrio alguien tendrá que venderla… Como las ganancias no alcanzaban para cubrir los gastos de toda la familia, la madre tenía que hacer algunos favores sexuales, con los que se completaba la economía familiar y así, a trancas y barrancas, iban sacando adelante a los hijos que habían ido llegando al hogar.

Como es lógico, ni el padre ni la madre tenían tiempo para estar pendientes de los hijos. Por suerte, la hija mayor, de 13 años, atendía a sus hermanos más pequeños. Claro que, dentro de sus limitaciones, lo hacía a su manera. La constante escasez de recursos personales y materiales generaba un ambiente crispado, nada propicio para la convivencia y la educación.

Mucha de la comida y de la ropa que conseguían les llegaba de instituciones benéficas que habían reconocido a esta familia como muy necesitada de apoyo. Aun así, mal comían y mal vestían. La hermana mayor, dentro de su edad, de su disponibilidad y de su escasa preparación, aseguraba los mínimos de supervivencia de los pequeños, que no era poco. Por lo demás, estas ocupaciones la tenían alejada de la escuela aunque estaba en edad escolar. Tampoco sus hermanitos eran muy asiduos al colegio: mientras se levantaban o hacían que se levantaban, se medio aseaban, se entretenían con la televisión o la videoconsola, o se sentían atrapados por el variado y rico mundillo de la calle, no llegaban a ser frecuentes asistentes a la escuela. Además su padre, cuando estaba en casa, se encargaba de repetirles hasta la saciedad que la escuela no les daría para vivir y que era una pérdida de tiempo. Él mismo se ponía como modelo, en este sentido.

La madre, como solía trabajar por la noche, apenas estaba con sus hijos, pues el día era para dormir. Le molestaba especialmente que la despertaran los gritos y las peleas de los muchachos, que eran habituales y por cualquier motivo, especialmente cuando el mayor de los varones, 12 años, pretendía hacerse con el mando del televisor al que se sentía con más derechos que los demás; entonces, la madre, malhumorada, tomaba cartas en el asunto con ayuda de la zapatilla.

Este ambiente hogareño, se complicaba aún más con las ocasionales palizas que el progenitor de la familia propinaba a cualquiera de ellos o de ellas, incluida la mamá. Las manifestaciones violentas eran especialmente temibles cuando el cabeza de familia llegaba a casa borracho, cosa que sucedía con frecuencia. Nadie escapaba a sus mamporros y todos le tenían miedo; pero, en su calidad de «jefe de la tribu», se aceptaba con cierta normalidad que tuviera derecho a tales prácticas, más aceptadas por el miedo que por otro tipo de justificaciones de falsa autoridad.

Así y todo, y vuelvo al principio, me abrieron las puestas de su hogar, más que nada, porque, a pesar de las prevenciones iniciales, veían en mi cercanía la posibilidad de otra fuente de ingresos, sin problemas, para cubrir sus necesidades. Como esto era lo que inicialmente supuse esperaban de mí, no les decepcioné; por lo que, de vez en cuando, me dejaba caer por la casa con alimentos, ropa, juguetes o medicinas; en fin, lo que yo consideraba les pudiera ser de más utilidad. Reconocía yo que no era este el mejor procedimiento para conseguir cambios, pero me preocupaban mucho el abandono y negligencia en que vivían los niños y, por ello, claudicaba con esta práctica limosnera, que en el fondo, no sirve sino para mantener y a veces reforzar este tipo de situaciones insostenibles. Por lo demás, los padres se sienten aliviados y se desentienden de sus responsabilidades pensando que ya las instituciones sociales se ocuparán de seguir dando soluciones. Para colmo, dicen con la mayor naturalidad del mundo, ¿para qué preocuparse o molestarse? Todo es cuestión de tiempo, a medida que los hijos se van haciendo mayores, tan pronto como pueden, vuelan de la casa. Eso sí, con la cruda certeza de que reproducirán la misma historia allá adonde lleguen. Sus ancestros hicieron lo mismo cuando abandonaron sus casas, porque así lo aprendieron, igualmente, de sus padres. El guión tradicional de este prototipo de familia se mantiene vivo, de abuelos a nietos; es como un círculo, en este caso viciado, que se repite y se transmite de generación en generación. Así que, a veces me pregunto: ¿Me hubiera ocurrido a mí lo mismo de haber nacido en este ambiente familiar?

No obstante, mi gran pregunta es si tal círculo fatídico se puede romper de una vez por todas. Este era el interrogante que me proponía responder al hacerme huésped de tan peculiar familia.

Para comenzar, reconozco que no fue tarea fácil romper el hielo de la relación con los seis hijos de esta familia a los que les extrañaba que una persona adulta, diferente de sus padres, se empeñara en introducir cambios en las costumbres y modos de actuar que habían mamado y vivido con toda normalidad desde su nacimiento. Tal vez, de seguir en el empeño, con las siguientes generaciones de hijos o nietos de los actuales niños, sí se pudiera progresar y salir del círculo anteriormente dibujado.

La verdad es que esta primera generación está demasiado marcada y condicionada por su cultura familiar. Me atrevería a decir que se trata de un lastre de siglos que los tiene marcados tan profundamente, que les va a ser muy difícil abandonar, pues es como una especie de segunda naturaleza. Claro que no hay nada imposible en esta vida y, al menos, se ha de intentar el cambio. Como seres humanos, también tienen todo el derecho del mundo a vivir con dignidad y a disfrutar de los beneficios de la sociedad del bienestar que tanto procuramos proteger en este otro lado de la ciudad; porque lo de los derechos humanos es para todos, ¿o no? Pienso que la sociedad tiene la obligación de ofrecerles los medios y las oportunidades para salir de su miseria, pues bastante tiempo llevan dando vueltas y vueltas en el mismo carril. Y esto ha de ser así incluso aunque en ocasiones ni siquiera sean capaces de entender las posibilidades que se les ofrecen y, además, se opongan manifiestamente a los cambios que se les proponen, porque su pobreza es tanta, que también se pone así de manifiesto. Aunque claro, ellos ven y viven todo este proceso a su manera.

En este punto crucial me encuentro, y con esta problemática de fondo, a la hora de contarte, en estas páginas, la experiencia educativa que he tenido la oportunidad de vivir con jóvenes en situación de riesgo social. Te adelanto que soy optimista por naturaleza y que creo en el ser humano y en sus posibilidades de cambio, de crecimiento, de educación y de desarrollo. Pese a las circunstancias, creo que no todo está irremediablemente perdido, que no estamos tan condicionados como pudiera parecer, y que disponemos de un ilusionante margen de libertad. Es verdad que conseguir el florecimiento de estas actitudes bondadosas, supone esfuerzo, exigencia, trabajo, dolor…; pero también, alegrías, satisfacciones y progresos en un mundo mejor, patentes en este caso, en un rinconcito de una barriada pobre del sur y de una ciudad muy conocida.

2. Acerca del título

Lo de *Adolescentes en conflicto: Una experiencia educativa con jóvenes en riesgo social*, es para hacerme eco desde el principio de la intención que ha estado presente a lo largo de las páginas que he ido escribiendo durante bastante tiempo. Parto, en primer lugar, de los protagonistas de mi experiencia, pero, a la vez, dejo constancia de mi actitud hacia ellos. En el fondo se trata de una historia común que hemos tenido durante cinco años. Una historia de encuentros y desencuentros, de alegrías y penas, de tensiones y satisfacciones… pero, que sin duda, ha merecido la pena.

La expresión más típica que se oye en el Hogar es: «¡No quiero!». Es la reacción más suave. Es la respuesta eufemística que brota de estos jóvenes para expresar directamente su negación a lo que les planteas, eso por un lado; pero las más de las veces es una autoafirmación de lo que son o aparentan ser estos chavales a los que me voy a referir en esta historia.

Porque, en último término, de un trozo de historia vivida tratan estas líneas que te

propones leer. No pretendo hacer un tratado sobre la educación de adolescentes. Para eso están los manuales de Pedagogía y de Psicología Evolutiva. Ni pretendo hacer un libro de carácter científico aderezado con las típicas citas de autoridades en la materia. No. Sólo voy a contar una experiencia vivida durante unos años en un Centro de Acogida de Adolescentes en conflicto y riesgo social.

Lógicamente no parto de cero. He asistido a numerosos cursos universitarios o promovidos por entidades que trabajan en este sector. También están en el fondo de estas reflexiones una serie de lecturas especializadas de libros y revistas que se han consultado, leído y asimilado. Y estoy muy agradecido a cuantas personas me han facilitado sus experiencias y sus reflexiones cualificadas al respecto. Pero, al final, quien está, vive, juega, sale de excursión, afronta conflictos, convive, trabaja… somos los educadores, trabajadores sociales, psicólogos, familias colaboradoras y voluntarios que, en el día a día, vamos apoyando y construyendo la acción educativa con estos nuestros adolescentes que se encuentran en graves conflictos y en riesgo social.

Por consiguiente, voy a hablar desde mi experiencia personal. De los comienzos, de los aciertos y fracasos; de la ilusión y del desaliento vividos en carne propia y de tantas otras cosas que se irán desgranando en estos breves capítulos que serán como crónicas bienintencionadas del diario quehacer.

Por lo demás, las personas que trabajamos con adolescentes en los Centros y Hogares de Acogida solemos encontrar y afrontar, más o menos, las mismas situaciones, problemas y circunstancias. Así que, normalmente, actuamos de forma semejante y damos parecidas soluciones a los conflictos que constantemente se nos plantean. Quizá, por eso, en estas páginas surgirán respuestas que seguramente te resultarán conocidas y que te aportarán básicamente la verbalización, más o menos acertada, de lo que cada cual está haciendo en sus respectivos Centros.

Me decidí a escribir esta experiencia porque es bueno dejar constancia de lo que uno hace y porque, además de ser una especie de terapia personal, puede servir de orientación para quienes empiezan esta noble tarea de educar a los adolescentes en conflicto y riesgo social.

Partamos de algo elemental: estos adolescentes, por no tener, no tienen ni siquiera una familia, unos padres que les quieran; que les quieran de verdad, claro, porque el vínculo familiar en muchos casos se mantiene, aunque no se materialice ni se exprese de manera adecuada. ¿Quién no ha reflexionado alguna vez, estando viviendo con estos menores, en lo difícil que lo tienen? Ya desde que nacieron se les puso todo en contra. Sus primeros pasos fueron problemáticos y se desenvolvieron en un ambiente altamente conflictivo. Con estos comienzos vitales, ¿cómo no ser condescendiente con ellos? ¿Cómo no contemporizar? ¿Cómo no ser flexibles? ¿Cómo no tener paciencia casi infinita? ¿Cómo…? Creo que se lo merecen y, desde luego, con estas actitudes abiertas y generosas ya estamos educando.

Pero, hablando de educar: ¿quién educa a quién? ¿Nosotros a ellos? ¿O, por el contrario, ellos a nosotros? De seguro que coincidimos en aceptar el llamado *principio de la interacción educativa*. Tenemos la convicción de que todas las personas que viven

juntas, que se relacionan de una u otra forma: centro escolar, lugar de trabajo, espacios de ocio y tiempo libre, vecindario… todas, se educan mutuamente.

Es verdad que nuestra intervención educativa, como adultos y educadores, está programada, planificada y pretende ser sistemática; lo cual facilita enormemente la consecución de los objetivos que nos proponemos. Pero no es menos verdad que la cercanía de estos jóvenes, sus confidencias, sus comentarios, sus interpelaciones, incluso sus conductas disruptivas (vamos que se saltan y rompen las normas y límites siempre que pueden) también nos ayudan a reflexionar sobre nuestra propia realidad. Seguro que hemos tenido la experiencia de volver a repensar actitudes de nuestra vida, que dábamos por válidas y correctas, a la luz de nuestra relación con estos chicos y chicas. Es probable que hayamos llegado a rectificar aspectos de nuestra vida que estaban o, al menos, nos parecían estar estables y seguros, porque su actuación provocativa nos ha abierto los ojos ante nuevas dimensiones de la realidad. Es este proceso el que se suele conocer como *interacción educativa*.

Lo que vas a encontrar en estas páginas quiere ser, por una parte, una explicitación de la realidad de estos adolescentes que viven en nuestros hogares y, por otra, la aportación modesta de una experiencia, más o menos acertada, de intervención con estos jóvenes.

Así, pues, en una primera parte, abordaré algunos aspectos de la situación familiar de estos muchachos, que califico como multiproblemática y, también, subrayaré algunos rasgos que les caracterizan como adolescentes. Siempre desde la observación de la realidad y la vivencia, ya que no pretendo hacer una descripción sistemática ni especializada.

Luego, desarrollaré algunas reflexiones sobre aspectos eminentemente prácticos del Hogar o Centro de Acogida en el que he vivido. Y, finalmente, aportaré, completando el apartado anterior, algunos instrumentos «pedagógicos» utilizados a lo largo de estos años en las asambleas y entrevistas con los muchachos.

A las reflexiones presentadas, se añaden unos dibujos que les acompañan, dando la nota de humor que, entendemos, se hace necesaria en *esta apasionante tarea educativa, orientada a los/las adolescentes en conflicto y riesgo social*. Las viñetas de humor las ha realizado Miguel Redondo, cuya inspiración le ha venido de su voluntariado en el Centro desde hace varios años. Mi agradecimiento personal por su buen hacer.

Para terminar, quiero señalar que estas páginas han sido posibles, gracias al trabajo coordinado y conjunto llevado a cabo por los educadores y el equipo técnico del Hogar la Salle de Guadix (Granada) a lo largo de sus primeros cinco años de funcionamiento y personalizado por: Francisco Cabello, Delfín Franco, Delfín García, Mariángeles Villalba, David Ruz, Trini Jiménez, Pedro Doblas, Encarna Espigares, Manuel Velarde, Marisa Fernández, Juan González, Juan Manuel Serrano, Encarnación Caba, Carlos Villarreal, Nacho Rodríguez, Diego Reverte, Juan Fuentes, Jesús Bejarano, Agustín Ranchal, Fernando Martel, Juan Luis Aguilar y Vicente Ruiz. De manera especial quisiera expresar mi agradecimiento a Javier Botrán, por el apoyo que me ha dado estos años y por su dedicación al poner en limpio estas páginas.

Y, aunque no los nombraré, también las posibilitaron, como protagonistas, los adolescentes que han vivido y están viviendo en la actualidad en el Hogar. A todos, muchas gracias.

Primera Parte

DE TAL PALO TAL ASTILLA: FAMILIAS MULTIPROBLEMÁTICAS

1. PUNTO DE PARTIDA

Como la razón de ser de estas páginas son los propios adolescentes, te ofrezco dos escritos que pueden situarte en el horizonte y en el clima de lo que pretendo transmitir. Son dos cartas: la primera es de Rosana; es el testimonio de una joven que tuvo una infancia muy desagradable. Le pedí autorización para publicarla, por lo delicado del asunto, y ella ha accedido generosamente para que se transcriba aquí.

La segunda carta es de Richar. Es totalmente apócrifa, inventada, pero, cuando se leyó en una asamblea del Hogar, espontáneamente dijeron los chavales: **«Si parece que la hemos escrito nosotros»**. Y éste es, pues, nuestro punto de partida.

1.1. Carta de una joven que ha pasado por centros de acogida

Me llamo Rosana. Ahora te voy a resumir mi vida. Tengo 19 años.

Mi infancia no ha sido, que digamos, uno de los mejores momentos de mi vida. Pues siempre interna en un colegio…, mi madre con su enfermedad (trastorno mental), mi hermana, un año más joven que yo, fue adoptada por una familia y no sé en dónde se encuentra y mi hermano con una incapacidad mental sin una educación adecuada, criado en uno de los peores barrios de… y en un ambiente familiar que le iba a marcar toda su vida al igual que a mí…

Mi casa parecía más bien una cuadra y no sabes cómo me duele decirlo, jamás se me olvidará aquella vida que llevábamos y todo por el mal proceder de mi padre, pues sí trabajaba, pero… para qué, tenía que pagar antes sus deudas en bares, su bebida que no le faltara y mientras mi casa se nos caía. Tampoco se me olvidará lo abandonados que nos tenía, mi madre siempre enferma con sus depresiones y manías; una mujer harta de sufrir y con la responsabilidad de cuidar a sus hijos.

Pero lo peor no es todo esto, fue a partir de los 8 o 9 años cuando empezó lo peor que iba a sucederme… Un día toda mi vida cambió y… empezó mi infierno.

Yo desde chiquitita quería mucho a mi padre a pesar de que no se preocupara tanto por nosotros, pues por lo menos no me pegaba y me respetaba en todos los sentidos. Pero ya era tanto lo que bebía que su cabeza estaba demasiado trastornada, su personalidad estaba destruida… vaya mierda del alcohol.

Mi padre empezó a tener comportamientos raros, ya no me trataba como a su niña chica. Empezó a abusar de mí, hasta los 13 años. Yo le tenía miedo, mucho miedo, y no era capaz de decírselo a nadie, temía por mi madre y hermano. Qué iba a ser de ellos. Qué iba a ser de mí. No era capaz de delatar a mi padre. Aguantaba y aguantaba; cuando empecé a enfrentarme a él por lo que me hacía, me daba una paliza. Yo quería irme de mi casa pero no era capaz. Estaba harta, quería morirme. ¿Por qué me tuvo que pasar? Nunca, gracias a Dios, llegó a penetrarme. Dejó de hacerlo con los 13 más o menos, pues yo siempre le plantaba cara aun sabiendo que me iba a pegar.

Una noche mientras me pegaba (yo tendría 14 años) borracho perdido, tocaron a mi puerta. Era la policía. Los vecinos la llamaron porque escucharon gritos. Se lo llevaron a comisaría, ahí fue cuando dije toda mi verdad, pues era mi oportunidad: o ahora o nunca. Así que estuvo cuatro meses en la cárcel y le dieron libertad provisional. En ese momento yo empezaba a vivir de nuevo, se acabó mi infierno. Y después del juicio le condenaron a 5 años. Ahora está en la cárcel…

Yo sigo con tratamiento psicológico, pues aún no he terminado de asumir todo aquello que me ocurrió y sigo con algunas secuelas… Bueno creo que ya está bien. Un beso de alguien que te quiere.

Rosana

1.2. Carta de un adolescente que está en el ambiente actual

Hola, colegas:

Me llamo Richar y tengo 15 años. Me gusta bivir a mi vola.

Ya estoy cansado de que me digan lo que tengo que acer: los familiares, maestros, amigos,… no le dejan a uno tranquilo.

Bueno, con mis colegas es otra cosa.

Con ellos si que estoy davuten, o por si no lo entiendes de «PM».

Me gusta la ropa guapa y que no me falte la vuena comida.

No me gusta ir a clase. Es un rollo. Además como soy mu grande me da lache hestar con otros niñatos más pequeños que yo. De mi no se rie nadie. Con lo bien que se está en la calle, sin haser na, hablando con los colegas. Fumando o vebiendo, da lo mismo, aunque un buen porrito cae mubien al cuerpo. Yo con tener una cama pa dormir y una nebera pa ir comiendo, pues, la verdad, es que uno no nesesita nada más. Eso sí hay que estar guapos y «chachis» pa las payas. Las chicas, ya se save pa lo que están, hechar un rato con ellas y luego que no te compliquen mucho la vida. Oye, que ya tiene uno problemas pa que encima te calienten la cabesa. Como voy a cumplir 16 tacos, me dicen mis viejos que si no quiero estudiar, pues, que me ponga a currar. Desde luego no tienen corazón, ya tan joven y quieren que me ponga a trabajar. Digo yo que abrá que bivir la vida, que ya nos aremos mallores. Si yo pido mu poco, que me den dinero pal finde, que no me muera de ambre, una cama pa cuando regrese de mis juergas y ¡ya está! Pero si no me meto con nadie. Luego vienen mis viejos, y me disen que colabore en la casa, que hayude a mi padre en el taller, o sea, que están empeñaos en explotarme. No entienden que todavía soi un niño. Les voy a tener que explicar que todas las personas tenemos derechos y que yo también los tengo. Es que no se enteran. En fin ya os seguiré contando otro día.

Un abrazo y hasta luego.

Richar

2. ¿CÓMO SON SUS FAMILIAS?

Sus familias se caracterizan por los numerosos problemas que han ido acumulando durante generaciones y generaciones y les resulta dificilísimo desprenderse de ellos, entre otras cosas, por la falta de habilidades y de recursos propios para afrontarlos. Cuando se presenta la ocasión, solemos recordar, por analogía, que muchos médicos son hijos de padres médicos, y muchos abogados han tenido por padres a abogados, o muchos campesinos son hijos de padres campesinos, o… Pues eso, muchos de nuestros adolescentes tienen padres que han pasado por lo que ellos están pasando ahora. Y es

que cada generación pasa el relevo de su carga a la siguiente.

En general, sus progenitores han estado más centrados en la supervivencia que en el desarrollo de sus propias personas, y es que las necesidades primarias siguen siendo primordiales para ellos. Como ya decía anteriormente, todos estos modelos de conducta pasan de padres a hijos, pues los hijos siguen aprendiendo de sus padres; al igual que en la generalidad de cualquier familia, el modelaje procede de las personas mayores.

Sociológicamente, podíamos caracterizar a estas familias como *Familias Multiproblemáticas* y representan, desde siempre, una tarea compleja para los Servicios Comunitarios que se hallan involucrados en la intervención sobre ellas. Son familias con muchos problemas, pero con el agravante de que, en ocasiones, no saben resolverlos y además se da la situación de que no desean resolverlos; es decir, que viven y conviven al calor del «rescoldo» de los problemas.

Sí tienen claro que, cuando les desbordan los problemas, pueden recurrir a la Administración para que les «eche» una mano. Por lo que vengo observando, suelen conocer todos los recursos sociales de los que pueden disponer. ¡Y los aprovechan! Aunque en muchas ocasiones «utilizan» los Servicios Sociales, para ayudas inmediatas de índole material, no tanto para resolver o encauzar sus problemas verdaderamente.

Claro que se da el caso de muchas familias que están tan cerradas sobre sí mismas, que, al final, son los Servicios So-24 ciales los que tienen que tomar la iniciativa en la intervención, porque la familias, por sí mismas y por razones varias, no dan el paso. Pero los problemas les están afectando. En esta situación se genera hostilidad hacia la intervencón. Muchos serían los ejemplos que podría citar de familias que manifiestan su descontento y enfadado ante la pérdida de un hijo porque el juez pasa la tutela a la Administración. Últimamente los medios de comunicación social se hacen eco de esta realidad.

Por lo demás, las familias multiproblemáticas tienen, normalmente, bajo nivel social, con carencias culturales y económicas acentuadas. Esto no quita para que en algunas familias de escala social elevada, se pueda dar también una situación de bastante desorganización en la vida familiar. No obstante, las condiciones de vida de aquéllas, son espejo fiel de la desestructuración familiar: la precariedad en muchos ámbitos, la promiscuidad y la falta de condiciones higiénicas mínimas…

Muchos de nuestros adolescentes proceden de estas familias. Por consiguiente, al tratar de comprender su personalidad, podemos decir que hay una serie de características comunes que más o menos se repiten. Casi todos ellos se han visto sometidos a semejantes carencias socioambientales y, por lo tanto, las situaciones que presentan podemos considerarlas como comunes.

Algunos de los rasgos caracterizadores de las FAMILIAS MULTIPROBLEMÁTICAS serían los siguientes:

- Padres y madres que son pobres y no pueden mantener dignamente a sus hijos.
- Padres y madres que maltratan a sus hijos.
- Padres y madres que abusan sexualmente de sus hijos.
- Padres y madres que abusan psicológicamente de sus hijos.

- Padres y madres que explotan de alguna forma a sus hijos.
- Padres y madres que son negligentes, por lo que se desentienden en el cuidado de sus hijos.
- Madre maltratada y que huye con sus hijos.
- Padres y madres que abandonan a sus hijos.
- El padre se ha marchado y ha dejado a la madre con los hijos.
- La madre se ha ido y ha dejado al padre con los hijos.
- Padres alcohólicos y madres prostitutas.
- Padres y madres que están en la cárcel por el tema de las drogas.
- Progenitores en paro forzoso o que no quieren trabajar pero que viven de los «trapicheos».

A nadie se le oculta que, si esa es la situación familiar, los hijos están afectados por esta realidad y, aunque no quisieran, la influencia de la familia les hace ser de una manera determinada. Con esta manera de ser estamos familiarizados y también estamos acostumbrados a ver chavales en nuestros Centros. Termino con una frase que le oí decir a una madre de su propio hijo: «*Dicen que ese es mi hijo*». Ya te puedes imaginar las relaciones que pueden darse entre madre e hijo. Pero demos un paso más y acerquémonos a la realidad de nuestros chavales.

3. ¿QUIÉNES SON LOS CHICOS QUE NOS OCUPAN?

No resulta difícil describirlos si estamos viviendo con ellos. La verdad es que hay muchos estudios sobre su realidad; pero, de manera sumaria, enumeraré algunos de sus rasgos más destacados. A lo largo del apartado siguiente presentaré algunos detalles más para completar el cuadro de su realidad, teniendo en cuenta cómo viven en los ámbitos del hogar, escolar y sociola-boral.

Estos son algunos de los rasgos que ensombrecen su realidad:

— Rabietas y berrinches.
— Sustracción de cosas.
— Insolencia y falta de respeto.
— Mentiras y engaños.
— Vagancia, lentitud y desgana.
— Desobediencia.
— Fracaso escolar.
— Trabajo desordenado.
— Hiperactividad.
— Falta de autoestima y de aceptación.

— Aislamiento del grupo.
— Abuso del alcohol y uso de drogas.
— Adelanto de experiencias sexuales.
— Comportamientos antisociales.
— Afectividad mal vivida.
— Capacidad de autodestrucción.
— Continuas frustraciones.
— Obsesión por las cosas y personas.
— Mecanismos agresivos de defensa.
— Sentimientos de inferioridad.

Presentan también algunos aspectos positivos:

— Estudian hasta donde pueden, aunque les cueste.
— Asumen las normas del Hogar a las que se agarran en los momentos críticos.
— A veces median entre sus compañeros para facilitar las cosas.
— Son cariñosos y afectuosos.
— Agradecen las cosas a su manera.
— La alegría les brota espontánea.
— Quieren tener amigos.
— Tienen capacidad de admiración.
— Intentan no defraudarte.
— Responden a la confianza que les das.
— Saben encajar las adversidades.
— Poco a poco aumenta su esfuerzo.
— Desean superarse aunque les cueste.
— Reconocen y aprecian a las personas que están con ellos en los momentos difíciles.

4. SE TRATA DE EDUCARLOS, ES UNO DE SUS DERECHOS

Cuando hablamos de educar estamos dando por supuesto que se trata de una tarea en la que intervienen dos protagonistas: el educando y el educador. A primera vista, estaríamos entendiendo que ambos asumen su papel y, además, están por la labor de que el proceso educativo llegue a feliz término. Pero claro, estamos pensando en las familias normalizadas, en aquellas cuyos hijos tienen asumido con naturalidad que sus padres son

los primeros educadores de sus vidas.

Ahora bien, ese no es nuestro caso. Por un lado va la convicción del educador de que es necesaria **la interacción educativa**, lo más correcta y eficaz posible, y por otro lado, van las motivaciones e intenciones del supuesto educando que en muchos casos no llegan a confluir con las del educador. Y ahí puede estar uno de los puntos de desencuentro: no coinciden los objetivos del educador y los del adolescente. En definitiva, se considera imprescindible en el proceso educador **la interacción educativa** y por otro lado van **las vidas paralelas**, que no confluyen, de educadores y educandos: en estos casos, cuando no ves bien por qué no hay confluencia, es conveniente poner por escrito lo que observas en la realidad, pues te permite analizar sin apasionamiento y con suficiente distancia lo que está pasando, con el único propósito de situar las cosas y, por lo que respecta a uno mismo, para sentirse satisfecho o para corregir lo que estás haciendo y para tratar de llegar a la confluencia de objetivos, pues sólo así se dará la educación.

Con la idea de **interacción educativa** quiero expresar nuevamente mi convicción de que educadores y educandos nos educamos mutuamente y de que, si los educadores no nos dejamos educar, entonces no educaremos a los adolescentes. Con la expresión **vidas paralelas** me refiero a la clave para interpretar la realidad del Hogar. Reconocer esta realidad del paralelismo de nuestras vidas es asumir que hay unas «gafas» que necesitamos ponernos, valga el ejemplo, para entender el día a día del Centro. Así van las vidas paralelas del cada día:

LOS ADULTOS	**LOS MENORES**
Las personas adultas que intervenimos en el Hogar Hermanos de La Salle: educadores, empleada de hogar, psicóloga, religiosos, trabajadores sociales, voluntariado, profesorado de los centros educativos y directivos del lugar de trabajo, tenemos nuestra historia, nuestra familia, nuestra formación… y tenemos una educación con unos valores determinados que son diferentes.	**Los menores** que han estado, que están y estarán en el Hogar, tienen su historia, su familia, su «formación»… y tienen una «educación» con unos valores determinados, que son diferentes y diversos en cada uno de ellos como individuos y también distintos con respecto a los de los educadores.
Nos une la finalidad del Hogar, que no es otra que la educación integral (humana, cristiana y religiosa, n las diversas confesiones) de los menores y la preocupación porque su integración	A ellos les une el hecho de que una resolución judicial los ha enviado al Hogar. Por consiguiente, no están en el Centro por decisión personal y libre. Por lo que es muy comprensible que no quieran estar en el

en la sociedad, llegada su mayoría de edad, sea lo más acertada posible.	Hogar. No lo han pedido.
Para conseguir los objetivos disponemos de un marco de actuación que es el Proyecto Educativoy unos instrumentos, oficiales, que nos facilitan la tarea y el seguimiento personalizado de los menores.	No tienen una conciencia clara de que están aquí para conseguir desarrollar un Proyecto Educativo que va a ser un beneficio para ellos. Al revés, todo lo ven bajo el prisma de la imposición.
Cada una de las personas que intervenimos tenemos, sin duda, una *intencionalidad educativa* y, desde nuestras respectivas áreas, tratamos de hacerlo lo mejor posible, sabiendo que algunas veces nos podemos equivocar (lo cual repercute en la intervención), pues no hay que olvidar que nos movemos dentro de lo que podemos llamar la «interacción educativa»: nosotros les educamos, pero ellos también nos educan.	Me atrevería a decir que su intención es «sobrevivir» lo mejor posible en el medio que se encuentran, aprovechándose de todo lo que se les ofrece. Como mucho, de vez en cuando ceden, pero porque ven algún beneficio. Simplemente están imitando sus atávicos patrones familiares. Es lo que han «mamado» desde su tierna infancia. Así podemos entender que no pongan mucho interés ni en los estudios, ni en el aprendizaje de un oficio, incluso, ni en esforzarse por conservar un trabajo rentable y satisfactorio.
La Administración que nos ha confiado a los Menores y nos encomienda y exige una tarea educativa; nuestra actividad está programada porque es la mejor forma de hacer bien nuestro trabajo y conlleva una evaluación para ver si somos fieles a lo que se nos ha encomendado y que hemos asumido voluntaria y responsablemente.	Es verdad que en alguna ocasión se ven detalles en los que acusan el efecto de lo que les proponemos; pero, en cualquier caso, no valoran ni creen que todo lo que hacemos es para que consigan una buena formación. El futuro les cae lejos. Aceptan, más que nada «pasar por el aro», porque saben que si no, les vienen las sanciones.
A diario, desde nuestra conciencia de personas responsables, nos disponemos a afrontar nuestras obligaciones: a veces con más ilusión y otras con menos, en bastantes ocasiones con problemas personales que nos afectan. En esto no nos	Como han aprendido muy bien a sobrevivir en medios muy hostiles y agresivos, el Hogar es una más de sus circunstancias, aunque más confortable. Ellos, en realidad, llevan su propia vida; el Hogar es donde comen y duermen, pero para ellos es más importante la calle y lo que hay en ella, es como su

diferenciamos del resto de las personas, aunque nos distingue el ámbito en que nos movemos. Un ámbito sin duda especial: nuestros menores, cada uno con su propia historia y su realidad.	verdadera casa. Por lo demás, cada uno de ellos tiene su propia historia, sus ritmos, su proceso de adaptación. Viven juntos, pero cada cual lleva su propia evolución personal.
Nuestra preocupación es su educación. Para ello les ponemos normas, objetivos, límites, refuerzos… Les organizamos las tardes con actividades diversas, con su horario. Velamos por su higiene y su salud. Les motivamos para que estudien y superen el «fracaso escolar» que arrastran de años. Les gratificamos con excursiones, tiempos de internet, económicamente… Les facilitamos espacios de ocio y tiempo libre para su mejor formación.	Lo que más les preocupa es el tiempo que les queda libre para irse del Centro y, si se pudieran ir antes, pues, mucho mejor. De ahí que haya un «tira y afloja» para ir «tirando» lo mejor que se pueda, hasta que llegue la hora de la salida. No les preocupa saltarse las normas, asumen «que tienen que pagar un precio», pero son conscientes de que «se han salido con la suya», según sus planes personales.
Todo lo que proyectamos y hacemos «es para su bien» y así se lo decimos y lo seguimos haciendo desde que se abrió el Hogar La Salle. Así cumplimos la función que la sociedad nos ha encomendado que no es otra que, después de su estancia en el Hogar, se integren como uno más en la sociedad.	Muchas veces interpretan nuestras intervenciones como que son el resultado lógico de nuestro «trabajo» pero no como algo que tiene que ver con ellos. Aunque es verdad que en un diálogo personalizado te dicen que entienden nuestra tarea.

En definitiva, conclusiones

- *Creo que nuestra misión es muy necesaria, porque les ofrecemos y les damos a los menores aquello que nunca han tenido*
- *Los chavales de su edad, actualmente, tienen parecidas conductas con sus familiares, si bien los nuestros cargan con un «plus» de su propia «familia» que se traduce en estar muy rotos y desestructurados por dentro. Situación personal que proyectan hacia el mundo que les rodea.*
- *Nuestra tarea educativa no es muy «brillante» en el día a día, pero va dejando*

su huella; seguramente florecerá años más tarde y, además, quiere ofrecer a nuestros educandos aquellos útiles que les ayudarán a reconstruirse como personas, aunque, en un primer momento, no los reconozcan como tales e incluso los rechacen.

- *Finalmente, nuestra pretensión no es otra que lograr en ellos las ganas de vivir y hacerles llegar el mensaje de que se tienen que preparar para una buena integración en la sociedad, al menos que tengan parecidas condiciones a los compañeros de su edad. Nos guía la convicción de que: ¡Ellos no son menos! Aquí está el reto que tiene el Hogar La Salle*.

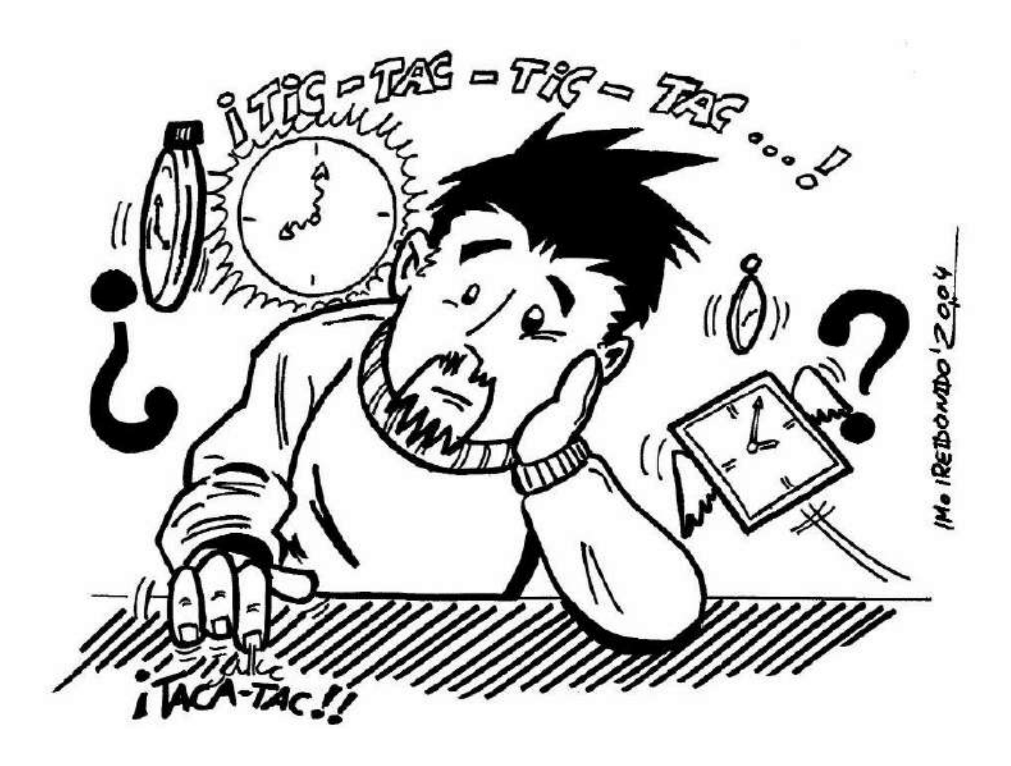
Con lo dicho hasta el momento, creo que están citados casi todos los elementos que nos pueden ayudar a situar cada uno de los criterios educativos que a continuación comentaré. Ya manifesté que no pretendo agotar los comentarios. Más bien, mi objetivo es iniciar una reflexión conjunta. Como se verá, muchos de los criterios están interrelacionados y las mismas ilustraciones que les acompañan dan la nota de humor que entiendo se hace necesaria en esta apasionante tarea educativa, orientada a los adolescentes en riesgo social.

Segunda Parte

CRITERIOS DE FUNCIONAMIENTO

1

Paciencia, este asunto va «pa´ largo»



Educar. Apasionante tarea la de educar Y no es para menos. Claro, estamos acompañando a personas que están creciendo, desarrollándose y que, encima, no están por la labor. Y, sin embargo, como al niño que no quiere comer, hay que inventarse la estrategia para que «cuele».

La realidad es la realidad. Y la realidad de nuestros chicos es que están rotos por dentro. No han tenido la oportunidad de vertebrar una mínima estructura que les sostenga como personas. No tienen en donde apoyarse. Su familia no ha contribuido a poner las bases de su identidad como personas. Aún más, lo que les han dado, y es lo que les ha ido configurando desde su más tierna infancia, no contribuye a desarrollar, en todo caso, al contrario, todo aquello que estimamos en nuestros proyectos educativos como lo necesario para que se configuren como personas en su plenitud.

Si cabe, pues, la paciencia es el mejor instrumento para este trabajo. ¡Cuántos proyectos trazados a lo largo de muchas horas y que luego se quedan en agua de borrajas! ¡Cuántos intentos de acercarse a la realidad del chaval tratando de comprenderlo, de animarle, de decirle «cuentas conmigo» y, luego, todo queda en nada! Pero paciencia, esta secuencia debe estar prevista en el «guión».

Sus enfados, su rebeldía, su negación a ponerse a estudiar, su saltarse la norma para provocarte, sus insultos para ver si saltas… son sus mecanismos para hacerse valer, para decirte que están ahí y, además, es una forma de intentar ponerse a tu mismo nivel, como si de iguales se tratara. Y no somos iguales.

Mil veces que digamos las cosas y mil veces que es necesario recordarlas. Desde luego, esto cansa. Está claro que porque se les diga que tienen que hacer su cama, no por eso tienen aprendido y asumido el hábito de hacerla. Hay que recordárselo todos los días y aun así la hacen a regañadientes, sin convicción ni «estilo».

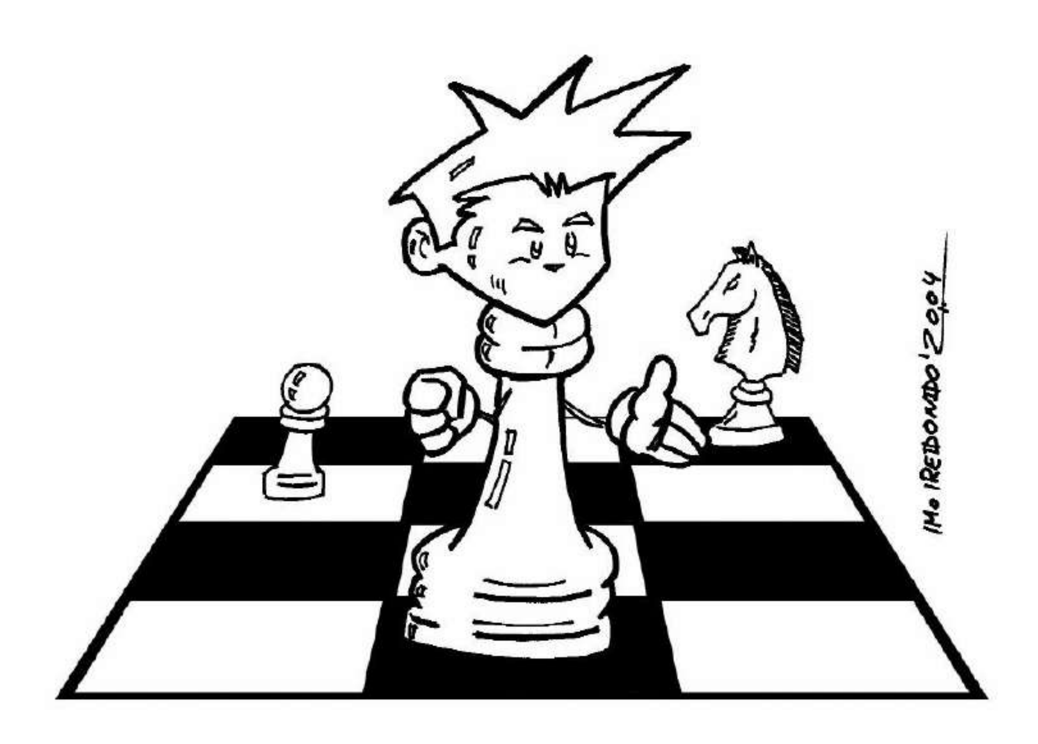
Oportunidades, hay que ofrecerles todas, hasta que dejen de pedirlas ellos, claro. Resulta agotador recordar en las asambleas temas que ya tendrían que estar superados y asumidos, pero es inevitable que sea así. Basta que nos detengamos en observar desde fuera sus realidades personales y será suficiente para entender y aceptar sus irregulares e inconstantes conductas. Y no lo olvidemos, también son adolescentes.

Los resultados en los procesos educativos no son visibles ni inmediatos; se necesita dar tiempo al tiempo. Aquí está la paciencia, escudo y armadura, imprescindible para toda persona que pretenda educar. A veces los chicos te sorprenden. Cuando menos lo esperas, dicen y hacen algo con lo que te quedas boquiabierto. Luego volverán a las andadas, pero te han demostrado que están educándose. Parece que te quieren avisar: «Sigue en tu papel, que, aunque no lo parezca, me interesa lo que estás haciendo conmigo».

En el hipotético caso de que existiera un retrato robot del educador, sin la menor duda, el primer rasgo sería: ¿Tiene usted paciencia, mucha paciencia? Y es que, para educar, hay que contar con que nada se consigue a la primera. Como todo lo que requiere maduración y solera, se necesita tiempo para que se vayan asentando los principios, los valores, los criterios que van estructurando y construyendo la persona. Por lo demás, no olvidemos cómo llegan de desestructurados a los Centros de Acogida estos muchachos.

Por último, añadiría que muchos de los criterios que iré comentando tienen como telón de fondo esta imprescindible actitud educadora de la paciencia.

2
Dos pasos «palante» y cinco «patrás»



En educación, nunca se avanza en línea recta. La propia experiencia nos lo confirma. Sin embargo, en el ambiente en el que nos movemos, esta circunstancia se acentúa. Dada la inestabilidad que caracteriza a estos chavales, les resulta muy difícil avanzar en la construcción de su persona. Se cansan muy pronto. Eso sí, no están estancados ni instalados en un retroceso irreversible. Avanzan. Lentamente, pero avanzan. Eso no quita que llamen la atención los cambios bruscos que se dan en ellos en un momento dado.

Un chaval que, aparentemente, ha superado una determinada conducta, como por ejemplo respetar el mobiliario de la casa, de buenas a primeras, en un arrebato de ira, rompe una silla; o bien, parecía que había asumido un determinado principio moral: el respeto a las cosas de los compañeros, y, de buenas a primeras te da la sorpresa con una sustracción; es decir, que regresa a las conductas del punto de partida.

Además, lo que suele ocurrir es que este proceso regresivo se da en todos los menores; incluso, a veces parece que se van turnando en el protagonismo, lo que da una cierta sensación de fracaso, y llegas a plantearte: «Pero bueno, ¿qué estamos haciendo? ¿Estaremos perdiendo el tiempo?» Más aún. Y todo lo que habíamos hecho en estos

meses o años, ¿dónde está?

Legítimo es hacerse la pregunta, pero hay que estar avisado para no desanimarse; pues, *en realidad se han avanzado dos pasos*. Si nos situamos en el proceso que va llevando el muchacho, estamos hablando de anécdotas que acontecen, que reaparecen, en su historia. Además, el mismo retroceso puede dar ocasión para hacerle recapacitar sobre la importancia de afianzar bien las cosas y no darlas fácilmente por conseguidas.

Por otro lado, es inevitable el retroceso, por cuanto es volver al «refugio» de lo que ha estado siendo él desde los primeros años de su infancia, en donde —nunca lo tenemos que olvidar— se pusieron las bases de su identidad.

En cuanto a la actitud del educador, tiene que darse la comprensión, pues no todo está perdido. Aunque la impresión que te abruma es la de la penosa tarea de «volver a empezar».

El hecho de retroceder puede ser signo de rebeldía ante lo que se le está ofreciendo en relación con lo que se tenía conseguido y asumido. Esto ya es muy positivo, pues se le está dando al chaval la oportunidad de elegir entre lo que viene arrastrando y lo nuevo que se le ofrece.

Antes de llegar al Hogar ni siquiera tenían la oportunidad de avanzar, mejor dicho, estaban en un continuo avance hacia la consagración de su realidad desestructurada. Por lo demás estoy convencido de que en la vida lo que nos ocurre, lo vamos integrando en nuestra historia personal. A veces lo acusamos como negativo, pero en otro momento dado, lo encajamos para nuestro bien. Por eso aunque parezca que se va para atrás, como los cangrejos, en el desarrollo de la persona se va avanzando, sobre todo si hay una intencionalidad educativa, como es nuestro caso.

3
La vía indirecta siempre funciona



Se trata de una estrategia que todos hemos utilizado en numerosas ocasiones, pero que sigue siendo útil, sobre todo, cuando quieres conseguir algo de un chaval que está bloqueado contigo y no es fácil hacerle ver las cosas que le convienen.

Evidentemente, el roce diario y la experiencia nos hacen conocer la realidad de cada chaval y sabemos por dónde hay que entrarle para conducirle a ese lugar en el que sabemos va a realizar lo que pretendemos. Lo que suele ocurrir es que, en ocasiones, la vía directa no es la más adecuada. De ahí que nos sirvamos de la indirecta.

Ocurrió en unas vacaciones: el chico en cuestión ya había manifestado que no deseaba ir a una familia colaboradora, pues iba a venir su madre y deseaba verla y estar con ella. La realidad era bien otra, pues la verdad es que el único interés que despertaba su madre en él era que le había prometido un móvil, y a esto se añadía que la madre no solía venir, con lo cual se solía sentir frustrado ante los compañeros. Por otra parte, la visita iba a ser de dos o tres horas, no más.

El objetivo del educador era propiciar la experiencia de estancia, durante un tiempo, en una familia colaboradora, por lo que había que facilitar el terreno: evitar tensiones inútiles, no forzar dicha experiencia. Entonces, se acudió a la vía indirecta. Un

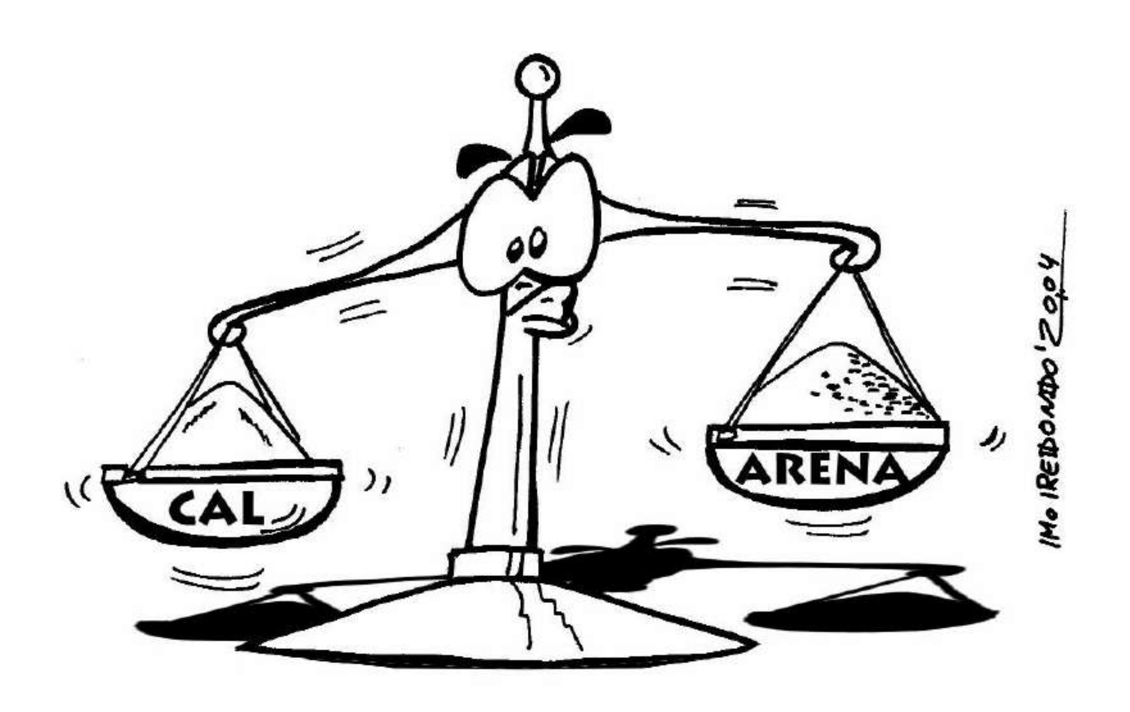
compañero, al que se le había preparado para allanar el terreno, empezó a hablar con entusiasmo y a comentar sus vacaciones con tal familia y lo bien que lo pasaba cuando iba con ella. Sus comentarios favorecieron que el muchacho reacio acogiera con naturalidad ir a la familia colaboradora que habíamos pensado para él. No hubo problemas. Es más, vino muy contento de su experiencia con la familia con la que había convivido, incluso, con el deseo de volver.

El mismo procedimiento nos favorece la solución de otras múltiples situaciones que van apareciendo en la vida cotidiana. Evitar conflictos que no aportan nada es bueno tanto para el crecimiento personal como para el buen ambiente del grupo. En cualquier caso es evidente que los compañeros, entre sí, son unos buenos mediadores.

También se puede aplicar esta misma estrategia en las Asambleas. Ciertas decisiones que se van a tomar se comentan, como si nada se pretendiera, con algunos muchachos y, cuando en la Asamblea aparece el asunto, éstos, casi como si de propia iniciativa se tratara, lo apoyan. Hasta para la simple decisión de elegir los lugares de excursión da buen resultado.

Supongo que todo esto te resulta muy familiar, pero traigo aquí el comentario porque todo tiene que contribuir a crear un buen clima educativo y, a veces, estas dinámicas lo favorecen, evitando así crispaciones innecesarias. Sobre todo, cuando estás las 24 horas del día viviendo con ellos.

4
Una de cal y otra de arena



Se hace muy necesaria esta actitud. La propia experiencia nos lo dice. No se puede estar cargando siempre las tintas o estirando una situación de tensión permanente. Con tal clima se hace inviable cualquier acción educativa. Además, la vida no es así, hay que saber contemporizar.

En muchas ocasiones, los muchachos se esfuerzan por hacer bien las cosas que se les encomiendan y hay que reconocérselo. ¿Quién no ha visto muchas veces que un chaval se levanta con prontitud, o ha salido de él colocar una cosa que estaba fuera de su sitio, o bien ha pedido acompañar a un compañero porque se encuentra en dificultades, incluso, te ha venido a ayudar porque está en su tiempo libre y quiere aprovecharlo de esa manera? No hay que dudarlo, en todos estos casos, aplausos.

Los adultos solemos, con bastante facilidad, subrayar con trazos fuertes lo que se hace mal y muchas veces llamamos a los chicos al despacho para decirles que se han pasado en tal o cual cosa, o con tal persona. Pues también hay que llamarles al despacho para felicitarles y animarles a seguir en la línea de aquello que han realizado bien. Así se les acostumbra a que vean que la vida acarrea todo tipo de situaciones y que se está tanto

para lo bueno como para lo malo.

El mismo grupo requiere de este tipo de terapias, o «caricias psicológicas». Los chavales, como grupo, también necesitan escuchar que van avanzando hacia las metas que se han propuesto o se les han marcado. Esta táctica crea un especial dinamismo en el grupo derivado de la euforia y el optimismo. Sin duda, entran en la acción educativa estas valoraciones positivas.

Hay, por naturaleza, una inclinación hacia lo sencillo y lo cómodo. La pereza fácilmente hace acto de presencia. A ello se le añade que, por su historia familiar, estos chicos no han aprendido determinadas conductas o hábitos que normalmente les ayudarían a madurar; por consiguiente, si hay que estar pendientes de ellos para ayudarles a corregirse, también hay que estar al loro de aquello en lo que destacan positivamente para que lo reconozcan, lo valoren y lo potencien.

Hay que hacerles descubrir que, en su proceso educativo, el mismo educador o educadora les sabe llamar la atención ante una conducta disruptiva, por un lado, pero también les sabe felicitar por aquello que realizan bien y que deben seguir cultivando. Estos procesos les ayudan a experimentar sus propias capacidades y les hacen ver que pueden utilizarlas para su bien.

Por lo demás, lo que nos importa es su persona entera; sería lamentable que nos quedásemos en recordarle constantemente lo que hace mal. Esa cantinela la viene escuchando desde su más tierna infancia en su ambiente familiar. En otro apartado hablaremos un poquito más.

Una de cal y otra de arena. Una vez más, la sabiduría popular expresa con acierto la realidad del ser humano y acertadamente nos hace ver que, en el día a día, hay que saber leer lo que está sucediendo, para interpretarlo adecuadamente y no dudar en aplicarlo en el desarrollo educativo de los chavales.

5
La inmovilización no es pegar



La verdad es que uno no está acostumbrado a *violentarse*. Pero hay ocasiones en las que el guión lo exige. Y no se trata de utilizar la violencia (sea física o verbal) con el adolescente, pero, en ocasiones, sí es necesario pararle los pies para que no llegue a mayores.

En estas situaciones se va dando una evolución, que inicialmente te puede parecer impensable, en la intervención de los educadores. Pongo mi caso como ejemplo. Un buen día, un chaval rompió una puerta del Hogar y yo me quedé de piedra: no sabía cómo reaccionar. Se me pasó por la mente darle un par de guantadas y así dar por zanjado el asunto. Pero no se las di y la puerta la tuvimos que arreglar. La escena se ha vuelto a repetir en otras ocasiones y con otros elementos del mobiliario; y uno va aprendiendo.

Pero el problema no son los muebles (bueno es un problema de presupuesto), el reto está en descubrir lo que el chaval está descargando con esa agresividad y con esa violencia que le sale de lo más dentro de sí mismo. Ahí es en donde hay que intervenir cuando se sosiegan los ánimos. Lo que ocurre es que, a veces, es efecto de su relación,

¿proyectiva?, con los compañeros o en los educadores, bueno, más bien en las educadoras o en el personal auxiliar femenino, todo lo cual tiene una motivaciones que debemos ayudarle a descubrir y a corregir.

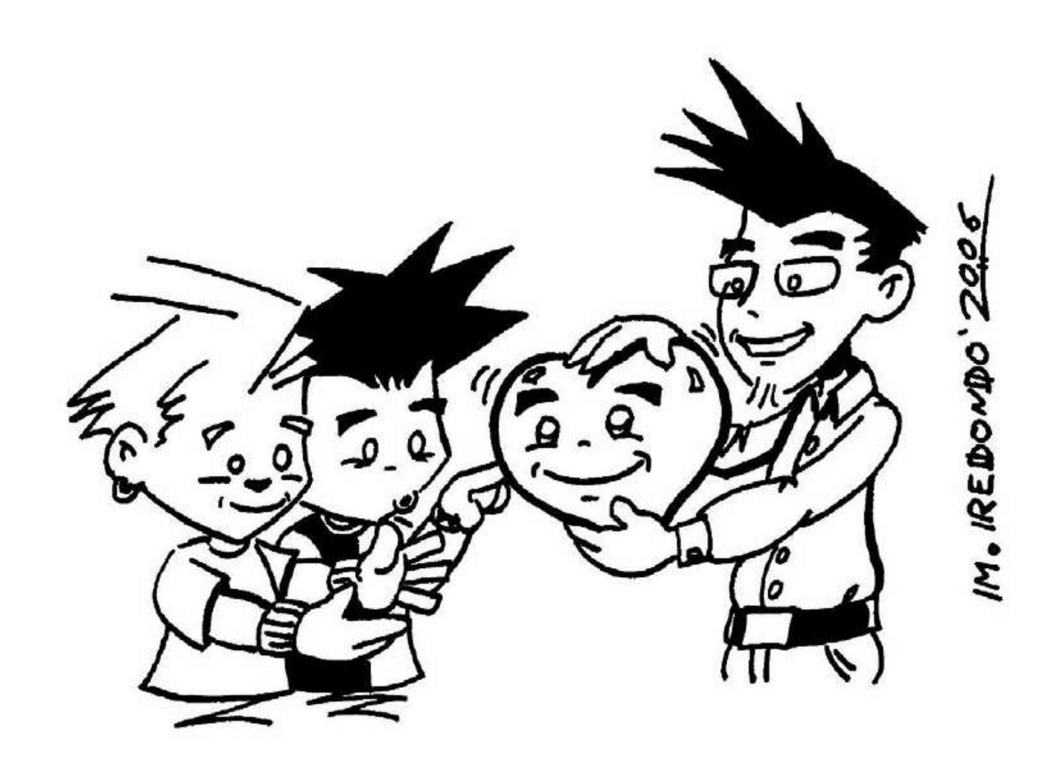
En estos casos se puede echar mano a la inmovilización. Se trata de una intervención puntual y que pretende controlar al agresor en su acción violenta. En más de una ocasión hemos inmovilizado a algún chaval durante más de 20 minutos. No es necesario describir la situación desagradable, sobre todo, en sus expresiones verbales.

Varias son las razones que nos llevan a adoptar esta medida:

- La primera, por el bien del propio chaval. Puede llegar a autoagredirse y hacerse daño. No sería la primera vez que los llevamos a Urgencias para que el médico cure su mano después de un brutal puñetazo propinado a la pared.
- En segundo lugar, porque, en esa situación de crispación y violencia, puede agredir a los compañeros, que por lo demás no tienen por qué sufrir las consecuencias de una acción violenta ciega.
- En tercer lugar, los propios educadores pueden ser agredidos (ya hemos visitado los juzgados por estas situaciones); pero, además, puede desencadenar una escala de violencia que genera un ambiente muy enrarecido en el Hogar.
- Y, además, para evitar dar respuestas inconvenientes a las que están acostumbrados en su familia. Ya sabemos que la violencia engendra violencia. Precisamente éste es uno de los procedimientos que más han experimentado en las relaciones intrafamiliares y, sin la menor duda, es algo que tienen muy interiorizado. Por eso no hay que extrañarse de que actúen de esa manera.

Inmovilizando al violento no respondemos con su mismo lenguaje, sino que les ofrecemos otro modelo de actuación diferente al que están acostumbrados. Los problemas se pueden solucionar de otra manera y, aunque en el momento de los hechos no lo perciben así, saben que es lo mejor que podemos hacer con ellos. La prueba está en que no te guardan rencor y te tratan con normalidad pasadas estas situaciones tan tensas y desagradables.

6
Padre y madre: pedagogía del afecto



No es fácil conseguir este talante paterno-materno. La razón fundamental es que ni somos sus padres ni somos sus madres. No obstante, los papeles de madre y padre hay que ejercerlos, representarlos, en la interacción educativa de cada día.

Para empezar, es bastante probable que la imagen que tienen de su padre y de su madre sea poco correcta. Claro, siempre, según los parámetros normales que solemos tener de lo que deben ser el padre y la madre en un buen ambiente familiar. Sin embargo, y a pesar de las deficiencias en este sentido, ellos siguen, casi biológicamente, conservando el vínculo afectivo que les une a su madre y a su padre.

Sería de ilusos no tener en cuenta esta realidad. Sin embargo, y contando con ella, y reconociendo que en ocasiones es una rémora, el educador ha de procurar encarnar la figura del padre y de la madre, que en sus características objetivas y positivas, nunca han tenido. En este proceso se suele dar una doble situación: por un lado, en algunos momentos, proyectan la imagen del padre o de la madre en los educadores, generando conflictos; por otro lado, te piden y agradecen, veladamente, el afecto que no tuvieron.

Introducir esta figura paterno-materna en las relaciones con los chavales es

complicado. La experiencia de un padre o una madre que nunca han puesto límites, que han dejado hacer para que les dejen tranquilos, que han concedido todos los caprichos para ganar la amistad o la complicidad; un padre con conductas de maltrato a su mujer y a los hijos, un padre o madre a los que se visita semanalmente en la cárcel porque tienen problemas con la justicia, un padre del que han aprendido a vivir sin trabajar, pero eso sí, practicando todo tipo de trapicheos, una madre que vive de la prostitución… Un padre o madre así, es muy difícil desplazarlos de la historia personal y también es complicado procurar que interioricen otros patrones más correctos de lo que debe ser la figura paterna y materna. Aquí está el reto.

Y no se trata de que seamos sus padres o sus madres, sino de que con nuestra manera de tratarles les ayudemos a ir estructurando su persona con las actitudes que necesitan para vertebrarse como tales. En aquello que no acertaron sus padres es donde tenemos que hacer más hincapié.

Esta es una tarea ardua y exigente en sí misma, tanto para los educadores como para los educandos; pero aquí va a residir el posible éxito de nuestro acompañamiento educativo.

Cuando hablo de la pedagogía del afecto, me estoy refiriendo al clima que debe de reinar en el Hogar y desde el cual se puede ejercer, en y con los chavales, esta figura paterno-materna. Necesitan experimentar que se les quiere, que se les aprecia, y eso, pese a las trastadas que puedan hacer; pero también que se les va a exigir rendimiento.

Están acostumbrados a ser rechazados, incluso, maltratados o infravalorados, cuando hacen algo mal. Los educadores debemos transmitirles el mensaje de que no estamos de acuerdo con sus conductas, pero eso no impide que los aceptemos, y les mostremos nuestro afecto y cariño por lo que son, que es más importante. Y es que son personas que tienen derecho a ser queridas y amadas, condición imprescindible para llegar a serlo plenamente.

Por consiguiente, haremos de padre cuando exijamos con autoridad y eficacia el cumplimiento de aquellas normas básicas para el buen funcionamiento del Hogar y para el propio crecimiento personal, aunque la situación genere conflicto. La firmeza, aunque resulte dolorosa, es imprescindible y la necesitan para la recuperación de su propia dignidad como personas. Y actuaremos como madre cuando, con afecto sincero, les transmitamos nuestro aprecio, nuestro reconocimiento y nuestro cariño, tan necesarios para que adquieran seguridad personal y maduren en su afectividad.

Por aquí iría nuestro papel de padre y madre para con estos chavales que viven con nosotros y en nuestra propia casa y que, mira por dónde, llamamos cálidamente Hogar.

7
Chico, tú vales mucho



Es que ni se lo creen cuando se lo dices. Por otro lado, ahora que se habla tanto de la autoestima, hay que recordar que estos muchachos la tienen muy baja, por lo que es necesario hacerles ver que tienen muchos valores, aunque ellos no los perciban como tales.

«Chica, tú vales mucho», muchas veces lo escuchamos en un programa de televisión. Y parece que surtía su efecto. Bueno, pues alguna cosa tendríamos que aprender de la caja tonta, ¿no?

¿Quién no ha escuchado alguna vez decir a cualquiera de nuestros chicos: *«No valgo para nada, todo lo hago mal… y es que soy muy malo»?* Pero todo no acaba ahí, porque, para colmo, han vivido experiencias negativas en las que muchas veces se les ha echado la culpa de todo lo negativo que pasaba, con lo que se les añade otro componente de reafirmación de su negatividad, pues, su sola presencia, es pronóstico de que todo saldrá mal. Lo asombroso es que te lo dicen tan convencidos y con toda la naturalidad del mundo. Vamos, que lo asumen sin mayor problema.

Esta carga de negatividad está muy arraigada en sus vidas, en sus personas. Han

sido muchos los años y muchísimas las veces que han escuchado de boca de sus seres más queridos (familiares) que no valen nada, que todo lo hacen mal y que son muy malos; eso si no les dijeron en su cara: «¡Ojalá no hubieras nacido!». Con estos *piropos* gratuitos y continuos cualquiera termina creyéndose lo que le dicen. Y ellos se lo creen y, además, de verdad. No han tenido otras alternativas.

Tras estas experiencias, hazles creer que sí valen y que valen mucho. Que tienen cualidades como cualquier persona, que no son culpables del mal que ocurre a su alrededor, que gozan de valores para desarrollarse plenamente y llegar a ser felices. Pues eso, este es otro de los retos que están en nuestro guión educativo.

Y, sin embargo, aquí tenemos que poner toda nuestra preocupación. Mientras que estén con nosotros hay que facilitarles al máximo un ambiente que propicie lo positivo, desde una realidad en la que ocurre de todo, para bien o para mal, pero que no necesariamente es por nuestra presencia o responsabilidad. Cada cual es un elemento más en el conjunto de las circunstancias que inciden los acontecimientos que pasan. Hay que aprender a asumir las propias acciones, tanto las positivas como las que son mejorables. Todas ellas contribuyen a nuestra realización personal.

Para ello, nunca hay que desfallecer en hacerles ver, una y otra vez, sus cualidades y sus valores. Cualquier avance en lo que se han propuesto, aquel detalle que aportan al grupo, porque a veces los tienen, esa cualidad en la que destacan sea en la música, el baile, la pintura o el deporte; su disponibilidad, su preocupación y su esfuerzo en los estudios o el gesto cariñoso para quien lo está pasando mal; eso, todo eso, hay que hacérselo ver porque es parte esencial de lo que también son. Necesitan escuchar una melodía positiva y optimista, distinta de la que escucharon en su ambiente familiar.

A esta actitud de valoración positiva hay que añadir la intervención del personal técnico que, con su trabajo especializado, incide en estos mismos planteamientos; será entonces y sólo entonces, cuando podremos decir a nuestros muchachos, sin retórica ni engaño: «Chico, tú vales mucho».

8
Normas sí, pero con flexibilidad



En una entrevista, hablando de todo un poco, de pronto, me espeta el chaval: «*Pero, hombre, ¿quieres que consiga en unos meses lo que no han logrado mis padres en los 15 años que tengo?*». Y seguía diciendo: «*Hasta el día de hoy, tengo la costumbre de no ir a la escuela, pues mi madre me llevaba y, cuando ella se marchaba, yo entraba por la puerta principal del colegio y luego saltaba la valla del patio, por eso apenas sé leer ni escribir*».

Eso de poner límites, normas, horarios… y todo el sistema de reglamentaciones del Hogar eran una novedad para aquel quinceañero. Pero una novedad que la experimentaba como coacción, como limitación de su libertad y, aún más, como algo que no lo consideraba necesario para su vida. Y es que había sobrevivido, hasta su ingreso en el Hogar, sin tantas trabas ni tan «innecesarias» historias.

No hace falta recordar que este es uno de los problemas más preocupantes en el seno de las familias «normalizadas» con hijos adolescentes. Ahora está de moda asistir a talleres educativos para adolescentes, en los que distintos especialistas y orientadores ofrecen a los padres y educadores criterios de intervención para saber tratar a los hijos

que manifiestan diversas formas de rebeldía. Si así están las cosas en los ambientes que se consideran normales; te puedes hacer una idea de la tarea que nos ocupa y de su dificultad.

Reconocer límites, asumir normas, adaptarse a un horario, por parte de nuestros chavales, es otro de los retos que nos espera. Y no lo podemos eludir con paños calientes. Desde luego, el conflicto va a estar presente casi a diario; pero, si las cosas están claritas desde el principio y no se cede a chantajes emocionales o de otro tipo, pase lo que pase, con el tiempo el adolescente interioriza todo lo que se le está ofreciendo. El joven del que hablaba al principio terminó sacándose el graduado escolar; supuso un gran esfuerzo por parte de todos, pero ahora posee un documento útil para su vida laboral, entre otras cosas, y para su autoestima personal.

Ahora bien, todo este proceso de asumir normas no puede llevarse por la tremenda. Hay que manejar cierta flexibilidad. Incluso saber ceder en ocasiones. Lo apuntaba en otros apartados de este recuento de habilidades. En muchas ocasiones, decimos que en lo fundamental no se debe ceder; pero en lo secundario, no pasa nada porque se lleven las cosas con alguna flexibilidad. Incluso una tarde o un día se pueden hacer otras actividades distintas a las programadas, y de esa forma estamos reforzando lo programado, porque luego se retomará sin tanta conflictividad.

Ya que está ahí, diré algo sobre el conflicto. Todo educador contará, en cualquier caso, con lo inevitable del conflicto. Pero, ¿quién ha dicho que hay que evitar el conflicto a toda costa? No, simplemente se trata de encauzarlo. Hay que aprender y saber vivir con él. El conflicto es la ocasión para intercambiar posturas, opiniones, criterios, e incluso puede servir para aprender a canalizar la posible agresividad que surja en el proceso de resolución del mismo.

Así, pues, en estos pasos hacia la interiorización de las normas, uno de los instrumentos más adecuados, que viene dando algún resultado, es el diálogo con el adolescente o con el grupo; a veces estos cambios de puntos de vista pueden culminar con contratos, pactos y compromisos mutuos. La negociación se hace muy necesaria y el saber dar explicaciones también. Son muchas las horas que se dedican a estos menesteres, pero es el camino más seguro. Es verdad que todos cedemos algo, pero con la certeza de seguir avanzando hacia lo que tenemos como meta última: su educación.

9
Todo planificado, pero viva la improvisación



Educar es un arte. Pero también es un proyecto. La intencionalidad educativa está en todo lo que hacemos, desde las cero horas hasta las restantes 24 de cada día. Lógicamente, entonces, como en toda obra de arte proyectada y bien pensada, todo, o casi todo, está planificado. No podemos dejar nada a la improvisación o a la ocurrencia genial del que está en cualquier momento al frente de los chavales.

Por decirlo de manera plástica: hasta la improvisación tiene que estar planificada, o mejor dicho, cuidadosamente preparada. Tienen que estar previstos los posibles imprevistos. No puede ser de otra manera, conociendo la realidad en la que nos movemos.

Evidentemente tenemos nuestra planificación oficial, pero también tenemos presentes las posibles alternativas, que junto con la organización, van a contribuir a conseguir nuestros objetivos. En suma, siempre hay una especie de currículo oculto. En realidad estamos hablando de la misma planificación, solo que utilizamos distintas variantes según las circunstancias lo requieran.

Claro que la improvisación es inevitable que se dé. Pero, aun surgiendo en un momento dado porque las circunstancias lo exigen, hay que saber improvisar

planificadamente y el educador siempre debe tener controlada la situación. Es decir, lo que se va a improvisar está implicado y relacionado con lo planificado. No es ajeno, ni mucho menos atenta contra la planificación.

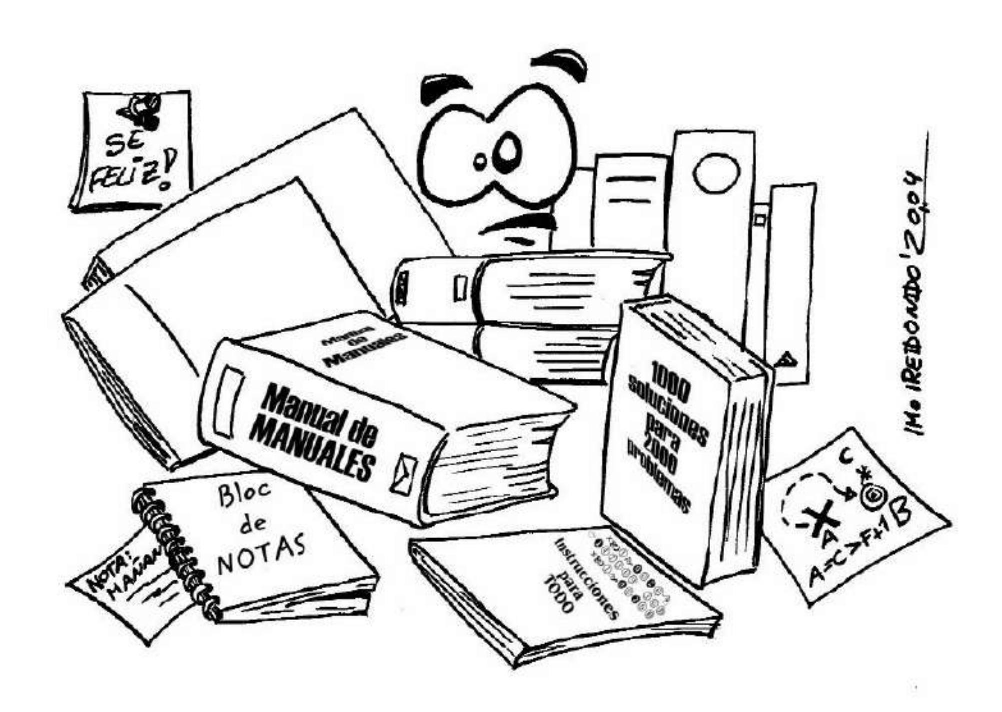
¡Cuántas veces teníamos programada una actividad deportiva, académica, salidas de excursión y, sobre la marcha, hemos tenido que reorientar o cambiar la actividad! Los cambios han venido exigidos por un conflicto, por el mal tiempo, o vete a saber por qué. Pero, claro, la nueva situación no permite realizar lo que estaba previsto con detalle en el horario. Pues, no pasa nada. Eso sí, no es bueno que la situación nueva te pille sin alternativas y se proceda con criterios anárquicos o con el vacío. Se han de tener previstas otras actividades que en dichas circunstancias sean de fácil aplicación. A veces nos hemos ido al cine o a pasear porque otra cosa no se podía hacer, pero lo improvisado no rompe con la intención de lo planificado. Lo importante es dar salida y solución a algo que podría generar un conflicto inútil y que quemaría a unos y a otros.

En otras ocasiones, se le sugiere al chaval otra actividad diferente, porque se hace inviable llevar adelante lo programado. Se está posponiendo algo que se retomará con más sentido en otro momento. A lo mejor no quiere estudiar esa tarde, pero con carácter puntual se le ofrece la alternativa de ir a hacer una compra, de escuchar la música que le gusta o de acompañar al educador a dar una vuelta, con el compromiso de que en un momento determinado y elegido por él realizará el estudio aplazado.

En relativamente poco tiempo conoces al grupo, conoces a cada uno de los adolescentes, además, tienes a tu disposición el Plan Anual del Centro y las actividades que allá se recogen, tienes los PEI (Programas de Enriquecimiento InstrumentaI), tienes los distintos planes de intervención… Por consiguiente, no será difícil tener previstas aquellas alternativas que te ayudarán a realizar lo planificado desde la improvisación como alternativa a lo planificado. Y hasta puede darse la sensación de que el muchacho se ha salido con la suya; pero por nuestra parte, nos mueve a actuar así el horizonte de lo que tenemos previsto.

10

Hay que dar explicaciones, no son niños



Nuestros muchachos lo necesitan más que nadie. A veces resulta molesta tanta explicación. Pero es bueno que conozcan el porqué de las cosas. No están acostumbrados a que se les razone y se les justifique por qué se ha tomado una determinada medida que les afecta a ellos de alguna manera. Incluso peor, pues puede suceder que desde pequeños hayan hecho las cosas por temor al palo y, ahora, que tienen la ocasión y que saben que no hay palo, pues, espontáneamente y como una manera de afirmarse, van en contra de lo que les indiques.

Por otro lado, al comentarles las cosas, les vas ofreciendo motivaciones para actuar en un determinado sentido, motivaciones que no están acostumbrados a manejar, pero que les pueden servir en su futuro. No hay que olvidar que la razón que nos mueve, en este caso, es que el joven descubra y asuma por qué y para qué realiza sus acciones. Tiene que llegar a proporcionarse razones a sí mismo en su actuar para ser y percibirse como persona responsable.

En este proceso, el educador cuenta con que los muchachos se van a rebelar, pues llevan la adolescencia a flor de piel. ¡Cuántas veces les dices que han de realizar tal trabajo, o que vamos a ir a pasar el día al campo y les resulta fácil e inmediata la

respuesta: no! A continuación, les das las explicaciones pertinentes, los porqués, y más o menos lo aceptan. Y no digamos nada de cuando les tienes que repetir mil veces la misma explicación de por qué tienen que regresar a tal hora al Hogar los fines de semana.

Está claro que ni funciona, ni resulta pedagógico el ordeno y mando. Ni siquiera nos gusta a los adultos que nos impongan las cosas de manera más o menos autoritaria. Nos recuerda épocas pasadas. Pues ellos tampoco lo aceptan, ya que no están acostumbrados a que se les mande sin más, pues en muchos casos han hecho lo que han querido.

Vengo reiterando esta idea desde el principio. Se trata de darles criterios, razones o motivos que orienten su hacer o su no hacer desde la autonomía personal. Están acostumbrados a oír que las cosas son así y se hacen así porque sí, y punto. Por ese camino nunca tendrán argumentos propios para tomar sus decisiones, y sin embargo en el futuro van a necesitar sólidas razones para no seguir bailando al son del que les ofrezca las últimas novedades o para no dejarse llevar gregariamente por lo que flota en el ambiente.

A veces puede darse la circunstancia de que tengan que adoptar tal o cual conducta porque es un beneficio para sus vidas y, a lo mejor, no se les dan todas las explicaciones que ellos mismos pedirían. También tienen que entender que en la vida se van a encontrar, en el trabajo, por ejemplo, con decisiones que se les van a imponer y que las tienen que aceptar sin más explicaciones. No hay que ser ilusos; nuestra labor educativa está orientada a prepararlos para afrontar tales circunstancias sin traumas ni respuestas desproporcionadas. La experiencia nos viene diciendo que estos muchachos saltan fácilmente (se rebotan, dirían ellos) cuando están en un trabajo, y el jefe les llama la atención. Hasta se han ido, sin más, y han dejado el puesto de trabajo. Claro que a todo esto suelen aportar su poca capacidad de resistencia y de tolerancia a la adversidad.

Pero no se trata de darles explicaciones porque ya no son niños, es que incluso a los niños hay que darles explicaciones. Desde la infancia hay que acostumbrarles al diálogo, a que conozcan el porqué de las cosas y de las decisiones. Siempre la prudencia estará presente y no todo hay que decirlo, pero aun así, este es el mejor camino para crecer de forma más libre y con más seguridad en sí mismo.

Y no por dar razones perdemos autoridad, ésta también se gana de otras formas que los mismos chavales entienden; por este camino los chicos descubren que los tienes en cuenta y que su opinión es válida, aunque a veces no se ajuste a la realidad.

11
Divide y vencerás: siempre da resultado



Esto que parece tan antiguo da unos resultados excelentes. Y desde luego, resuelve cantidad de problemas del día a día. Y es que, al dividirlo, se *desinfla* el problema y las partes que formaban un todo para potenciarse, se diluyen y pierden toda su carga energética y destructiva.

Una tarde de otoño, a un chaval se le cruzaron los cables. Como sabía que no iba a conseguir lo que pretendía, se las arregló para ir ganándose a sus compañeros a su causa. No quería estar solo. Como no tenía ganas de estudiar, empezó a llamar la atención y a molestar. Comenzó a reírse de los demás porque estaban como borregos estudiando. Y proponía irse al parque a jugar. La provocación no hacía mucha mella en los demás hasta que tiró una silla al suelo y empezó a romper algunas cosas. Entonces se le aplicó la inmovilización; en este momento, algunos de sus compañeros empezaron a ponerse de su lado.

Cuando medio se consiguió la calma, al menor en cuestión se le invitó a tomar «un tiempo fuera». La citada táctica consiste en que el sujeto salga durante un tiempo de casa, dé una vuelta y, cuando se despeje, vuelva. Lo acepta, pero se va a la ventana a

llamar la atención de sus compañeros desde fuera; algún compañero se anima y, al final, terminan marchándose todos… ¡Al parque, claro! Además, en estas ocasiones lo tienen muy fácil, pues funciona el corporativismo de maravilla. Se da el caso de que entre ellos se llevan mal, pero mira por dónde, en estos momentos de «solidaridad» se olvidan de sus rencillas y se unen en una causa común. No olvidemos que son adolescentes, de 12 a 18 años. Para empezar, los chicos se fueron a un parque cercano a la casa y algunos consiguieron proveerse de palos. Allí tramaron su estrategia. Claro que el equipo educativo, como no era nuevo el caso, también puso en marcha sus estrategias. Ante todo, calma y tranquilidad.

Coincidió que en ese momento un antiguo educador estaba en la localidad y, por otro lado, la trabajadora social, con su marido, también estaban disponibles. Se trataba de hacerse el encontradizo con algunos de los chavales y, tras los saludos de rigor, con la excusa de que los acompañaran a dar una vuelta o a comprar tal o cual cosa, apartarlos de la escena hasta que se quedara solo el protagonista de la historia. Resultó. Y todo quedó en una anécdota que tuvo más resonancia en el parque que en el mismo Hogar. A la hora de cenar, todos estábamos a la mesa.

Por otro lado, es conveniente adelantarse a los acontecimientos, pues, como adultos con experiencia, habitualmente es fácil ver acercarse los problemas. Aquí se aplicaría lo que más arriba llamaba *la vía indirecta*.

En este sentido es bueno que los chicos vayan acostumbrándose al hecho de que cada cual tiene su propia historia, de forma que será mejor evitar las interferencias. De ahí que, si un compañero está pasando por un mal momento, lo que manifiesta en conductas disruptivas, la mejor ayuda que podemos prestarle es propiciar que el problema no vaya a más; y una buena medida es quitarse, materialmente, de en medio. Hay que hacerles ver que el mejor apoyo que se le da al compañero en esos momentos es no reforzar su conducta negativa. De lo contrario, el problematizado se afianza en su postura al tratar de buscar razones para convencer al que le compadece.

Resulta difícil que todo esto se vea con claridad en el momento de los hechos; pero, cuando se abordan estas situaciones en las asambleas o en las entrevistas, hay que insistir en que los malos momentos y los malos días los tiene cualquiera, pero que lo mejor es que cada cual los resuelva y, en todo caso, si se interviene, que sea para ayudar a superar el conflicto creado, no para echar más leña al fuego, pues por aquí van las verdaderas relaciones de ayuda.

Lógicamente, volviendo a la historia del comienzo, al día siguiente de la aventura, tuve con el amigo la entrevista correspondiente, pero esa tarde *el divide y vencerás* nos dio resultado para resolver el conflicto.

12
Lo de hoy, mañana no cuenta



Esta actitud descoloca a los muchachos. Esperan que después de un día con problemas (broncas) aparezcas con mala cara o sigas enojado con el problemático, por lo que hizo, y lo que se encuentran es que les tratas como si no hubiera pasado nada.

Una noche se coló uno a las 2 de la mañana; su regreso era a las 12. Le abrí la puerta y no le dije nada. Al día siguiente, cuando se levantó no le recordé su hazaña nocturna, más bien le traté como todos los días e igual que a los demás. Fue en el contexto de la entrevista donde abordé el asunto. Al muchacho o joven lo descoloqué totalmente.

No puede ser de otra manera. No se trata de llevar cuentas y de arrastrar, como una carga, todo lo que hacen mal. Demasiados lastres traen ya cuando vienen a los Centros de sus ambientes familiares, como para que encima les vayamos acumulando lo que van haciendo cada día de su vida. Sobre todo, lo que les sale mal.

Además, tienen que ir acostumbrándose a no regodearse o a no encerrarse en sus propias conductas disruptivas. Insistir en esta línea sería reforzarles lo que ya viven con casi normalidad: «Si es que soy muy malo». Incluso, peor todavía: «¿No ves?, a mí todo me sale mal». La baja autoestima aparece aquí con toda su fuerza.

Por otro lado, albergan el sentimiento de que se la estás guardando y no se la vas a dejar pasar fácilmente. Aquí es donde viene la actuación educativa. Hay que ayudarles a distinguir entre lo que hicieron, que tiene sus consecuencias y que tienen que aprender a asumir responsablemente, y lo que son como personas, pues como tales merecen todo nuestro respeto y nuestro apoyo, por lo que no podemos avasallarlos o, peor aún, humillarlos por lo que hicieron.

Si los adultos relativizamos las cosas, situándolas en su lugar adecuado, estaremos enviándoles el mensaje de que ellos también tienen que hacer lo mismo.

Lo importante es que caigan en la cuenta de que inician un nuevo día y con él se les ofrecen nuevas posibilidades para hacer mejor las cosas. Que tienen la oportunidad de empezar de nuevo. Es más, que tienen la oportunidad de decirse a sí mismas, como personas que están en proceso de formación: Tengo una página en blanco y depende de mí lo que se vaya a escribir en ella.

Aquí es donde tienen que aprender a decidirse y, después de reflexionar, saber optar: «Puedo seguir instalado en lo que ayer hice mal y no funcionó, con lo cual estoy estancado y no avanzo, o puedo saludar el nuevo día con la ilusión de que todo va a ser nuevo y que soy yo quien puede hacerlo distinto y mejor». La postura del educador es mediar para hacerles valorar la segunda opción.

Cada día tiene su afán. Nunca mejor dicho. Para estos chavales cada día supone decirse a sí mismos: «Avanzo o retrocedo». Sigo enganchado a todo lo que fui o doy un paso más para construirme un futuro mejor que mi pasado. Sigo lamentándome estérilmente de lo que hice ayer o «borrón y cuenta nueva». Nuestra actitud positiva hacia ellos, en los primeros momentos del día, les puede ayudar en una línea o en otra.

13
Los educadores cambiamos nuestros papeles



Esto casi suena a película de «polis». Pero, a decir verdad, es muy saludable tanto paro los menores como para los educadores. A todos nos ha pasado que, en un momento dado, nos bloqueamos con un chaval o el chaval con nosotros. Con lo que llegamos a una situación de punto muerto en donde ni por un lado ni por otro se abren vías para establecer una relación normalizada; al revés, aumenta la crispación.

Entonces aparece el «bueno de la peli» y el menor le manifiesta que las cosas van mal porque tú no sabes tratarle. Claro que, a la semana siguiente, se cambian los papeles y el educador «atravesado» pasa a ser el «bueno». Esta situación es un reflejo o un calco de lo que suele suceder en las familias con la imagen familiar del padre exigente que llama la atención al hijo y éste acude a las faldas de la madre en busca de protección.

En el caso del educador y del menor, ambos salen ganando. La tensión existente entre ellos queda desactivada con la presencia del otro educador. Y el mismo problema que había generado el desencuentro entra en vías de relativización y de posible solución.

Por parte del educador, independientemente de que su actuación de exigencia esté justificada, en esos momentos lo mejor es quitarse de en medio. No como huida, sino porque su intervención ya no tiene efecto y, para no empeorar la situación, lo mejor es

buscar una buena excusa para abandonar la escena.

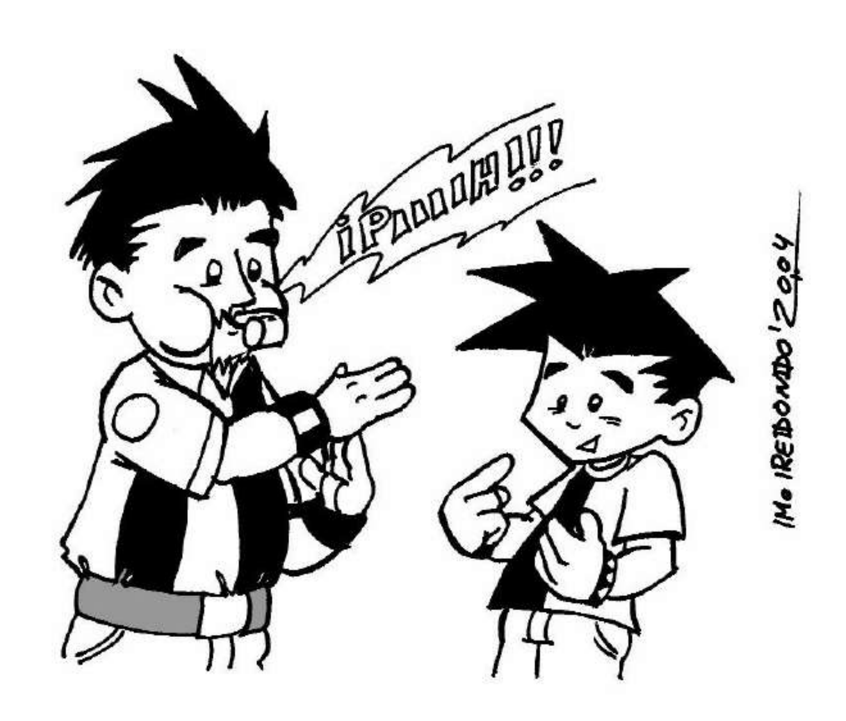
Por su parte, para el menor, más limitado en sus reacciones, la presencia del otro educador le ayuda a resituar el conflicto y, en su caso, a canalizarlo adecuadamente con la ayuda de una persona que no está afectada por el problema en cuestión. No olvidemos que, en ocasiones, los chavales buscan la provocación y lo que quieren es echar un pulso al adulto para salirse con la suya. Bueno también pueden estar pasando un mal momento y la pagan con el primero que se cruza en su camino.

Evidentemente estamos ante una intervención puntual para desactivar el problema y para que no vaya a más; pero, lógicamente, si el problema surgido es de envergadura y reincidente, hay que retomarlo en su momento, llegado el caso, con los protagonistas para buscar la solución. Mientras tanto, es suficiente el cambio de papel de los educadores. Pues en muchos de los casos son tensiones fugaces que lo único que requieren es que los implicados se quiten de en medio y no sigan abundando reiteradamente cada cual en sus razonamientos.

Por lo demás, este tipo de intervenciones de los educadores están dentro de su tarea educativa. Aunque no está programado y parezca que se hacen las cosas de forma forzada, en realidad es algo que está asumido en su intervención educativa y se tiene que hacer con naturalidad.

Esto no evita que, siendo humanos, como somos, ciertos conflictos con los menores nos afecten y hasta nos saquen de las casillas y nos pongan difícil esta flexibilidad de posturas en la relación con ellos. Más justificado, entonces, que llegado el momento, nos sustituya otro compañero.

14
Tiempo fuera, pero, de la casa



Después de una fuerte tensión generada por un conflicto, cuando las aguas medio se calman, se le invita al menor a «un tiempo fuera». Se trata de que salga del Centro y se dé una vuelta por los alrededores o se vaya al parque y que, cuando se despeje, vuelva. Normalmente se acepta la medida, porque ellos mismos han experimentado su utilidad.

Al principio, los educadores estábamos pendientes del menor por si acaso se escapaba de la localidad, pues a veces, dada la tensión acumulada en la discusión, o en el tira y afloja, claro que existe el peligro y el riesgo de que así suceda; pero, con el tiempo, fuimos desatendiendo ese pormenor porque nunca ocurrió tal cosa.

Otra variante de este medida de «enfriamiento de ánimos» consiste en que, si un educador que no había intervenido en el conflicto tenía que salir a comprar algunas cosas o a realizar una gestión, entonces se le sugería al menor que le acompañase y así se facilitaba la salida y un cierto control. De paso, se aprovechaba la circunstancia para hablar con el muchacho y para relajar la tensión.

A veces, es inevitable que el ambiente cerrado del Hogar propicie el ofuscamiento o surjan la tensión y el conflicto. Entonces, una buena cosa es abandonar el ambiente de

alguna manera «enrarecido» y despejarse fuera. Por otro lado, es algo que todo el mundo hace y así la salud mental recobra su equilibrio.

Durante este «tiempo fuera», cuya duración marca el mismo muchacho, se da lugar a la reflexión, se dispone de un tiempo para pensar en cómo se ha actuado y surge la oportunidad de volver sobre uno mismo para confrontar objetivos y realizaciones. En definitiva, es bueno dar tiempo para que el propio chaval interiorice su comportamiento y haga una valoración de su conducta.

Lo normal viene siendo que, cuando el menor regresa, se dialogue con él y entonces haya una mayor receptividad para que asuma su conducta y su correspondiente refuerzo educativo. La medida que se ha tomado, o la corrección que se haya de adoptar, ya no se ve como una imposición, sino como algo que conviene para facilitar la superación de esa conducta disruptiva que ocasionó el haber tenido que salir del Hogar para distanciarse del ambiente que se creó.

Al final, el resultado de la medida tiene un sentido terapéutico para el chaval, dado que se distancia de las causas que originaron el conflicto y tiene tiempo para dilucidar su situación. Además le va dando referencias para aprender esta estrategia que le puede ayudar en un futuro a resolver los conflictos, huyendo las reacciones violentas y precipitadas. Poner una pausa en las conductas impulsivas, tan habituales en estos muchachos, les permite aprender a sopesar circunstancias, consecuencias positivas y negativas de ciertas acciones, para no dar pasos en falso, algunas veces irreversibles.

15

Necesitamos los errores para educar



No es que pretendamos equivocarnos. Cometer errores es algo que no se planifica. Llegan y ya está. No disponemos de una varita mágica que nos permita dar con la clave para hacer bien las cosas o acertar en las medidas que tomamos. Ya nos gustaría que fuera así y todo funcionara perfectamente. Todos saldríamos ganando, los primeros los chavales. La realidad es que nos equivocamos. Aunque no sea esa nuestra intención. Pero, como tratamos de educar sacándole partido al error, ya sabemos lo que no conviene hacer cuando se presenten parecidas circunstancias, para no volver a las andadas.

Pero además, ante los chavales, cuando uno reconoce que se ha equivocado, se consigue un efecto positivo porque el mensaje que les transmites es que no haces las cosas porque sí, o que te da igual absolutamente todo. Más bien les haces ver que te preocupan y que, si la medida tomada no ha sido la adecuada, como estás interesado en lo que haces y, sobre todo, en ellos y en su formación, tratas de enmendarte y corregirte, lo cual seguramente les servirá de ejemplo para la propia vida.

Por otro lado, el ensayo acierto-error es un método aplicado en muchos ámbitos de

la vida, incluso de la ciencia, y está dentro de las posibilidades que tienes para actuar. No estoy hablando de grandes errores, de situaciones trascendentales, de «catástrofes» o de algo de lo que deberíamos lamentarnos si no acertamos, más bien hablo de la realidad del día a día, de las pequeñas cosas que se pueden hacer de mil maneras aunque una sea más conveniente y provechosa que otra. Los grandes errores, siempre que sea posible, claro, hay que evitarlos porque pueden conducir a situaciones disparatadas y sus consecuencias suelen ser negativas y desalentadoras para las personas que las sufren.

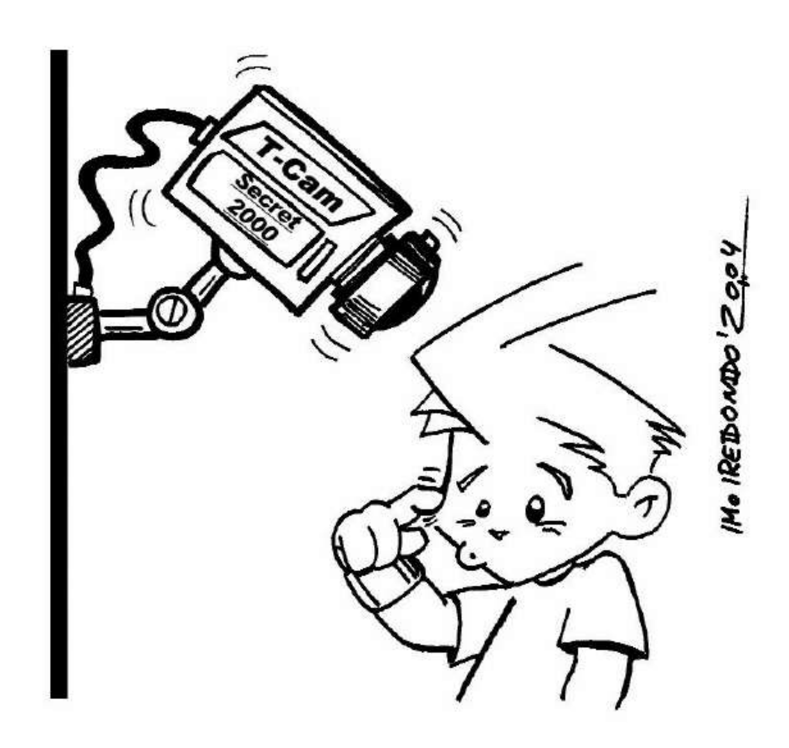
En una ocasión, cuando se iniciaba la andadura del Hogar, se nos ocurrió aplicar «el tiempo fuera» a un menor, pero aislándolo en una habitación, no en la calle como lo expliqué en un apartado anterior. Lo que en un principio parecía que iba a ser beneficioso para todos, empezando por el mismo implicado, resultó un desastre. Tal vez no se aplicó la medida correctamente. El caso es que, una mañana, el chaval empezó a adoptar conductas provocativas, dando gritos y diciendo que no quería levantarse, que no iba a ir al colegio… y trataba de arrastrar a los compañeros para que lo secundaran en su decisión. Ante esta conducta, decidimos encerrarlo en una habitación para aislarlo de los demás y que no influyera en sus compañeros. Pretendíamos que se calmara y, luego, ya veríamos. Pues resultó que tras los primeros momentos de gritos y patadas en la puerta, se calló; pero pasado un tiempo prudencial, abrimos la puerta y nos encontramos con que había roto un armario empotrado y había saltado los apliques de un enchufe, con el consiguiente peligro para su integridad personal.

En fin, se produjo un error en la aplicación de la medida. Primero, porque la habitación no estaba acondicionada para permitir tal medida y, en segundo lugar, porque a una persona en las condiciones en que se encontraba este chico, lo más conveniente no es encerrarla, porque se afirma más en su conducta y puede desarrollar otras más violentas que le perjudicarían. Aprendí de este error que lo del «tiempo fuera», en estas condiciones, no era útil. La verdad es que ya no se ha vuelto a aplicar en el Hogar. En muchas de estas ocasiones lo mejor son las puertas abiertas; esto ha dado mejores resultados.

A todo lo dicho hay que añadir que, ante los errores, pedir disculpas o perdón también educa. Porque lo que está claro es que los educadores, de vez en cuando, metemos la pata. También tenemos nuestros límites y reconocerlo ante los chavales es muy sano. De paso les dices que es muy bueno pedir perdón cuando nos equivocamos y molestamos a los demás.

16

¡Oye! Que a mí no me engañas, que todo se sabe



Sobre todo, en una ciudad tan pequeña como a la que me refiero en la que se encuentra el Hogar, bueno, y en el Hogar mismo de reducidas dimensiones, se termina sabiendo todo.

A veces, en las asambleas o en las entrevistas, los chicos te cuentan las versiones de los hechos a su manera, naturalmente muy interesada. Pero, dado que una de las facetas de nuestra realidad es la cercanía y la confianza que tenemos con el vecindario, o bien con las personas que colaboran con nosotros en la tarea educativa, pues, fácilmente la comunicación sincera con estas personas te permite tener otra versión más objetiva de los hechos.

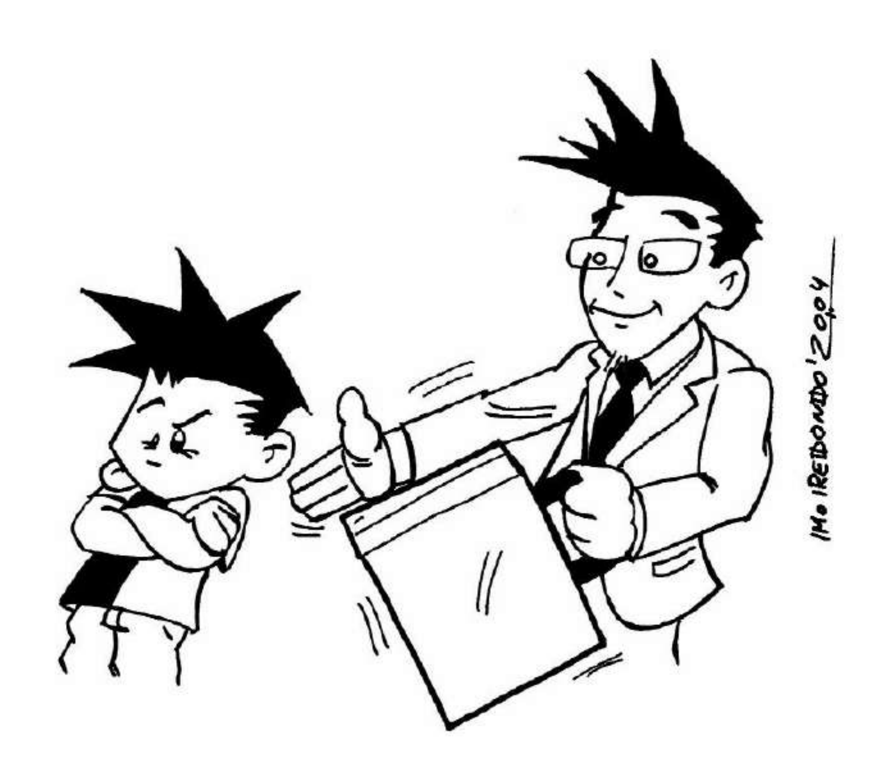
En cualquier caso, se les insiste a los chicos en la importancia de ir con la verdad por delante. Que no se trata de mentir o de engañar a nadie. Vamos, que los primeros engañados, cuando engañan, son ellos mismos. Esto no suelen entenderlo y menos si están acostumbrados a ver que, en su familia, mentir es un arte y que además

proporciona pingües beneficios. En el campo de sacarle provecho a la beneficencia, hay ejemplos de embustes a montones.

Por otro lado, tienen la experiencia de que la mentira les ayuda *a guardarse las espaldas* ante conductas del todo reprobables. Por eso no resulta fácil hacerles ver la importancia de *jugar limpio* y con la verdad por delante. En una ocasión me dijo un menor que había llevado el aparato de música a su casa. A la semana siguiente cuando le llevamos a su casa preguntamos por el aparato y allí no había llegado. El muchacho no tuvo más remedio que explicarnos la verdad, lo había vendido para hacer otras compras más necesarias para sus malsanas costumbres.

Además se junta, en ocasiones, el corporativismo: hoy por mí y mañana por ti. No deja de ser un mecanismo de defensa del propio grupo que, ante el mundo de los adultos, tiende a defenderse y si para ello hay que falsear los hechos, se falsean y no pasa nada. En ocasiones lo único que se pretende, por ejemplo, es aclarar quién ha roto una bicicleta. Pues prefieren estar sin la bici que aclarar los hechos. Más tarde, a veces mucho más tarde, y en un ambiente relajado, van apareciendo los hechos en su versión original.

17
Siempre negociación: partimos de que no quieren



Estamos ante un instrumento privilegiado en la tarea educativa con los adolescentes. Y sobre todo, con adolescentes en conflicto y riesgo social. Si partes de su realidad, que ya se ha descrito anteriormente, constatas su poco interés y su falta de motivación para avanzar en la mejora y en el desarrollo de su persona. Cualquier avance en este sentido, por muy pequeño que sea, suele basarse en la negociación o el contrato. Además se hace necesario poner los compromisos por escrito para que quede constancia de lo acordado y así pedir las correspondientes responsabilidades, en su momento, a ambas partes contratantes.

Ahora bien, ya es un gran paso que los muchachos lleguen a descubrir la importancia de la negociación y lo que supone de compromiso por las partes que negocian. En la negociación cada una de las partes cede algo que considera valioso, en sus sistema de estimaciones, en función de un beneficio mayor. Si bien este llamado *beneficio mayor* no es fácil que lo consideren así los adolescentes, pues lo suelen ver, simple y llanamente, como una pérdida.

La mayoría de los problemas para estos chicos consiste en tener que hacer algo que no quieren hacer. Y no lo quieren hacer porque supone esfuerzo o conlleva una exigencia que no están dispuestos a pagar. A veces no ven o no quieren ver el buen resultado final y entonces para qué molestarse en conseguirlo. Este dato te hace ver que no se trata de proponerse grandes empresas con estos jóvenes, sino más bien de ir marcándose pequeños objetivos. Con el tiempo, de lo menor, acumulado en pequeños avances, podremos llegar a lo mayor.

Estamos inmersos en una cultura en la que todo parece que se nos tiene que dar porque sí. Y que tenemos derecho a todo, sin que se nos pida nada a cambio. Frente a este estado de opinión o de habituación, ir contracorriente no es cosa fácil. Y, como piensas que los chavales no lo van a tener muy fácil en el futuro, por muy extendido que esté este falaz sistema facilitador «de boquilla», se hace necesario entrar en esta dinámica de la negociación y el contrato.

Y es que a ellos se les hace cuesta arriba casi todo: les cuesta llevar adelante el compromiso de unos estudios, pero también del trabajo formativo en la Escuela Taller y hay días que no quieren ir a clase o a trabajar porque no ven la necesidad del compromiso ni han descubierto el alcance de la responsabilidad personal ante tales obligaciones. El futuro, su futuro, no les preocupa demasiado. Más aún, a algunos se les ha buscado un empleo estable y más o menos rentable, en una carpintería o un restaurante, y, a los dos días, dicen que ya no vuelven porque no les gusta. Para ellos no cuenta nada el que se haya firmado un contrato; es algo que no les compromete, como si de un juego se tratara.

Desde esta perspectiva, el Hogar se convierte en un taller de aprendizaje del arte de la negociación y el contrato, pretendiendo enseñarles a estos chicos el valor del compromiso y de la responsabilidad. Es la mejor manera de asegurarles su futuro. Lo que ocurre es que les cuesta asumir el compromiso por parte suya. Sí entienden que quieren unas cosas, pero no ven la obligación, por su parte, para conseguirlas.

18
Sin empatía no se avanza



La empatía es la llave para entrar en las vidas de estos adolescentes. Es la clave si se quiere motivar algún cambio en su realidad personal. Desde la empatía se establece un vínculo que facilita una relación fluida y de mutuo enriquecimiento. La empatía genera confianza y contribuye a la comprensión del otro. En la relación empática, a la hora de la intervención, las personas nos situamos al mismo nivel comunicativo; somos capaces de ponernos en el lugar del otro.

Si se pretende educar, es imprescindible conectar con la realidad del otro, es necesario conocerlo, interesarse por él y, finalmente, ponerse en su situación. Ya se sabe que la empatía es una identificación momentánea y transitoria que ayuda a comprender a los demás en su propia realidad, lo que te ha de conducir a asumir unas vivencias y situaciones similares a las de la persona con la que te relacionas. La meta sería, como escuché en una ocasión, mirar y sentir con «los ojos y el corazón del otro».

Sin duda estoy hablando de un instrumento muy apropiado para la tarea que se nos pide en estos centros. Ahora bien, no es fácil llegar a la empatía entre las personas. Es muy difícil conseguir una relación empática con todos y cada uno de los chavales del Centro. Este tipo de relación suele surgir espontáneamente y por la atracción mutua y

natural que sentimos unas personas hacia otras.

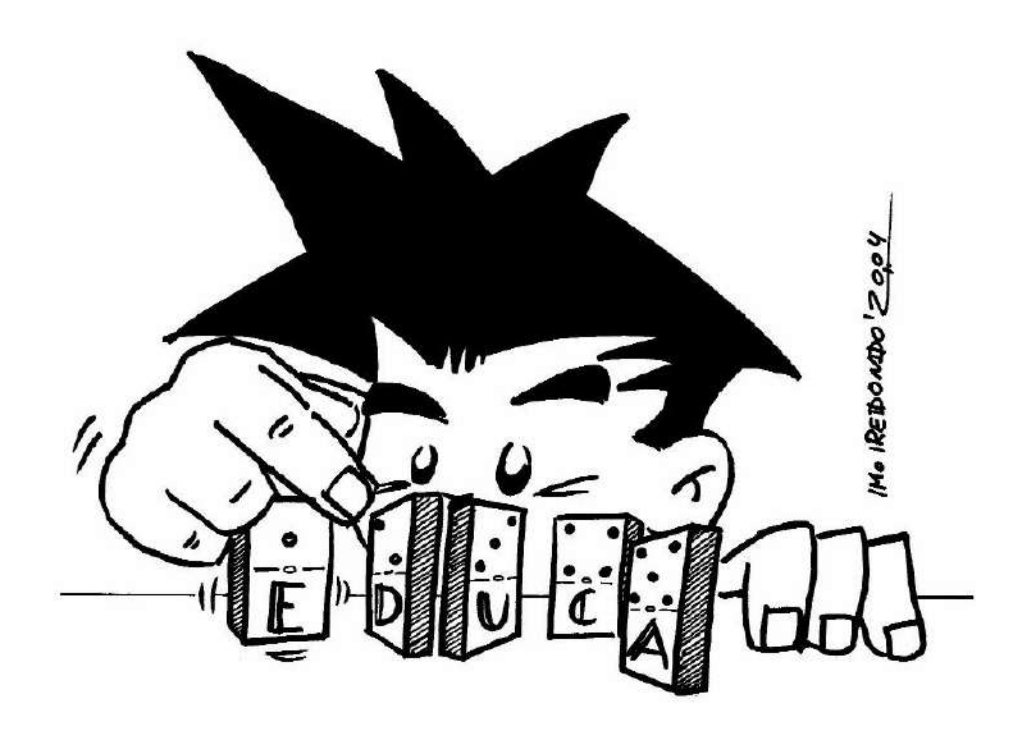
Se pueden crear un ambiente y unas circunstancias que la favorezcan, pero al final surge sólo con tal o cual educador. A partir de ahí, ya habrá una mayor facilidad para echar a andar con la llamada interacción educativa.

El peligro que acecha a la relación empática es lo que en el psicoanálisis se llama el fenómeno de la transferencia. Son inevitables las proyecciones en una dirección o en otra. Pero esta situación, que puede ser problema, no deber ser motivo suficiente para dejar de mantener una relación que contribuirá a la mejora educativa de los chavales.

Conocer sus ambientes, ser cercanos a sus familiares en la medida de lo posible, escuchar de vez en cuando sus músicas y sus canciones, interesarse por sus aficiones y gustos, acompañarles en el deporte… son medios que también van a contribuir a fortalecer la empatía.

Las entrevistas o las charlas espontáneas son una manera de formalizar y encauzar la relación de ayuda que se establece a través de la empatía. Y no se trata de compadecerse del otro. La compasión no le agrada a nadie. Estos chavales no quieren compasión, ellos mismos te lo dicen. Quieren una relación lo más igualitaria posible, desde la comprensión de su realidad y desde el porqué están como están.

19
La intencionalidad educativa que nunca falte



El educador, como mediador, es quien debe llevar la iniciativa en el proceso educativo. Educamos desde un proyecto educativo y esto se hace patente las 24 horas del día, educando y educándonos. Esta iniciativa educadora es lo que llamo la intencionalidad educativa. Entiendo que todo lo que se proyecta y se realiza en el contexto del Hogar tiene que llevar la orientación educativa. Educamos siempre, en todo momento. Bueno, o por lo menos, se intenta.

Y es que todo contribuye, desde que te levantas hasta que te vas a descansar. A veces no eres consciente del hecho, pero sí está presente y actuante en todas tus intenciones lo de educar. Por eso, la forma de hablarles a los muchachos, de estar con ellos, de solicitar que realicen alguna cosa, de jugar con ellos al baloncesto, de insistirles en hacer la cama, de comer con urbanidad, de insistirles en cumplir unos horarios para el trabajo o para el estudio o para el ocio, todo ello, incluso la manera de hacerlo, manifiesta la pretensión de educar.

El educador, si pretende serlo de verdad, lo es de una pieza y durante todo el día. Tal vez, en algunos momentos no estén los chicos en la casa y los veamos por la calle. En esos encuentros fortuitos, en la manera de saludarnos, se trasluce también que

vivimos juntos, que no somos extraños, que somos cómplices: también esto es educativo.

Cuando el educador tanto da «la vara» sobre la importancia del orden y la limpieza, lo hace con la convicción de que el orden externo favorece el orden interno de las personas. Y estos chavales tienen «mucho desorden» en su interior. De ahí que el mínimo detalle se cuide, porque todo tiene que estar en función de su educación.

Pero dije más arriba que «nos educamos» y que la educación verdadera es interacción. Los chicos intuyen si los educadores decimos y hacemos las cosas por hacerlas o porque creemos en su virtualidad y en el provecho que pueden sacar de ellas. Este proceso supone en el educador una especie de conversión en lo que se refiere a la eficacia de la educación. Y algo a lo que antes no se daba importancia, incluso en la propia vida, al contacto con estos chicos descubres su valor. Y es que el hecho de ser nosotros mismos educados es lo que más contribuye a la educación de los menores.

Además, también te educan con sus correcciones, sus preguntas, sus confrontaciones; no pocas veces contribuyen a desenmascarar tus limitaciones y tus propios errores. Es su manera de educarte. Es más, entrar en «ese juego» es lo que más les educa y les perfecciona como personas.

Por otra parte, como el educador vive con los chicos todo el día, no cabe separar tiempos en los que educamos y tiempos en los que no lo hacemos. Nuestra presencia con los chicos ya es educativa. Nuestra manera de estar, de hablar, de dirigirnos a ellos, de llamarles la atención, de felicitarles o de hablar entre nosotros como sus educadores que somos, todo, todo ello, está educando o deseducando.

Por eso el contexto del Hogar es y debe de ser educativo. Tiene que respirarse la educación y no puede ser de otra manera si queremos educar a nuestros chavales. Lo que no será fácil, ya que no están acostumbrados a este tipo de ambientes positivo, optimista, tolerante y constructivo. Su casa tal vez no haya tenido ese clima, por lo que no están hechos a vivir en tal ambiente. Aclimatarse les va a costar, pero ese esfuerzo ya de por sí les está educando.

20
Ceder hoy, para ganar mañana



Saborear que nos han ganado es bueno. Mañana será otro día. Y no se trata de ganadores y perdedores. Es una forma de hablar y de entendernos. El hecho de que los muchachos, a veces, se «salgan con la suya», tiene sus ventajas. Tanto para ellos como para los educadores. Es una forma de expresar la pertenencia y la integración en el Hogar.

En algunas ocasiones, estamos deliberando sobre la hora de salida o de llegada. Puede ocurrir que después de exponer las razones, llegáramos a la conclusión de tener en cuenta su postura. Digamos que se salen con la suya. Bueno, pues, no pasa nada. Estamos en la dinámica del diálogo, y pudiera ser que en ese momento ellos tengan razón, o se les dé. Lo importante en este caso, es que se alegran porque se han salido con la suya.

De una forma u otra, siempre está presente el asunto del «poder». ¿Quién maneja la situación? Los chicos nunca abandonan la idea o la posibilidad de hacer valer sus criterios y de «mandar» o de imponerse en el Hogar. Por eso tratan de «comer terreno» en ese espacio. Y, siempre que pueden, se esfuerzan para ganarte «el pulso». Creo que no es malo que tengan la sensación de que esto es así. Puestos en su papel, hay que reconocer que sería un agobio «salir perdiendo» siempre.

Evidentemente, estoy refiriéndome a casos y a situaciones que no son fundamentales en la vida y en la orientación del Hogar. Dentro de la rutina de la vida, hay momentos en los que da lo mismo hacer una cosa que otra para llegar al mismo lugar y, cuando los muchachos se empeñan por una de ellas, que aunque tú no veas que es la más adecuada en el momento, pueden tener razón y dársela está bien. Es una forma de ceder a sus pretensiones.

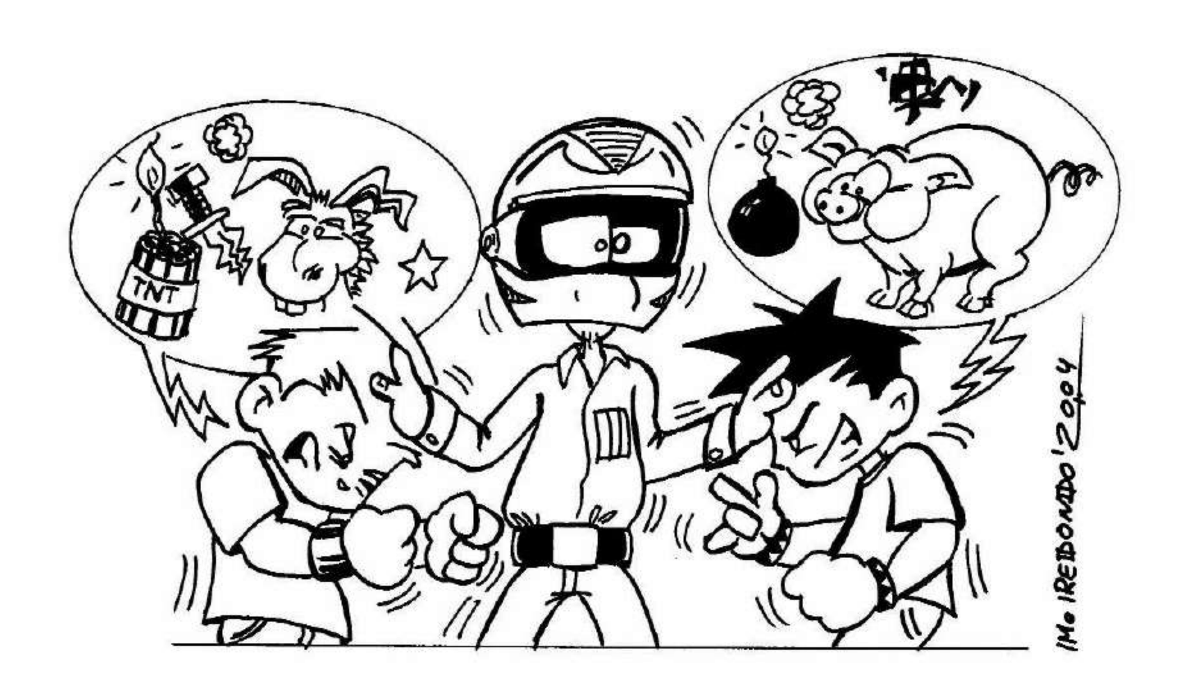
De esta manera entran en la dinámica de que unas veces son unos y otras veces son otros los que tienen que ceder. Y desde una visión más amplia y clara de la situación, se les puede hacer ver que en ciertas cosas puede haber flexibilidad, pero que en las cosas fundamentales tenemos que ser más exigentes, haciéndoles ver que no se puede transigir.

Por eso no nos preocupa ceder hoy, en cosas secundarias, para exigir mañana en aspectos fundamentales. De esta forma se evitan seguramente traumas innecesarios.

Personalmente no me causa un trauma, que el chaval se salga con la suya. Que además a las malas, va a hacer lo que quiera, aunque luego tenga sus consecuencias, pero el que se maneje el asunto desde la perspectiva que estoy diciendo tiene, como lo he comprobado, sus ventajas.

21

El conflicto es necesario y ayuda a crecer



En una Escuela de Padres y Madres, al terminar la exposición sobre la educación en la adolescencia, una persona me comentó que eso de convivir con el conflicto no lo acababa de asimilar. Que los conflictos generan tensión y que le complican a uno la vida; que lo mejor era evitarlos y, para eso, sería bueno ser más flexible con el adolescente. O sea, que el chaval se saliera siempre con la suya y, de paso, nos quedamos más tranquilos, pues evitamos los enfrentamientos y los problemas.

Normalmente los conflictos surgen cuando tratamos de poner límites y normas al adolescente. A nadie le gusta que le marquen el camino. Y en estas edades, en las que la rebeldía y contestación están a flor de piel, pues se complican más las cosas. Sin embargo, por medio del conflicto se nos abre un camino para seguir educando.

No hay que olvidar que detrás de los conflictos hay unos intereses y unas necesidades por parte de las personas que entran en conflicto. Se hace necesario tener en cuenta dichos intereses y necesidades si queremos conducir adecuadamente el conflicto. Esto requiere tiempo y conocimiento mutuo de las personas que entran en juego.

En una primera aproximación, todo conflicto nos suena a peyorativo y parecería

que tiene que ver más bien con algo violento y agresivo. Esa es una de las razones por las que se trata de evitarlo; pero, aunque es verdad que suele generar cierta tensión, bien llevado y gestionado sabiamente produce todo lo contrario.

El conflicto es la ocasión para ayudar al adolescente a confrontar los nuevos criterios que va elaborando a partir del descubrimiento de sí mismo y sus posturas críticas, más o menos conscientes, sobre la realidad, con los criterios que fue recibiendo a lo largo de la infancia. Se encuentra en una época privilegiada de la vida en la que no se le puede dejar solo, y tampoco únicamente acompañado de las influencias del medio ambiente en el que vive.

Se trata, pues, de serenarse y de dialogar; de manejar el conflicto en sus justos términos; de enseñarle y de aprender a razonar, a valorar alternativas y de facilitar la escucha mutua: es bueno experimentar que unos podemos aprender de otros. A lo mejor, algunos de nuestros criterios tienen que evolucionar y, tal vez, algunos de los suyos son más adecuados con los tiempos que actualmente corren o, por el contrario, son demasiado arriesgados. Pero esto sólo se podrá descubrir cuando se verbalicen sin prejuicios, reposadamente los planteamientos de cada cual.

Incluso, llegado el momento de tomar una decisión, que como decía más arriba tiene que negociarse, no estaría de más analizar los resultados de las decisiones anteriormente tomadas, para, a la luz de los logros o fracasos cosechados en momentos pasados, tomar las nuevas decisiones para que resulten más positivas.

Esta manera de tratar adecuadamente el conflicto propiciará el crecimiento y el desarrollo del propio adolescente. Que por lo demás, el muchacho va analizando los cambios que se dan en su persona sin tantos sobresaltos y crispaciones. Más bien desde un ambiente positivo de saber confrontarse y de establecer las relaciones desde la serenidad y la calma.

Para terminar diría, que se debe dejar muy claro que una cosa es el conflicto que surge por un problema determinado, y otra cosa es la persona que tiene ese problema y genera tal conflicto. En el conflicto lo que interesa es solucionar el problema, no atacar a la persona. Desde este planteamiento, los conflictos tienen su función positiva.

22
Los insultos son terapéuticos, los de ellos



Claro que se deben evitar los insultos. Pero, a veces, cuando se producen, no dejan de ser terapéuticos. El chaval se desahoga. Proyecta la rabia que lleva dentro. Es evidente que habrá que enseñarle a utilizar otros cauces para expresar su descontento; pero, de entrada, ¡déjales que griten, que se salgan de tono!

Por lo demás, han «mamado» desde su más tierna infancia esta forma de expresarse. Los gritos, los tacos, las palabras de todo «calibre», incluso las malsonantes, fueron cotidianas en boca de sus progenitores, de sus familiares más allegados y de su entorno social. Es probable que los hijos de los médicos y de los abogados, hablen de forma más correcta, normalmente, en sintonía con el ambiente familiar y social en el que se han criado. Por consiguiente, no tiene por qué resultar chocante la forma de expresarse de estos chavales.

Desde esta perspectiva, habría que añadir que su vocabulario también es un signo de lo que se viene llamando su universo simbólico. Es decir, su cultura, la interpretación de la vida, la manera que tienen de explicar el mundo en que viven, sus costumbres… todo ello lo verbalizan con unas determinadas expresiones que, a los que pertenecemos a

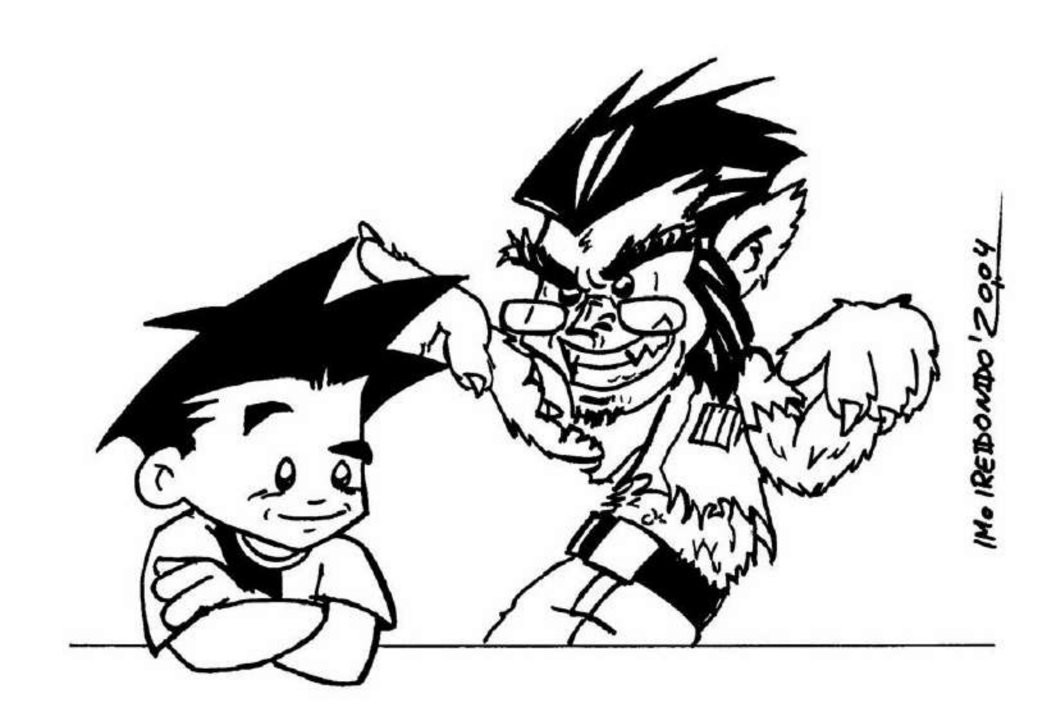
otro universo simbólico, nos resultan chocantes. Como nuestro sistema expresivo les resulta raro a ellos, claro.

No estoy diciendo que su manera de hablar sea exclusiva la del insulto y que no conocen otra; sí es verdad que suele ser algo sustantivo en su sistema comunicativo. Es como si en su lenguaje quisieran marcar sus diferencias con respecto al mundo que les rodea. Por eso hay que asumir que se expresen así.

Ahora bien, eso no quiere decir que no sea necesario proponerles otro sistema comunicativo: educarles y enseñarles a hablar correctamente. Desde luego, habrá que dejarlos para que se desahoguen a su manera, pero también habrá que hacerles ver que existen otros cauces para expresar su malestar interior. Y, lo que es más importante, habrá que recordarles que vivimos en una sociedad en la que existen unas formas correctas de decir las cosas, que están los modales y las buenas formas de expresarse ante los demás que facilitan la convivencia y generan un clima de respeto, lejos de la crispación y de la violencia.

El caso es que aprendieron a gritar e insultar, como lo más natural del mundo, para expresar toda clase de sentimientos y es inevitable que lo sigan haciendo, pues estas formas expresivas son prolongación del mundo del que forman parte; pero también este aspecto puede ir cambiando. Pues hay que reconocer que la corrección del vocabulario no va aislada, sino integrada en todo lo demás que se pretende conseguir de ellos; buenas formas, estructuración personal, limpieza y aseo, trato respetuoso… Mientras tanto, habrá que dejarles que, de vez en cuando, utilicen su especial «vocabulario» para desinhibirse y sentirse ellos mismos.

23
Quién ha dicho miedo, ¡si son unos niños!



No es raro que se albergue cierta sensación de miedo hacia ellos, en algún momento; sobre todo cuando se «masca» la tensión. Hay ciudadanos que evitan pasar junto estos grupitos de jóvenes «sospechosos» y que parece que están conspirando. El caso es que consciente o inconscientemente, ellos mismos a veces van de bravucones y aparentan más de lo que luego dan de sí en la realidad. Es otra modalidad del «pulso» que frecuentemente echan al educador para ver quién se sale con la suya.

Y puede darse el caso de que uno flaquee y se acobarde ante estas actitudes más o menos «matonas o chulescas». No lo dudes, estas situaciones ellos las intuyen y se dan cuenta y se aprovechan de la circunstancia ventajosa. En la historia del Hogar, se han dado situaciones que corroboran todo esto que voy diciendo. Quien más y quien menos pasa por este sentimiento de temor y miedo. Sobre todo, si los chavales son adolescentes que tienen un físico bien desarrollado y fuerte, y que parecen tan consistentes o más que el educador.

Más grave aún. Cuando los chavales se dan cuenta de que les tienes «respeto», por decirlo suavemente, te estarán pasando factura continuamente. Incluso, llegarán al chantaje conscientes de tu debilidad frente a ellos. Si se da esta situación o la permites, te

harán la vida imposible, pues saben que pueden contigo: ¡el pulso lo has perdido!

Por otro lado, son conscientes de que pueden imponerse y no dudan cuando ven la ocasión, hasta el llegar a intimidarte; lo hacen dentro del contexto del tanteo, para ver hasta dónde pueden llegar contigo. Saben perfectamente que ellos son los menores y tú eres adulto, pero por si acaso, lo intentan.

Y, sin embargo, son unos niños. Nada más que unos niños; bueno, unos adolescentes. Pero, para el caso, menores de edad en comparación con tu realidad de persona adulta. Por eso que de miedo, nada. Cada cual en su sitio. Y a la prepotencia chulesca, no es preciso responder con prepotencia, pero sí dejando claro que cada cual desempeña un papel distinto en el Hogar y el educador tiene el suyo, del que no debe claudicar ni dimitir: ser responsable de la educación y velar por el desarrollo de los chavales que se le han encomendado, esto es lo que hay que hacerles ver. Desde esta perspectiva ellos aprenderán a asumir su papel de educandos, de adolescentes que están creciendo, desarrollándose, y que necesitan de nuestras atenciones y cuidados conforme a la edad que tienen.

Se trata de ponerse cada cual en su sitio, evitando condescendencias fáciles para ganárselos o para congraciarse con ellos. Hay que mantener el afecto necesario, pero también las distancias adecuadas, de modo que en ningún caso se produzcan chantajes ni se pasen facturas emocionales, éste sería un mal camino; y, desde luego, no mostrar actitudes de miedo o temor en absoluto. El miedo es un sentimiento que no facilita la tarea educativa. Y ya no es sólo negativa la actitud temerosa del educador, también hay que evitar, por todos los medios, que los muchachos tengan miedo o vean a los educadores como una amenaza; de ser así, es inútil todo lo que se pretende hacer para su educación.

24
El método machaca, nunca falla



El día a día, te hace ver que la repetición e insistencia es la clave en el proceso de modificación de conductas y de adquisición de nuevos hábitos o actitudes. En muchos aspectos de nuestra tarea educativa partimos de cero, por no regresar más atrás. Y en cualquier caso, como vengo observando, habitualmente te encuentras con una continua resistencia a toda iniciativa que se te ocurra.

Una de las finalidades que nos ocupan y preocupan es la creación de hábitos, el manejo de habilidades sociales, la necesidad de que los chicos vayan incorporando ciertas costumbres, por ejemplo, en su higiene personal o en el orden y limpieza de su habitación, o que sean perseverantes en las opciones que van tomando. En fin, actitudes que se consideran básicas para el funcionamiento normalizado de cualquier persona.

Pues bien, todo esto no se consigue de la noche a la mañana. Se requiere tiempo. Se necesita tiempo para transmitirles una y mil veces el mismo mensaje. Pero, sobre todo, se necesita tiempo para que el chaval vaya interiorizando e incorporando todas esas finalidades que consideramos básicas para su desarrollo.

A veces pecas de optimismo porque esperas una respuesta inmediata (¡y para

siempre!) de lo que sugieres (¡que ya se lo has dicho mil veces!) y, sin embargo, como si les hablaras a las paredes. Pues, nada; hay que insistir una y otra vez, hasta el aburrimiento.

¿Acaso nuestra experiencia personal no ha pasado por esta misma situación? Basta con echar la mirada retrospectiva hacia nuestros años juveniles y recordaremos que nos dijeron un montón de veces las mismas cosas, y…

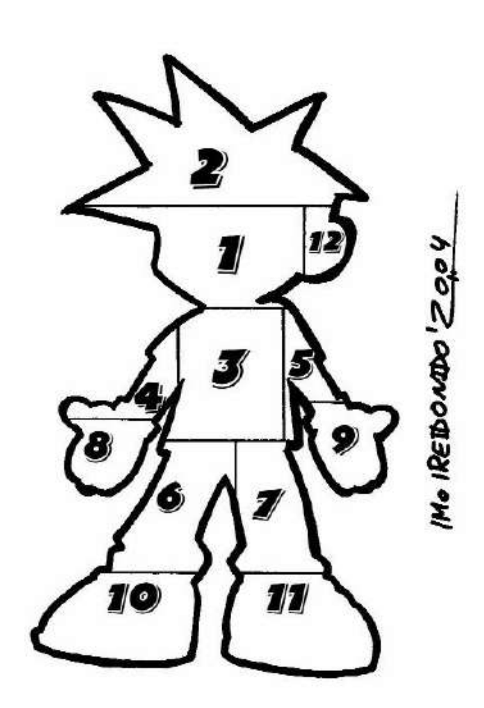
Me imagino que estamos de acuerdo en la importancia de repetir, de recordar las cosas. Y no pasa nada por ello. Lo único es que, a veces, uno se cansa de tanta insistencia y, más, cuando no se ven los resultados. Pero este es uno de los gajes del oficio que tenemos. Por ejemplo, en lo que se refiere a la higiene personal: les cuesta ducharse por las tardes, después del trabajo o del deporte. Una tarde, después de recordarles la importancia del aseo desde el punto de vista de la salud personal y de la convivencia, bajó uno muy repeinado, pero se notaba que no se había duchado, el olfato delata estas cosas. Después de afirmar y confirmar que se había duchado, subimos a su habitación: las toallas estaban secas y las paredes de la ducha estaban más secas que la arena del desierto. Ante estas evidencias, tuvo que ducharse y en la asamblea se propuso la norma de que, en caso de duda, no tendríamos ningún inconveniente en abrir la puerta del aseo para cerciorarnos de que se estaban duchando. Esta norma se reforzó, pues se descubrió que algunos le daban al agua de la ducha pero no se duchaban, ¡como había ruido!

Es un poco fuerte la expresión de «machaca», pero tomemos el sentido que tiene y veremos que es una buena imagen. La persuasión, con el tiempo, va haciendo su efecto y va calando en el interior de los chavales, de forma que, poco a poco, pero a base de repetirles las cosas y de que reiteren la misma acción, terminan por hacerlas suyas y pasan a formar parte de sus vidas. Ardua tarea, porque parece que no se avanza; pero el sustrato va tomando cartas de naturaleza y dejando su poso.

Resulta gracioso, cuando se incorpora algún nuevo miembro al Hogar, que ya se encargan los chavales «antiguos» de enumerarles todo lo que hay que hacer y de recordarles la lista de sus tareas y obligaciones; les sale espontáneamente. Esa es una prueba de que están asimilando todo aquello en lo que se les insiste.

25

El orden externo, imprescindible para el interno



¿Manía o convicción? Más bien una intuición contrastada con la vida misma. En cualquier caso, creo que hay una relación muy estrecha entre el espacio en que vivimos y el estilo vital que desarrollamos; entre nuestra situación personal y cómo estamos estructurados internamente. La relación que se pueda dar habría que justificarla mediante análisis y estudios, pero ahí no voy a entrar.

En muchas de las visitas que he podido hacer a las casas de estos chicos con motivo de establecer alguna relación con sus familias, he tenido la ocasión de comprobar «in situ» el desorden y suciedad de las que hacen gala. Recuerdo que, un día, me adelanté en la visita que había anunciado y encontré a la mamá del muchacho, con la escoba, barriendo la salita en la que supuestamente nos íbamos a encontrar. Era un intento de paliar el escenario de muebles rotos y de paredes que se caían por todos los lados. Lo sorprendente es que ellos, por lo visto, no se crean problemas por este tipo de carencias. Les da igual. Bueno, no se sabe exactamente si les da igual o no tienen más

remedio que adaptarse a lo que hay.

Siempre que haces el recorrido de la casa, no siempre te la enseñan, ves trastos por todas partes, habitaciones oscuras en las que apenas se puede entrar: el desorden es total. En muchas casos los muebles están amontonados y los armarios repletos de enseres y adornos «lisiados». Hay ropa sucia por todos los sitios y te encuentras cualquier cacharro en el sitio menos esperado. Se diría que ellos viven tan a gusto en medio de esa situación. Aunque, en honor a la verdad, no todas las casas de los chavales están en la misma situación. Las hay que están en mejores condiciones y que, aunque pequeñitas, lo tienen todo más ordenado y recogido; por lo mismo, hay que decir que los chavales de estas casas más habitables tienen otras disposiciones a la hora de estar en el Hogar, son más «curiosos» con sus cosas y más ordenados.

Por todo ello, llego a entender que se da una relación estrecha entre lo externo y lo interno. De ahí que a los chicos se les haga ver la importancia de la limpieza y del orden en la casa, tanto en los lugares comunes como en los personales; de manera especial en su habitación y en el armario de la ropa. Este es otro tema del que hay que estar encima un día sí y otro también. Son muy abandonados y dejan las cosas de cualquier manera, claro que en eso no se diferencian mucho de la generalidad de los adolescentes.

Porque si hay un orden y limpieza en el hábitat que viven, seguramente esto contribuirá al orden y a la «limpieza» interiores. El mundo interno de cada cual suele ser el reflejo del mundo externo en el que se desenvuelve la vida. En la desestructuración que observamos en las personas influye de alguna manera, entre otros factores, todo ese ambiente espacial y vital en el que se han desarrollado sus vidas desde que nacieron. Para completar esta panorámica del «hábitat» sería necesario presentar las características de las barriadas o poblaciones en las que viven; otra prueba más a favor de lo que vengo diciendo.

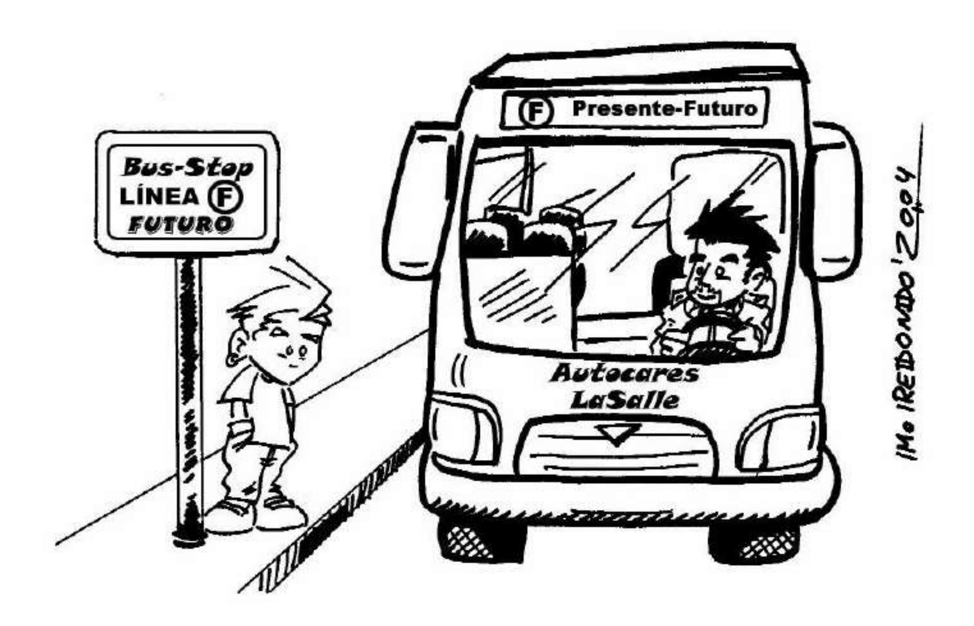
El Hogar mismo y sus alrededores tiene que ser una buena referencia educativa. Cuando un muchacho entra por la puerta, tiene que respirar limpieza y orden en la casa, de modo que esto que percibe al llegar contribuya a que no ensucie y desordene las cosas. Pero conviene no ser ilusos; porque lo que se lleva dentro se proyecta hacia fuera con toda naturalidad, y si no se insiste en estos aspectos, pronto el que llega tiende a ensuciar y a desordenar los espacios.

Por tanto, un elemento que consideramos importante en nuestro afán de contribuir a su construcción personal, a su reestructuración, a que en su vida exista un orden racional, es cuidar los detalles de la limpieza y del orden externo. Si su casa contribuyó, en parte, a ser como son, hay que pretender que el Hogar contribuya a ser lo que entendemos tiene que ser.

Y todo esto, sin olvidar que los adolescentes están muy revueltos en su mundo interno y lo proyectan hacia fuera con el desorden, sobre todo en sus cosas. Pero esto del caos interior del adolescente es un capítulo que trataré en otro momento.

26

Tu futuro empieza hoy, ¡no esperes!



«Mañana lo haré, mañana.» Seguramente hemos usado esta coletilla bastantes veces en algún momento de nuestras vidas, de tal manera que forma parte de nuestra experiencia vital: «No, si mañana empiezo a funcionar». Pero el mañana nunca llega.

A esto se puede añadir que vivimos unos tiempos culturales del «carpe diem», es decir, lo que interesa es el hoy. Mi hoy tengo que aprovecharlo al máximo. Y como lo del hoy es muy largo, pasamos a: ¡Vive el momento! ¿Mañana? ¡Ya veremos!

Es inevitable que se viva con esos esquemas, pero además, desde ellos habrá que dar el paso al futuro. Ese futuro que nuestros muchachos lo tienen muy negro, pero que muy negro. Nuestro empeño consistirá en hacerles ver que, con su mayoría de edad, tienen que integrarse en la sociedad y lo tienen que hacer con las mismas y, si cabe, con mejores posibilidades que los jóvenes de su edad para tener un trabajo que les proporcione autonomía y la posibilidad de ser ciudadanos de pleno derecho y con igual dignidad.

Pero todo esto está muy lejos de sus aspiraciones y de sus posibilidades existenciales. Vivir al día es lo que han visto en sus familias y entienden que es tontería

aspirar a más. Si con tan poco se apañan sus padres, ¿por qué ellos no van a tener las mismas facilidades? Aún más, si en su familia, dentro de las muchas carencias, no les ha faltado nada, y si están en una institución que no les regatea nada, ¿por qué van a plantearse que les vaya a faltar algo en el futuro? La experiencia cotidiana les afianza en la confianza de vivir el hoy. ¿Mañana? ¡Dios dirá!

Ahora ponte tú a decirles que estudien para obtener el graduado, porque luego les va a ser necesario para el trabajo. Diles que se apliquen en el oficio de la Escuela Taller, que les va a venir bien cuando sean mayores. Insísteles en que participen en las labores de la casa para que, cuando el día de mañana tengan su hogar, vivan a gusto y con dignidad. Y diles que…

Casi es una pasión inútil. No ven o no lo quieren ver. El futuro les queda lejos. Y sin embargo, tú que ves las cosas, te empeñas, y tienes que seguir empeñándote, en que no pueden ser menos que los demás jóvenes a la hora de llegar a la mayoría de edad y que, como los demás, han de alcanzar la tan deseada independencia y libertad.

Con el agravante añadido de que los jóvenes de su edad tienen una familia que les va a ayudar, no sólo hasta los 18 años, sino hasta los casi 30, o hasta que decidan unilateralmente independizarse. O sea, que lo van a tener más difícil que cualquier muchacho de su edad. Otra razón más para que aprovechen al máximo las posibilidades que tienen en el presente.

Curiosamente con la experiencia que vamos teniendo de algunos compañeros que han ido saliendo por mayoría de edad, se está viendo la importancia de tener el graduado, de aprender un oficio, de prepararse para funcionar de forma autónoma. Claro que también nos ha salido el caso de los que se han vuelto a reubicar en su antiguo hogar y están viviendo de sus familiares sin mayores compromisos de su parte. Sin comentarios.

27

¡Que respetes mis derechos! Y… ¿tú los míos?



Hay que ver que estos chicos casi no saben expresarse y que, además, ni quieren aprender y sin embargo qué bien conocen sus derechos: todos. Y eso que no han estudiado leyes. Lo que ya no es tan fácil es que ellos sean capaces de reconocer que las demás personas también tenemos derechos. En cualquier caso, el problema viene cuando se plantean las cosas de esta forma, como lo hicimos en una asamblea:

Un **derecho** que tenéis es vuestra alimentación. Los educadores tenemos el **deber** de daros de comer. Por eso ponemos tanto empeño en que comáis de todo. Y de calidad. Por eso acudimos a un médico para que nos certificase la mejor dieta pensando en vuestro desarrollo y en vuestro crecimiento. Esto forma parte de nuestro trabajo.

Otro **derecho** que tenéis es el de vuestra educación. Tenemos la **obligación** de daros la mejor educación posible. Lo haríamos muy mal si nos cruzáramos de brazos y no hiciéramos nada. Incluso sería más cómodo para nosotros. Pero no cumpliríamos con nuestra obligación. Este es nuestro trabajo.

También tenéis **derecho** al tiempo libre. Nosotros tenemos el **deber** de dejaros un

tiempo para que lo organicéis a vuestro gusto y de proporcionaros los medios para que disfrutéis lo más sanamente posible de ese tiempo de ocio; pero también tenemos la obligación de velar para que dicho tiempo no lo malgastéis o utilicéis inadecuadamente los medios. Forma parte de nuestro trabajo.

Tenéis el **derecho** de que se os prepare para la inserción laboral. Tenemos la **obligación** de facilitaros las oportunidades para que tengáis una óptima preparación profesional. Este es nuestro trabajo.

Otro **derecho** que tenéis es el de vuestra salud, el de la higiene corporal. Tenemos el **deber** de cuidar todo lo relacionado con vuestro descanso, higiene y salud. De ahí que os llevemos al médico, al oftalmólogo, al otorrinolaringólogo, ya sea al Ambulatorio o al Centro de Salud… a donde sea. Es nuestro trabajo.

Pero claro, vosotros tenéis todos esos derechos y más que podíamos citar, pero resulta que a esos derechos que a veces exigís les corresponden, por nuestra parte, unas obligaciones, lo hemos visto, pero también por vuestra parte.

Así que lógicamente tenéis la **obligación** de alimentaros sanamente, de educaros, de organizar bien vuestro tiempo libre, de prepararos para vuestra inserción laboral, de cuidar vuestra salud e higiene. Tenéis la **obligación** de…

En realidad, les resulta sumamente fácil exponer y exigir que tienen unos derechos y no es tan atrayente dar cobertura a las obligaciones implícitas en esos derechos. Y tampoco es fácil hacerles ver que todo el mundo tiene derechos, no sólo ellos. Pero este fallo no es exclusivo de nuestros muchachos, nos afecta a casi todos los humanos.

28

De lo que nos cuentan no sabemos nada



Aquí entra de lleno la profesionalidad. El secreto profesional. Evitar cualquier tipo de indiscreciones. Los chavales se toman muy a mal, y con toda la razón del mundo, que cosas que te han dicho en privado y en confianza, al rato las conozcan el resto de educadores y las utilicen, incluso, para echárselas en cara. Mal asunto. Y encima, hemos cerrado una vía de comunicación y de acceso al chaval.

Cuando un chaval siente la necesidad de hablar y hace un enorme esfuerzo por decirte algo de su vida, lo cual ya supone un paso para «sanar» su interior, tienes que corresponderle al mismo nivel. La discreción en esta situación es una exigencia para que esa vía se mantenga y se fortalezca. Quien conoce a los adolescentes sabe que les resulta muy difícil comunicarse, abrir su interior, contar lo que les pasa, sobre todo a las personas adultas y más a personas que no ha elegido para su convivencia como somos quienes estamos con ellos en el Hogar. Ya esta disposición de hablar es para felicitarse y, casi, celebrarlo.

Muchos de nuestros chavales se van del Hogar y no han sido capaces de desahogarse con un educador, bien sea por sus bloqueos personales o porque no hemos utilizado las habilidades necesarias para que se acerque a «airear» lo que tanto les

presiona, les condiciona, les amarga la existencia… Les llega la hora de dejarnos y se van con la mochila cerrada. ¡Qué mal lo van a seguir pasando!

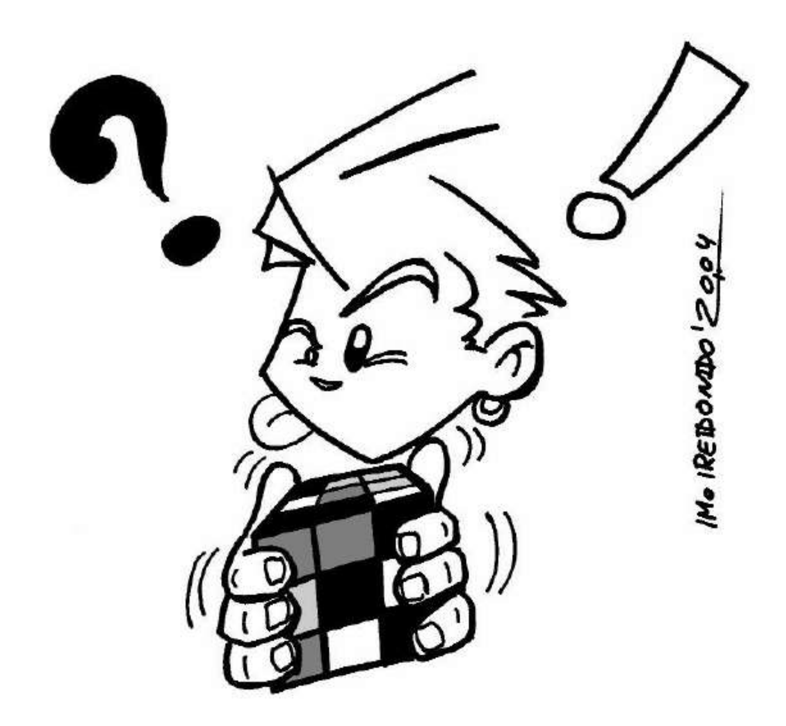
Ahora bien, cuando deciden comunicarse, la empatía tiene que funcionar a pleno rendimiento. Y muchas veces no se trata de «sermonearles», sino simplemente de escucharles, es lo que desean, que se les escuche. Y, entonces, no hay que tener prisas. Ni muchos menos hacer juicios de valor sobre lo que te dicen, aunque parezcan auténticas barbaridades. En estos casos es más importante el hecho de que hablen que lo que dicen: importa más el continente que el contenido. Si el chaval se sigue confiando, ya habrá tiempo de ayudarle a reflexionar sobre lo que te dice, en un diálogo contrastado, que él mismo solicitará. Volveré a retomar con más detalle todo esto en otro lugar.

Pero no olvidemos el titulillo de este apartado: *De lo que nos cuentan no sabemos nada*. No sabes nada como materia personalizada para comentar a otras personas. Pero sí has descubierto algo fundamental, es decir, lo que les está pasando a los muchachos y que, como educador, lo debes tener en cuenta a la hora de seguir interviniendo con ellos. Evidentemente se va a crear en el educador una tensión entre lo que puede o no puede decir de las cosas que ha dicho el chaval, pero será inevitable que al abordar determinados aspectos del Hogar se tengan en cuenta las informaciones de los chicos, lo que facilitará la tarea educativa con respecto al grupo.

En cualquiera de los casos, lo que se hable en las sesiones de seguimiento queda dicho para ese momento. No debe ser motivo de comentarios en otros ámbitos y menos que le llegue al sujeto en cuestión alguna interpretación de lo que él haya comentado en las entrevistas. Su vida y su historia personal merecen un total respeto, y en este caso el respeto se explicita con la ausencia de todo comentario que pueda poner en evidencia la confidencialidad que mostró el chaval.

Por lo demás, como vengo comentando, en el trabajo de equipo de los educadores es lógico que aparezcan algunos comentarios; pero también es lo más propio que, si algún chico te comenta algo de su vida, se entiende que tú no sabes nada y que no vas a difundirlo y que, además, le estás muy agradecido por la confianza que ha depositado en ti al hablarte de su vida.

29
Ellos sí que lo tienen difícil



¡Pero difícil! Además de verdad. Prácticamente, desde su nacimiento, lo llevan casi todo en contra. Empezando por su misma familia. Ya comenté las características de las familias multiproblemáticas de las que procedían estos chicos. Si ya vienen a este mundo en tales condiciones, me contaréis el futuro que les espera. Con tales comienzos lo van a tener muy difícil si quieren sobrevivir «decente y honradamente». Desde luego, no pretendo justificarlos, pero esa es su cruda realidad.

Cuando se nace en una familia normalizada, hay bastantes posibilidades de que el desarrollo de la persona sea normalmente sano, entre otras cosas, porque desde la más tierna infancia se han ido recibiendo e incorporando todos aquellos elementos que son necesarios para crecer con normalidad como persona. Si la crianza ha sido bien dirigida y las funciones parentales están garantizadas, tenemos las óptimas condiciones para que los hijos se desarrollen y maduren sin grandes sobresaltos y con normalidad.

Pero, como la crianza y las funciones parentales no se hayan ejercido correctamente, los hijos van a estar «tocados del ala» para toda su vida. Y se van a resentir en múltiples aspectos. No va a ser fácil educarlos, no va a ser fácil llegar a sus

vidas y hacerles ver la importancia que tiene asumir las propias carencias y la necesidad de integrar en sus vidas aquello que necesitan para realizarse como personas y para ser más felices.

Lo tienen difícil porque muestran una tendencia natural a reproducir lo que han visto en su ambiente familiar. ¿Para qué van a estudiar, si no lo necesitan? Además carecen de las herramientas del trabajo intelectual que les podrían ayudar a afrontar los obstáculos. ¿Para qué van a trabajar, si se puede vivir haciendo «trapicheos» y este modus vivendi tiene su aliciente? ¿Para qué van a construir unas relaciones estables si no han visto que sean necesarias para sobrevivir? Además, ¿cómo se hacen todas esas cosas de estudiar, trabajar, relacionarse, si no se han desarrollado adecuadamente los aprendizajes que faciliten dichas tareas; si no se sabe cómo hacerlas?

Si añadimos a todo esto el maltrato y el abuso a los que a veces se ven sometidos, me contaréis entonces, qué posibilidades tienen de triunfar en este competitivo mundo. Lo pasan mal. Muy mal. Y encima, nos permitimos echarles en cara que no siguen las normas, no cumplen con sus obligaciones y sus responsabilidades. Estos chavales están muy dañados y, aunque resulte complicado, hay que contemporizar mucho si se pretende educarlos. Su punto de partida en esta vida les ha orientado en otra dirección. Dirección equivocada que les va a pasar factura continuamente.

No se trata de ser pesimistas y negativos. Claro que hay muchachos que salen adelante, que progresan, que maduran, que reaccionan al mundo adverso que tuvieron en su infancia y son capaces de crecer como personas, aunque arrastren complejos y estén continuamente trabajándose la autoestima; porque, pese a todo, siguen considerándose menos que los demás. Ante ellos hay que quitarse el sombrero, porque ciertamente el esfuerzo que han hecho y hacen cada día es encomiable.

Y porque lo tienen difícil, habrá que ser creativos e ingeniosos para crear lazos, para ayudarles a ser personas, para que recuperen su dignidad perdida (bueno, no la perdieron; es que no se la dieron). Hay que apoyarlos para que se vayan equipando como personas con todos los útiles necesarios que les permitan incorporarse e integrarse en la sociedad en parecidas condiciones a las de los demás chavales que no lo tuvieron tan difícil como ellos.

30
¡Quiero ir al médico!



Lo suyo es obsesivo, parecen hipocondríacos. Parecería que en el Centro de Salud se encuentra la panacea y la solución a todos sus problemas. Van con miedo, pero con gusto. Quieren ir al médico. Una caída, un dolor de cabeza que les va a estallar, el estómago que lo tienen revuelto, un rasguño en la pierna, un golpe inesperado: cualquiera de estos es motivo más que suficiente para ir al médico. Otra cosa no, pero apego a la vida y a la salud tienen mucho. Es lo que tienen y lo defienden. El instinto de conservación está bien atendido. Otros aspectos también relativos a la vida están más descuidados, pero «la vida», como tal, está bien atendida.

Se da también la situación paradójica de que, una vez que han ido al médico y les ha dicho que eso no es para tanto, ya se desentienden de los medicamentos que tienen que tomar y, a la primera de cambio, la medicación pasa al olvido y tienes que estar encima de ellos para que la tomen. Como su vida no peligra, ya están más tranquilos y rápido vuelven a las andadas. El peligro ha pasado.

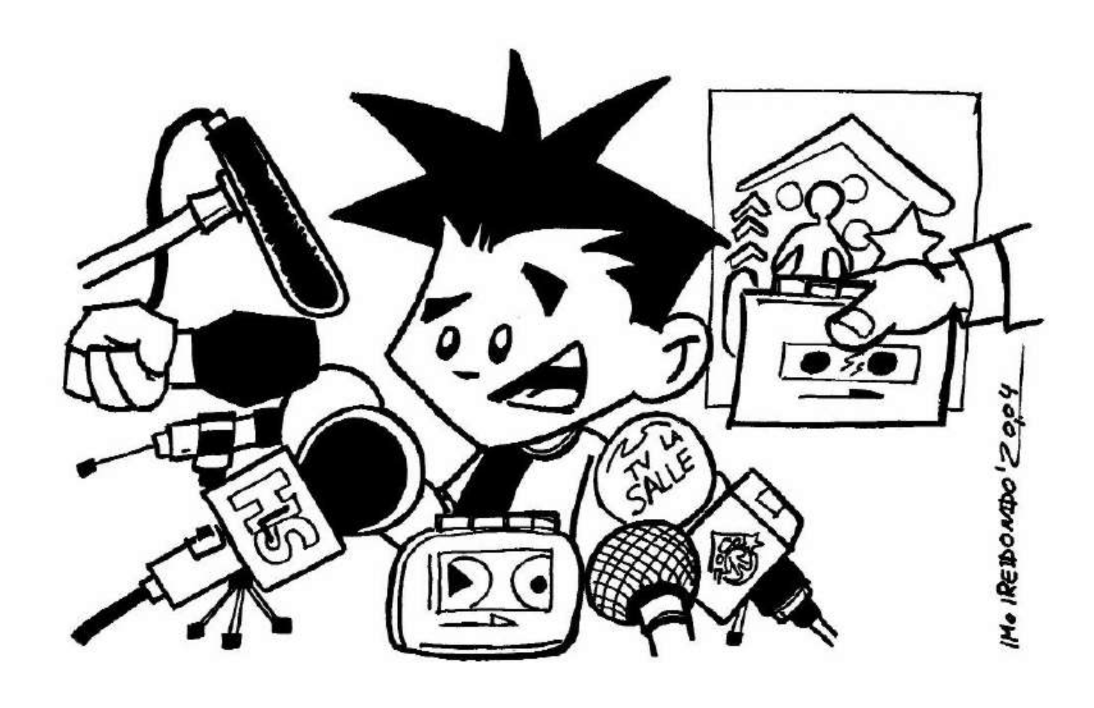
Luego está lo anecdótico. Ven en las pastillas el talismán que da solución a sus problemas: con la sacarina se han curado muchos dolores de todo tipo. El caso es que descubrimos esta estratagema el día que con insistencia estaba uno diciendo que le dolía

mucho la cabeza y que las aspirinas no le hacían nada. Entonces le dimos una pastilla que había salido nueva al mercado y que era milagrosa. Desde ese día la sacarina fue la mejor medicina. Bueno, tal vez la sacarina y el afecto y los cuidados que acompañaban.

En cualquier caso, la visita al médico les tranquiliza. A estas reflexiones añadiré que, en ocasiones, llega al Centro algún menor con unos medicamentos que el médico le ha recetado. A veces, el motivo es el nerviosismo o la hiperactividad del chaval y las pastillas pretenden tranquilizarle. Ciertamente, en algunos casos, la medicación se hace necesaria; pero, en otros, hemos constatado que se pueden solucionar los problemas con otros procedimientos, sin necesidad de la medicación. Tantos medicamentos, con sus mil y una contraindicaciones, suelen anular a la persona y no la predisponen a asumir su realidad en condiciones normales, frescas.

También están las autolesiones. Es una de las manifestaciones de la dañada realidad personal de estos chicos. En ocasiones lo hacen por fastidiar y por darte un susto, porque saben que vas a estar al quite. Y no deja de ser una llamada de atención. Pero realmente a veces se arriesgan demasiado y se ponen en peligro innecesariamente. No sería la primera vez que con prontitud tienes que salir a Urgencias para un lavado de estómago porque han ingerido un tubo de pastillas, o aún peor, porque se han hecho determinados cortes en las muñecas. Lo que es más grave es que te manifiestan que no tienen ganas de vivir. Que vivir, con su realidad, se les pone cuesta arriba. En estas ocasiones, no querrían ir al médico; pero es entonces cuando el médico, mira por dónde, les va a abrir otra ventana a la esperanza de vivir.

31
Las entrevistas personalizan



Porque se trata de personalizar, de reconstruir y estructurar personas. La entrevista es uno de los instrumentos privilegiados de que disponemos en los Hogares y Centros de Protección de Menores. Las entrevistas tienen la función de catalizar todo aquello que se les ofrece a los adolescentes en su proceso educativo y en el desarrollo de su personalidad. La entrevista en sí es una buena ocasión tanto para que ellos verbalicen lo que les está pasando como para proponerles nuestros mensajes educativos y de ayuda a su normal crecimiento como personas.

En los internados antiguos, había grandes grupos acogidos y, en general, las tareas de organización y las educativas estaban orientadas a todo el grupo. La persona pasaba casi desapercibida. Importaban y eran necesarios el orden, la disciplina, unos horarios fijos con sus actividades comunes, etc. Todo lo cual daba unos resultados válidos para aquellas épocas. Pero hoy, ya no sirve tal sistema; las cosas no funcionan así. Actualmente, cada vez más, se hace necesario personalizar. Es imprescindible individualizar los procesos. Cada chico trae su historia, sus problemas, sus rupturas, sus valores y sus cualidades, sus influencias familiares y ambientales, y no se pueden dar mensajes comunes: hay que «aterrizar» en la realidad de cada persona, dentro de lo

posible.

Ahora bien, hay muchas clases de entrevistas y tienen que estar muy coordinadas para que no desorienten a la persona, sino que más bien todas ellas contribuyan al proceso de personalización del menor. Evidentemente, detrás de todas ellas está la posibilidad y la oportunidad de que el adolescente tenga la ocasión de hablar de sí mismo y de contar cómo está viviendo cada una de las realidades de su persona en los lugares que se hace presente a lo largo del día. Todos hemos tenido la experiencia de disfrutar, cuando estamos de visita en una familia, cómo, cuando llega uno de los hijos, cuenta espontáneamente a sus padres lo que ha estado haciendo o lo que le ha pasado en tal o cual lugar. Parecido ambiente es el que hay que procurar desarrollar en nuestros hogares.

Luego vendrá la entrevista de la psicóloga o del trabajador social, del tutor de clase o de la directora del Taller donde está trabajando, del monitor del club deportivo o de la animadora sociocultural. Cada cual abordará al muchacho desde su área, pero, en cualquier caso, es importante que se haga periódicamente un seguimiento de las incidencias o de la consecución de las metas en cada uno de tales ámbitos. Entre otras cosas, el mensaje que les transmitimos es que nos importan; que no son uno más del montón y que nos interesan mucho sus progresos; que no somos meros vigilantes sólo atentos a lo que hacen mal para llamarles la atención. No, al hablar con ellos, captarán que hay una preocupación, una atención individualizada, un interés hacia su persona, y esto es muy importante para ellos.

Pero la entrevista con el tutor es la fundamental. Es el tutor o la tutora quien se responsabiliza de la evolución y del desarrollo del menor durante su estancia en el Hogar. Las claves de su tarea están en el llamado Proyecto Educativo Individualizado. Pero su trabajo fundamental reside en el acompañamiento diario que le hace al chaval. Podemos decir que es el más cercano. La pedagogía del afecto es el instrumento idóneo para esta acción tutorial. Los tutores coordinan a las demás personas que están en relación con el menor desde cualquiera de los distintos ámbitos: escolar, familiar, social, laboral, psicológico… Como los padres velan por sus hijos desde que se levantan hasta que se acuestan, de la misma manera el tutor vela por el menor que se le ha encomendado.

Aunque informalmente la relación del tutor y del resto de los educadores con el menor es continua, formalmente se necesita de un tiempo especial en el que se desarrolla la entrevista, para ir interiorizando y personalizando todos los procesos que se van dando en el menor, en cualquiera de los ámbitos en los que se encuentra y participa. En el ámbito de la entrevista surgirán la escucha, el diálogo, la paciencia, las explicaciones, los enfados, las negociaciones, los contratos, la autoestima y las felicitaciones… todo, todo aquello que ayude al muchacho a crecer y a desarrollarse como persona. Por todo esto se les concede tanta importancia y protagonismo a las entrevistas.

32

Del «o todos o nadie» a la individualización



Resulta difícil la individualización. Como tengas una atención con alguno de los muchachos, inmediatamente saltan los demás: «¡Y a mí, ¿qué?!». Sin ánimo de pasar por racista, se dice espontáneamente: «¡Aquí, o todos moros o todos cristianos!», y si lo quieres con un dicho popular: «O jugamos todos o se rompe la baraja», esto, por evitar el más popular: «Culo veo, culo quiero». En el fondo, es una muestra de la envidia y de los celos. Pero también la sospecha de que puedas dejar a los demás en el olvido, por volcarte más en uno de ellos que lo necesita especialmente en un determinado momento. Cuando más tarde tengas el detalle con otro diferente, volverá a saltar la alarma.

No distinguen, o no quieren distinguir, ni aceptan que somos diferentes y que cada cual necesita trato y atenciones distintas, de acuerdo con su situación personal. Claro que esto ocurre, como decimos coloquialmente, aun en las mejores familias. Cuántas veces hemos visto a dos gemelos, por poner un ejemplo, vestidos de la misma manera para que no existan problemas. Pues igual ocurre aquí.

No obstante, parece que hay algo más de fondo. Consciente o inconscientemente, piensan nuestros chavales que te vas a olvidar de ellos o que cuentan menos que aquel

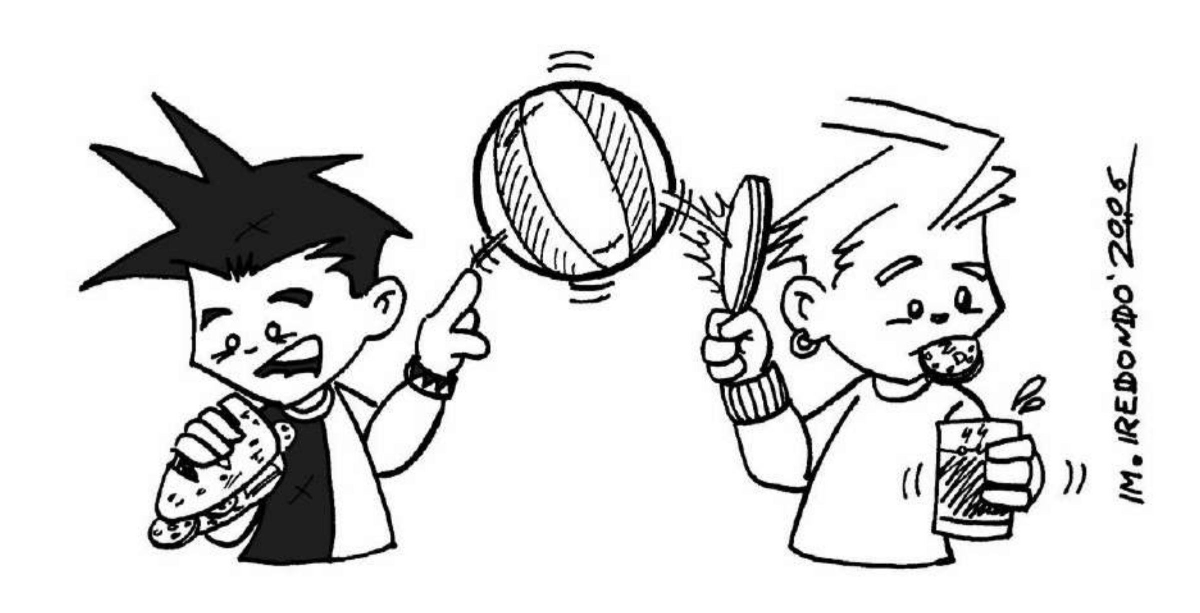
con quien tienes tal o cual deferencia, o alguna atención especial. Como si ellos fueran menos para ti. Si lo quieres leer en positivo, quizá descubras que los chavales están bien vinculados contigo y se enfadan porque parece que no los tomas en consideración, que pretendes desvincularlos de tu círculo de relación. Esto es lo que les fastidia.

Contaré una anécdota muy curiosa. Uno de los muchachos mostró cierto interés por tocar el tambor en una banda; entonces le facilitamos la posibilidad de tocar el tambor. Rápidamente les faltó tiempo a los demás para manifestar su deseo de ir a la banda a tocar el tambor o la trompeta o lo que hiciera falta; evidentemente no por tocar algún instrumento, sino porque si iba su compañero, ¿por qué no iban a ir los demás? Todos tenemos los mismos derechos. En este caso surgió otra variante. Porque todos fueron a la banda, pero sólo un día, pues les dijeron que para poder participar había que estudiar música, y por ahí ellos no pasaban. Como en tantas otras cosas, creían que, sin más, era cosa de llegar y tocar. Lo importante era ir porque iba su compañero, no el hecho de aprender a tocar, que les traía sin cuidado. Otro tanto ocurrió cuando uno de los menores solicitó pertenecer a un club deportivo.

Si las pequeñas diferencias de trato crean este tipo de conflictos, lo que sí interesa hacerles ver, desde el punto de vista educativo, es que cada cual tiene su historia personal y por ello necesita un tratamiento o unas atenciones acordes conforme a su situación personal. De esta forma se individualizan los procesos personales. Por este camino se ha ido consiguiendo, con el tiempo, que algunos de los muchachos practiquen actividades según sus gustos y proyectos personales, sin necesidad de implicar a todo el grupo.

33

Comer, jugar… juntos, crea la fraternidad



Ésta es una de las experiencias más gratificantes de la vida del Hogar. Siempre entendí que la presencia física y activa de los educadores junto a los menores contribuía a su educación de una forma primordial, incluso más que otros tipos de relaciones programadas, aunque también necesarias.

El roce diario entre las personas hace mucho. Cuando salen bien las cosas, para alegrarnos juntos; cuando salen mal, para aprender las estrategias de mejora y así salir airosos de la situaciones. Me estoy refiriendo a los modelajes y referentes. Se intenta llevar a cabo la «normal crianza, ausente en su infancia» con las correspondientes funciones parentales que, en su momento, no se desarrollaron apropiadamente. Es verdad que nunca vamos a suplir lo que en su tiempo se tenía que haber hecho; pero, al menos, se trata de aportar referentes que los chicos podrán tener en cuenta en su actual aprendizaje, como adolescentes que están configurando su propia identidad, y en el futuro.

Lo que valoro positivamente es comer juntos, jugar con ellos en el patio o en el polideportivo, ver alguna película, salir un día de paseo al campo o a la playa, o bien, irnos de excursión varios días, celebrar los cumpleaños, enfadarnos de vez en cuando porque no se hace la cama, felicitarles públicamente porque les van bien las cosas en el colegio o en el trabajo, en fin, la vida misma… todo ello favorece la confianza, la

amistad y la fraternidad entre las personas que vivimos en el mismo Hogar. Pretendemos parecernos a una familia, por lo de Hogar, pero conscientes de que no podemos suplantarla.

Vivir bajo el mismo techo llevándonos bien, aunque con los problemas típicos de la convivencia entre personas, es un aprendizaje necesario para lo que va a ser la futura vida familiar de estos adolescentes. Alguien me dijo en una ocasión, que cuando estos chavales formaran una familia, en la manera de educar a sus hijos y de vivir con su pareja, se vería la labor que se había realizado con ellos en el Hogar. Así sea.

En más de una ocasión, hemos comentado, con todas las reservas y salvedades, que lo del Hogar es una familia, y esto vale para todo el tiempo en que vivan en él y quizá también para después: somos su familia, en la que hay unos adultos (tutores) y unos compañeros iguales. La verdad es que ellos no lo perciben así, y es normal, pero, aunque no acaban de creérselo, la realidad es que pasado un tiempo, desde que se fueron, vienen al hogar de visita, y te dicen, que vuelven a su casa.

Por lo demás, en el empeño de que el Hogar funcione, está de fondo un ideal que siempre me ha movido en muchas de las actividades: crear y vivir la fraternidad. La fraternidad universal para algunos es una utopía, y más si nos fijamos en cómo está el mundo… precisamente, por eso, el Hogar, pretende ser un espacio de relaciones amistosas, de relaciones de ayuda, de relaciones fraternales. Esta es otra de las intencionalidades educativas.

34
El que rompe paga



Lo tienen claro. Al principio, lo sufrías y te aguantabas, pero era porque no sabías qué hacer. Con el tiempo, aprendes la lección y buscas, a veces encuentras, el remedio eficaz. Bueno, eficaz, eficaz, tampoco, pues siguen rompiendo cosas, aunque menos.

Nuestros menores han roto puertas, sillas, macetas, armarios, libros, aparatos de música casi sin estrenar, bicicletas, ropa… y se quedaban tan «frescos». Ante estos destrozos, como no hay compensaciones económicas por parte de la Administración, empezamos a retenerles dinero del bolsillo para poder afrontar los arreglos. Cuando empiezan a trabajar, ellos lo tienen más fácil, pues manejan algo más de dinero y también nosotros porque no forzamos el escaso fondo de su dinero de bolsillo. No todo el mundo está de acuerdo con esta solución; pero, después de probar otras muchas como restringir las salidas o ver la televisión o el uso de la bici, al final, cuando les tocas el bolsillo, es cuando más interés ponen para evitar estos desperfectos.

Siempre te preguntas por qué rompen o maltratan los enseres de la casa. Un día que fui a visitar a la familia de uno de los menores, le faltó tiempo a la mamá, con el chaval delante, para mostrarme la puerta de su habitación que no la había arreglado desde que internaron al hijo; no había dinero para arreglos. Me comentó que como un día

no permitió salir a su hijo, a deshora, a dar una vuelta, éste arremetió contra la puerta hasta que la echó abajo.

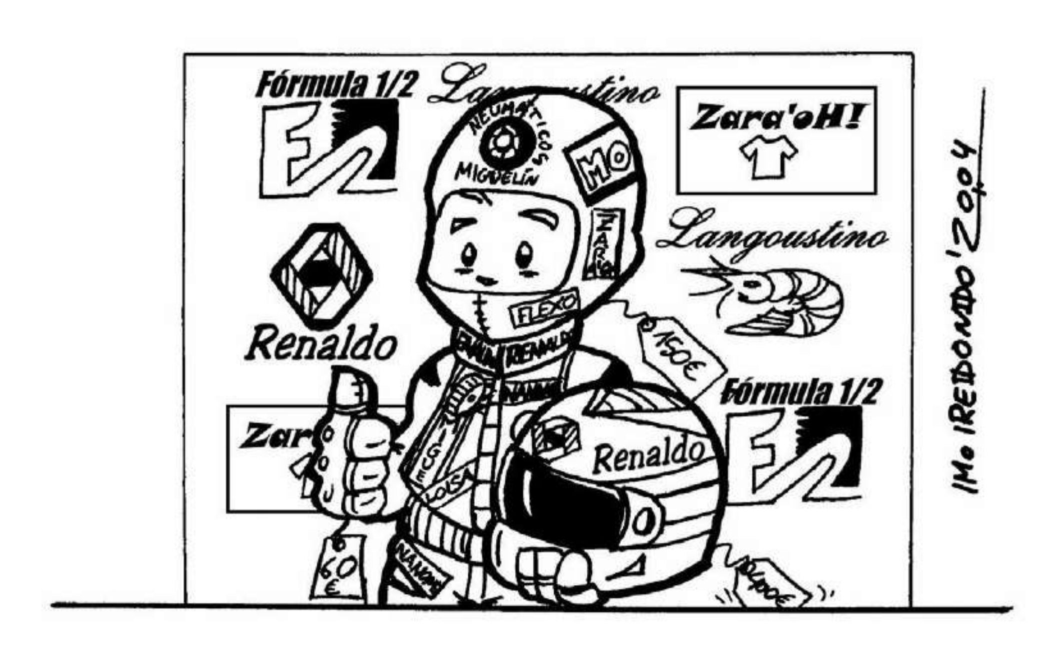
La impotencia, la rabia, la presión que reciben para adoptar una vida «ordenada», las llamadas de atención, el afirmarse como capaces de hacer cualquier cosa, el poco valor que le dan a lo material, y otros más… pueden ser algunos de los motivos que están actuando cuando deciden romper lo que tienen más a mano. Más de una vez, cuando alguno ha roto algo, te suele decir que lo ha hecho para que le tengas en cuenta, porque estabas pasando de él.

También te dicen, en algún momento más sereno, que rompen las cosas porque saben que a ti te va a molestar y, como no pueden ensañarse contigo, la toman con tal o cual mueble, para molestarte y fastidiarte. Son sus mecanismos.

En cualquier caso, se trata de que no rompan las cosas, no por el miedo a la sanción correspondiente, aunque de todo se aprende, sino por el valor de las cosas en sí mismas y, sobre todo, porque para solucionar un problema, hay otros mecanismos como el diálogo, la llamada de atención… pero no arremeter contra lo primero que uno encuentra, por muy cabreado que se esté. Las cosas materiales tienen un valor económico y prestan un servicio tanto personal como grupal y no se deben destrozar así como así.

Y, sin embargo, cuando ellos tienen cosas, cosas a las que les han tomado cierto afecto, ya sean de algún familiar o de alguna otra persona a la que quieren, se apegan a ellas como si fueran parte de sí mismos. Si se las tocas o se les pierden, montan un numerito de tamaño desproporcionado. Suele ser, a veces, ropa de cuando eran más pequeños y que les vincula a su infancia o a momentos felices con aquellas personas con quienes la compartieron. Recuerdo que uno tenía una camisa negra de su abuelo y la mimaba y la cuidaba como a oro en paño.

35
Dime cómo vistes y te diré quién eres



El vestuario es una seña de identidad o de pertenencia a un determinado grupo o tribu urbana. El ropaje externo expresa, para los demás, lo que son estos muchachos, o lo que dicen ser en su mundo interno. Con la ropa dicen públicamente lo que no les resulta fácil decir con palabras. Llevar la gorra puesta, y si es con la visera hacia atrás, mejor, dentro o fuera de la casa, en la clase o en el comedor, es una forma de distinguirse ante los demás: ¡Aquí estoy yo!, es lo que desean decirnos. Lo mismo ocurre con los pantalones caídos y rotos. Sus gustos van desde las prendas grandes a las exageradamente estrechas, pegadas al cuerpo. La ropa pasa a ser una de sus llamadas de atención. Un reclamo para los demás. Bueno, en esto coinciden con los adolescentes en general.

Cabe señalar que, en ocasiones, visten al estilo de sus familiares y de sus ambientes de origen. Siguen manifestando con la ropa su vínculo con la familia, con aquello que fueron «obligados» a dejar y de lo que no quieren olvidarse. Expresan con la ropa su pertenencia a un grupo y reivindican su unión con los componentes del mismo. En el fondo, no quieren renunciar a sus raíces. Ya comenté en otro momento que de las pocas cosas que poseen y sobre las que manifiestan un gran sentido de pertenencia es por

la ropa de su familia. En una de las visitas a su familia, uno de los chavales logró traerse unas zapatillas de marca de su primo, que había estado en la cárcel, y al que tenía un gran aprecio. Cuando se las ponía, era un gran motivo de orgullo para el chico.

La ropa de marca está entre sus preferencias. Se plantean algo así como que no van a ser menos que los demás. Lo cual está bien. Por lo menos, manifiestan un intento de ser iguales que todo el mundo. En cualquier caso, les gusta vestir bien en días señalados, aparecer elegantes y, si puede ser, con la marca bien visible. En esto es evidente que sintonizan con el ambiente consumista general.

Otro aspecto curioso en este campo del vestuario es el intercambio, «prestado», de ropas, aunque no siempre, amable y aceptado. Les gusta ponerse la ropa de los demás y, a veces, la intercambian; en algunas ocasiones se dan verdaderas peleas porque «me ha robado la ropa» o no consiento que fulano se ponga mi camisa. Aquí se entra en los dinamismos propios de los hermanos de una familia que se intercambian la ropa y, de vez en cuando, tienen sus peleas. Al final, hay que intervenir y que cada cual se ponga la suya; porque no es raro el caso de pasar del préstamo a decir, como paso siguiente, que tal pantalón era mío, y aquí ya sí que se avecina el conflicto.

Sin embargo es llamativa esta especie de «chulismo» con el hecho de que haya que estar encima de ellos para que echen la ropa a lavar. Como te descuides, la van amontonando y se van poniendo la que encuentran o la de otros compañeros. Luego, se quejan de que no tienen la ropa limpia, y es que en general, no suelen cuidarla mucho; saben que no les va a faltar. Normalmente se les acompaña a comprar su ropa para que vean lo que cuesta y valoren lo que se ponen para vestir.

La ropa es uno de los elementos de la «cultura» juvenil y, por tanto, un aspecto que se ha de cuidar en el Hogar. Vestirse, y hacerlo adecuadamente, también es una forma de educación a la que han de habituarse. La decencia, la limpieza en la ropa, la manera de presentarse ante los demás, eso sí, según los momentos, es una forma de que vayan aprendiendo que la ropa es la tarjeta de presentación. Además, saber distinguir el día de campo del día de fiesta, la ropa de trabajo de la que uno se pone los fines de semana para salir, es muy importante. Hacerles ver que no vale cualquier ropa para cualquier momento también es educativo. Y es que la ropa, la forma de vestir, también dignifica a las personas.

36
La asamblea: taller de diálogo



Las asambleas son imprescindibles en la vida del Hogar. Son el foro adecuado para hablar de la vida, de lo cotidiano, de la rutina, de los aciertos, de los fallos, de las aspiraciones, de los bloqueos, de los conflictos, de los horarios, de las salidas, de los proyectos, de los enfados, de los problemas, de los avances… ¡De la vida misma!

Es una de las «herramientas grupales» más acertadas y apropiadas en la vida del Hogar. Mejor, es el corazón mismo del Hogar. El Hogar lo constituyen personas, la comunicación por medio de la asamblea ayuda a esas personas a llevar, en las mejores condiciones, la vida del Hogar. Con la asamblea se garantiza la convivencia y se camina hacia la fraternidad deseada. Sin las asambleas, el Hogar se convierte en una pensión y en una fuente de conflictos sin resolución. No exagero. Lo digo desde la experiencia de varios años.

Es verdad, como decía anteriormente, que hay que atender a las personas individualmente: de eso se trata en el Hogar; pero no hay que olvidar que estas personas viven en grupo y eso conduce a otra dimensión tan importante como la personal. No somos islas. Los chicos tienen que aprender a vivir en grupo. Y este aspecto de la educación presenta especiales dificultades si la propia familia no les ha proporcionado

los recursos y habilidades más elementales para la convivencia grupal.

Conscientes los chavales de la importancia que tienen para el Hogar las asambleas, en algunas ocasiones las boicotearon, porque sabían que les iban a complicar más la vida, pues sabían que se les exigiría públicamente alguna forma de responsabilidad. Aun así, se mantuvieron todas las programadas, por más que se mascara la tensión en el ambiente, o alguno se levantara y se fuera.

En las asambleas se habla, se dialoga, se reflexiona, se dicen las cosas y se comenta lo vivido; nos escuchamos unos a otros y tomamos en cuenta el parecer de los demás; además, se revisa la semana, se cuentan las dificultades y los aciertos y se proyecta para el futuro, sacando conclusiones que a veces coinciden con normas para el Hogar.

Las asambleas fomentan el crecimiento del grupo, facilitan las estructuras que consideramos más adecuadas para la mejor convivencia y para el más saludable desarrollo de la vida en el Hogar. Así pues, se convierten en el referente, en la instancia normativa, en el marco básico en el que definimos y nos movemos, a partir de lo acordado entre todos, intentando que sea el consenso el que nos oriente en nuestras decisiones.

No es fácil llevar a buen término una buena asamblea, pero se intenta conseguir semana tras semana. Es un reto para todos los que vivimos en el Hogar. Aprender a convivir civilizadamente es duro, pero de ello va a depender no sólo la buena marcha del Hogar, sino también el futuro de los chicos, de modo que dispongan de instrumentos útiles para el funcionamiento de sus hogares. Demasiado utópico, tal vez, pero en ello estamos.

Más o menos se suele seguir este guión en el desarrollo de las asambleas: al principio, se hace una reflexión aprovechando cualquier acontecimiento (el goteo de la educación en valores); después, cada uno comenta cómo le ha ido la semana; a continuación, se aborda el tema o asunto propio de la semana, basado en algún problema que haya surgido, tratando de buscar soluciones; se termina con alguna conclusión oportuna. La experiencia de la vida en el Hogar constituye el contenido principal y la materia prima de nuestras reuniones asamblearias; y, desde ahí, nos vamos dotando de las normas y criterios que deseamos rijan nuestra convivencia y la organización en el Hogar.

37
¡No me grites!… ¡no soy tu padre!



Esta es una de las típicas proyecciones de estos chavales. Proyectan en sus educadores los mismos sentimientos que tienen hacia sus padres. Saben que no lo somos, pero como si lo fuéramos. Esos gritos son llamadas incómodas, pero llamadas que manifiestan uno de los vínculos más profundo que mantienen y que no han podido reforzar de manera natural.

De esta forma, con el grito manifiestan su rabia por la situación en que se encuentran, expresan su descontento, su lamento y su rechazo a lo que les ha tocado vivir sin haberlo buscado. Con el grito se rebelan y, como no pueden decírselo a sus padres, la toman contigo que eres lo más cercano que tienen en su vida.

Pero habitualmente el grito es algo más prosaico y vulgar: simplemente es que están acostumbrados a gritar. No hablan si no es gritando. El vocabulario no les da para más. De ahí que lo poco que saben lo griten a los cuatro vientos. Además, creen que por gritar van a conseguir lo que quieren en ese momento, como si el grito fuera un buen argumento de autoridad para alcanzar las cosas. A veces, más que gritar, chillan. Y suelen añadir los insultos, de los que ya hablé más arriba. En el grito manifiestan exigencias. Hasta para pedirte algo, como dar una vuelta con la bici o conseguir una

sesión de internet, lo hacen gritando; tal vez creen que de esa forma lo van a conseguir. Así van ya de fuertes por la vida.

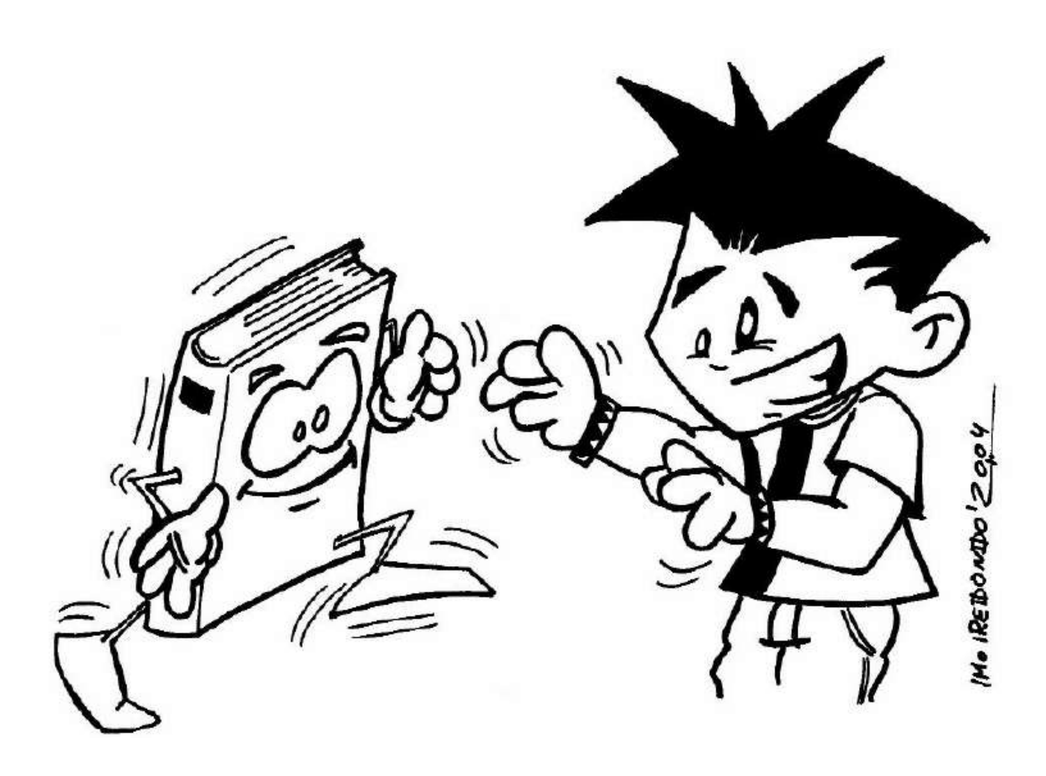
Sin embargo, la realidad es que los educadores no somos sus padres. No ocupamos su lugar. Pero, claro, sí somos los adultos que tienen más cercanos. Y, lo más importante, estamos viviendo con ellos. En este sentido, sí formamos parte de su «familia». Desde aquí, por lo mismo que escuchamos y soportamos sus gritos, tenemos que enseñarles a saber hablar sin gritar.

Una primera medida, cuando te gritan, es actuar como si no les oyeras. Uno se hace el sordo, hasta que van bajando el volumen de voz. Da resultado. Claro que cuando el muchacho está cabreado y te grita, tu supuesta sordera le molesta mucho y grita más; pero, si aguantas el tipo, terminan cediendo en su empeño.

No siempre uno tiene el buen ánimo de enseñar a hablar bien, por lo que puedes terminar gritándole tú también al muchacho. En estos casos, el chico se ha salido con la suya, porque te has puesto al mismo nivel o tal vez estaba provocándote y lo ha conseguido. Ahora bien, un buen grito a su tiempo, tiene también la virtud de ponerlo en su sitio; algunas veces la autoridad se sirve de este mecanismo para hacerse oír y para decir lo que hay que hacer. El chico conoce esta posibilidad y la acepta, tal vez porque en su casa las cosas fueron siempre así. Pero este no es el buen camino. Hemos de recordar los educadores que no somos sus padres y, lo que es más importante, no podemos ir gritando a la gente, por muy enfadados que estemos.

Cabe una reflexión final: ahora que están en el centro nos gritan, vale. Pero, ¿qué pasará cuando estén en el trabajo? Ya tenemos la respuesta: también le gritan al jefe de obras o de taller. Son adolescentes y están en un centro de acogida, y llevan consigo su forma de comportarse adondequiera que vayan. Otro argumento más para enseñarles a hablar con corrección y educación. Y hablando de educación, también los centros escolares donde estudian expresan la misma queja de su manera de comportarse en las aulas y de dirigirse a los profesores a gritos. Tal vez habría que retomar la profesión de pregoneros.

38
¡Que no quiero estudiar!



La eterna batalla: ¿Y para qué me sirve el Graduado si yo me puedo ganar la vida como lo ha hecho mi padre, siendo un analfabeto? Y de ahí no hay quien los saque.

El problema de la escolarización de los menores es uno de los quebraderos de cabeza que más complicaciones trae al Hogar. ¡Que no quiero estudiar! Te lo repiten una y mil veces. Y cada día hay que volverles a entonar la misma cantinela: el estudio es muy importante, tu futuro va a depender, en parte, de que sepas leer y escribir. Te van a engañar como no sepas hacer bien los cálculos más elementales; para cualquier trabajo te piden el Graduado Escolar… Así, uno y otro día, pero con otras palabras y similares argumentos.

Como no quieren estudiar y tú estás en el empeño de que estudien, pues salta el conflicto. Es inevitable. Pueden inventar lo inimaginable para evitar sentarse en una silla y hacer la tarea que le mandan en el Instituto o para seguir el programa que les hemos preparado a su medida. Todo les viene grande. No son capaces de mucho esfuerzo. Ya he comentado anteriormente algunos ejemplos de estas tensiones.

Gran parte del rechazo a todo lo que huele a escuela está justificado porque son casi analfabetos. Su escolarización ha sido muy deficiente, poco motivada por sus

familias, sin interés por su parte porque aprender supone un esfuerzo… Todo lo cual lleva a un gran desnivel con respecto a sus compañeros de aula y termina inevitablemente en el fracaso escolar.

Con este historial es difícil que se interesen por el estudio. Hay que «venderles la moto» de mil maneras. Pero, sobre todo, hay que negociar con ellos. Aquí entran en juego las salidas de los fines de semana, la visita a sus familiares, el uso de la bici, la reducción o la ampliación del tiempo para estar con el ordenador en internet… Y, cuando llegan las notas, a elaborar planes de refuerzos en un sentido o en otro, sin descartar el estímulo económico. ¡Imaginación al poder!, pero los estudios tienen que salir adelante.

Los grandes problemas suelen provenir de los centros escolares en los que estos muchachos están escolarizados. Las expulsiones son frecuentes. El sistema escolar no está pensado para ellos. Su situación académica es muy deficiente y, por atender a su edad, se les matricula en cursos para los que no tienen el nivel adecuado; como consecuencia, se aburren, se avergüenzan, se acomplejan. Con estas credenciales, entran en escena sus propias señas de identidad. No aguantan las seis horas regladas en una actividad que no entienden y, como no quieren pasar desapercibidos, inician las llamadas de atención: molestan a los compañeros y compañeras, se enfrentan al profesorado; en fin, hacen todo lo posible para que les priven de esta situación escolar que tan molesta les resulta. Y lo consiguen con mucha facilidad.

No hay verdaderas alternativas educativas a su situación personal. A la Administración se le ocurren las respuestas a partir de los 16 años, cuando ya no hay remedio. Con estos chavales hay que empezar mucho antes. Y no se les discrimina por ello. La discriminación es mantenerlos en la situación actual, porque los mismos compañeros les señalan y por eso no quieren estar con ellos. Los llamados Programas de Garantía Social son una respuesta tardía y, a veces, incompleta. Habría que empezar mucho antes con Programas adaptados a sus necesidades que les motivaran, les interesaran y se sintieran cómodos en ese tipo de aprendizajes. No olvidemos, por otro lado, que también la escuela les puede ayudar a socializarse de una forma adecuada; pero, hoy por hoy, no se dan las condiciones adecuadas para que esto sea fácil o posible.

Pese a lo dicho, cito un ejemplo con buenos resultados que ya comenté anteriormente. Me contaba uno de nuestros muchachos que su madre le llevaba a la escuela y, tan pronto como ella desaparecía, él saltaba por la tapia del patio y pasaba el día por los campos y por la calle. Nadie se extrañaba de esta situación. Con 15 años no sabía leer ni escribir. No obstante, su historial académico terminó bien porque a los 18 años se fue del Centro con el Graduado Escolar. Me gustaría contar esta misma historia de todos los menores.

39
¡Con mi cuerpo hago lo que quiero!



En aquella época le faltaban varios meses para cumplir los 14 años. Sin embargo, afirmaba con rotundidad: «¡Con mi cuerpo hago lo que me da la gana!». Su contestación venía a cuento porque le comentaba que la droga le estaba afectando tanto personalmente como a sus relaciones con los demás. Le daba igual lo que le dijera. Lo que más me dolía era que lo conocía desde pequeño y veía que las cosas no iban a mejorar. La historia terminó en un centro terapéutico: la cocaína le estaba ganando la batalla. Por lo demás, cuando el muchacho estaba bien, era simpático y se podía acceder a él. No es fácil comprender estos cambios cuando estás viviendo con personas así, tan cercanas y que forman parte de tu vida.

De estos años, lo que vengo observando es que la mayoría de estos chicos fuman y mucho. Empiezan a fumar a edades muy tempranas. Ya vienen al Hogar con el cigarro en la mano y tienen 12 años. Las razones que dan son parecidas a las que aducen los chicos de su misma edad. Fumando se sienten más importantes o no quieren ser excluidos de su grupo de iguales. También la familia de la que proceden contribuyó a la iniciación y contribuye al mantenimiento del tabaquismo. Parecería como si el tabaco les diera seguridad, como si el humo les ocultara su desagradable realidad. Se esconden y se

refugian en el tabaco. Y el paso siguiente son los porritos.

No sé cómo se las arreglan, pero, chicos que llegan al Hogar de fuera de la población, a los dos días conocen todos los puntos de venta de droga de la localidad. Tienen un olfato especial. En realidad forman parte de ese mundo, y de manera espontánea conectan con él sin mucha dificultad. Claro, que cualquier persona tiene la misma facilidad para encontrar aquellos lugares que son de su interés al poco tiempo de cambiar de residencia.

La droga es un fastidio y mata. La muerte llega de muchas maneras. El primero de los efectos de la droga es que priva a la persona de los reflejos que le tendrían que ayudar a reaccionar, de forma natural, ante lo que le está pasando. El segundo efecto es que va cercenando su sistema de relaciones: familiares, amistades y las del propio Hogar en donde se encuentra. Y el tercero es que inicia su proceso de inadaptación y de conflicto con la sociedad, pues comienzan los pequeños robos y la misma venta de la droga para poder consumirla con más facilidad. Se ingresa en un círculo vicioso del que es muy difícil la salida.

Además, la droga configura unas personalidades mentirosas. Ellos mismos se crean y se creen sus mentiras como si fueran verdades. Así resulta difícil el acceso a estos chicos para mantener una conversación, siquiera para llegar a ciertas reflexiones que les hicieran reaccionar. Te invade la indefensión y la impotencia. Terminas dándote cuenta de que el tratamiento de la droga precisa de personas apropiadas y técnicas que les ayuden a salir de la situación en la que están metidos. He tenido que trasladar a algunos de estos chavales a centros terapéuticos porque la edad que tienen todavía parece favorable para su recuperación y, bueno, por otro lado, por más doloroso que resulte, hay que darles a estos casos este tratamiento, pues llegan a utilizar el mismo Hogar para sus cambalaches, con lo cual todo podría venirse abajo.

Lo sorprendente en toda esta historia es la conciencia que tienen de la propiedad, al menos de su cuerpo, que es algo suyo y pueden hacer lo que quieran con él. ¿De dónde les habrá venido este concepto de la posesión? Sin duda, la cultura que nos envuelve facilita estas expresiones tan definidas y cerradas en sí mismas. Son hijos de su tiempo. Una vez más vemos cómo influye en estos chicos el ambiente que nos rodea. Claro que forman parte de él. Detrás de estas actitudes está también el tan repetido «yo hago lo quiero con mi vida», es decir, el individualismo. Los demás no cuentan nada. Y, si cuentan, es para aprovecharme de ellos y para obtener de los demás algún beneficio. «Yo voy a mi bola.» Llevado al extremo este individualismo, como a veces hacen estos chicos, les impide calcular los riesgos a que se exponen y medir las consecuencias de sus actos. Aquí se hace necesaria una intervención de acompañamiento en la que se vuelvan a reconceptualizar hasta las propias experiencias.

40
De trabajo en trabajo y tiro porque me toca



A veces resulta hasta bochornoso. Vas, concretas una entrevista, admiten al chaval para trabajar, «por ser vos quien sois», y, a los dos días, se acabó el trabajo. Así, una y otra vez, y muchas más también. ¡Cuántas carpinterías, restaurantes, talleres… han quedado en el camino! Lo malo de este hecho es que estamos ante algo muy importante y no es fácil seguir en esta dinámica. Varios son los factores que conviene considerar.

Me centraré, en primer lugar, en el protagonista. Es verdad que estos chicos suelen hacer gala de una personalidad inestable, acentuada por la falta de sentido de un horario fijo y, menos, de ocho horas seguidas. ¡Demasiada responsabilidad para *el cuerpo* del muchacho! De tal manera que le viene bastante grande la tarea. No se trata de justificarlos, pero esta es su realidad. Por venirles grande, hasta las seis horas del Instituto les parecen una eternidad. En los pocos años de vida que llevan no les ha sido fácil habituarse a un ritmo sistemático y continuado de actividades o de responsabilidades y esta carencia la arrastran allá adonde van.

Pero claro, en segundo lugar, estamos hablando de un trabajo en una empresa, de un contrato, de la realidad misma de la vida; estamos hablando de lo que se van a

encontrar cuando, a los 18 años, tengan que integrarse en la sociedad, en el mundo laboral. Por todo lo cual, se hace necesario romper esta inercia. Les resulta difícil entender que con lo del trabajo no se juega. Porque ellos se creen que esto es un juego; y que, como en un juego intrascendente, se puede dejar de trabajar cuando algo ya no les gusta o cuando están cansados. Y además, como sucedió en aquella fábrica de maderas en la que admitieron a uno de nuestros chavales, y a las dos horas de haber llegado, sin más explicaciones, desapareció el trabajador y ya no volvió nunca más. Luego me dijo que le había levantado la voz el encargado y que a él no le levantaba nadie la voz. Parecía que una de las soluciones, para que se vayan incorporando paulatinamente a este mundo tan estructurado del trabajo, era buscarles contratos de media jornada, de modo que el primer afrontamiento les resultara más llevadero. Pero ni por esas. El problema es que tienen que trabajar, esforzarse y eso es demasiado para ellos.

Luego te dicen que, para lo que les pagan, no merece la pena estar tantas horas trabajando. Sus padres, con menos trabajo y sin preocupaciones, ganan más dinero y no les falta de nada. No tienen reparo en decírtelo. El caso es que esa es su experiencia vivida desde la infancia. Ni que decir tiene que se utilizan todos los recursos de la retórica para sacarles de esta errónea creencia: les hacemos pensar en los compañeros que vienen detrás de ellos y que no se les pueden cerrar caminos, les comentamos que se tienen que preparar para el futuro, que ahora tienen la ocasión para ir cogiendo experiencia, que con el trabajo pueden disponer de más «dinerillo de bolsillo» para sus gastos; pues ni por estas. Pero está claro que hay que continuar en el empeño.

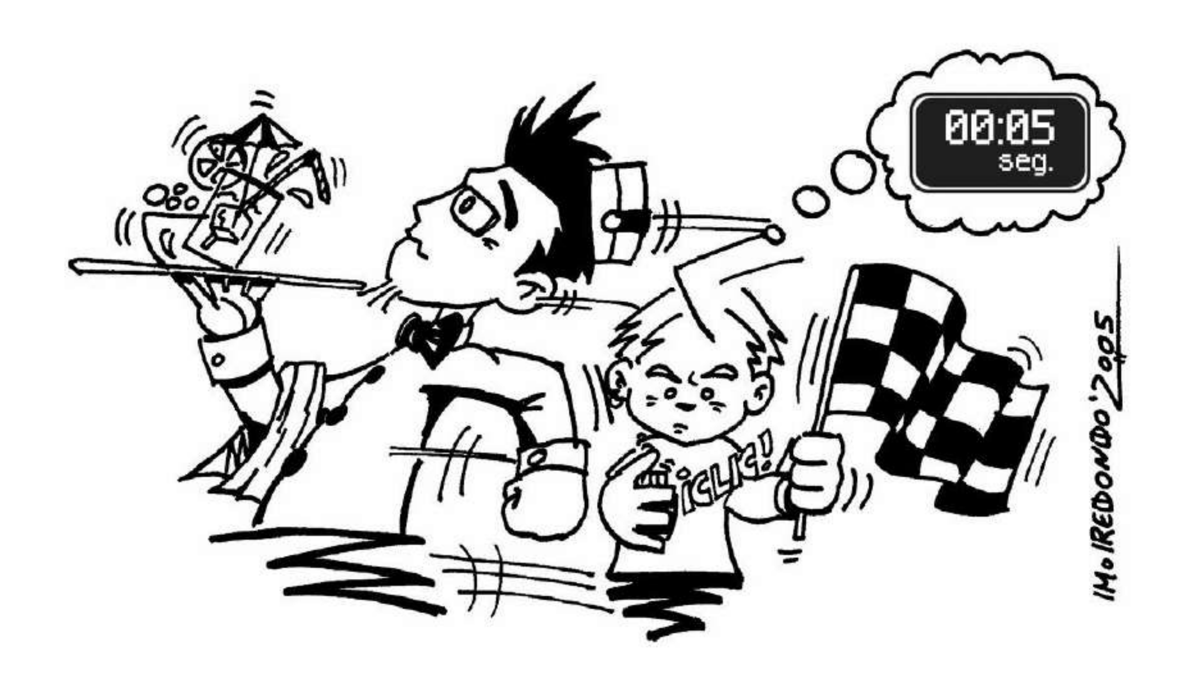
Contaré el caso emblemático del acceso al trabajo de uno de estos muchachos: recorrió varios pueblos y en todos ellos fue cerrando las puertas. Batió el récord. Empezó por el Programa de Garantía Social, pero no lo llegó a terminar porque la electricidad no era su fuerte; siguió en una Escuela Taller, que abandonó a las pocas semanas porque a él le hacían trabajar mucho, mientras que sus compañeros no hacían nada; se le matriculó en un curso de mecánica del automóvil: gastó toda la energía en los primeros días; aunque la mecánica y el motor eran la gran ilusión de su vida, el curso fue un rotundo fracaso. Pasó luego a una pizzería, pero, como le estaban «explotando» de manera inmisericorde, duró menos de una semana; se le buscó un taller de carpintería, y en este caso el jefe estaba muy pendiente de él y le agobiaba: no le dio tiempo a completar los 15 días de trabajo. Después estuvo con un pintor, conocido de su familia, pero pintar era muy aburrido y también lo dejó. Total, que mientras que estuvo en el Hogar, no hubo manera de que aguantara estable en ningún puesto de trabajo.

Y, en tercer lugar, hay que tener en cuenta que, sin querer, con esta situación de informalidad, se van cerrando puertas para los futuros muchachos que pretendan iniciar los primeros pasos profesionales. De hecho, eso es lo que nos ha ocurrido en numerosas ocasiones. Y eso que, en general, hay buena voluntad en el mundillo «empleador» cuando les explicas la situación de estos muchachos; pero claro, el negocio es el negocio.

Curiosamente, los chavales magrebíes que actualmente llegan al Hogar están más dispuestos y son más disciplinados a la hora de iniciarse en el mundo laboral. También es verdad que el punto de partida, sus intereses y la situación personal y familiar no son

los mismos. Pero este es otro tema.

41
Todo lo quieren y exigen al instante



Este tipo de muchachos representa la más clara expresión de la impaciencia. Son la inmediatez misma. Todo lo quieren para ¡ahora mismo! Parece que les va la vida en ello. Les resulta primordial que atiendas sus demandas en el momento en que se les ocurren. La paciencia y la espera no tienen que ver con ellos. Todo lo cual les crea continuas frustraciones. Tienen poca capacidad de resistencia.

Viven el momento, están embarcados en el instante. Lo demás no les importa: ni el pasado ni el futuro. En este sentido, creo que participan de la cultura ambiental. Además no les importa que tú estés descansando. Cuando quieren una cosa, se vuelven molestos hasta la saciedad. No tienen la mínima capacidad de demorar sus exigencias, van a lo suyo y lo demás no les importa.

De alguna forma, también te están enviando el mensaje de que tienen derecho a que les atiendas cuando te lo solicitan; más o menos que tú estás para ellos y por eso su petición se vuelve una exigencia. Como observen que no das importancia y cauce a su demanda, entonces vienen los gritos y los enfados. Su capacidad de resistencia es nula.

Este es otro de los campos de intervención que en bastantes ocasiones es

conflictivo. Hay que hacerles descubrir que cada cosa tiene su tiempo, su momento. Educarles en saber esperar, practicar la paciencia, que no es cosa fácil, saber diferir una respuesta; que se vayan acostumbrando a jerarquizar los proyectos y los planes, a distinguir aquellas cosas que son más urgentes de las que pueden esperar. Claro que, para aprender este juego de conveniencias y jerarquías tienen toda la vida por delante; esto va para largo.

Completamente distinto es cuando tú les pides algo, aunque sea cumplir el horario. Aquí ya cambian las cosas. Casi con la misma intensidad con la que te piden algo al instante, te rechazan aquello que tú les recuerdas y les solicitas o empiezan a hacer planes de demora y excusa para empezar a realizar lo que en ese momento es su deber. Y empiezan a darte largas y se hacen los desentendidos.

Cuando comparas sus exigencias al solicitar algo y su decisión de «pasar» de aquello que tú les pides, se ponen nerviosos y se suelen quitar de en medio. Sin embargo, este ejercicio de reflexión es un buen camino para habituarles a controlar su impaciencia y a jerarquizar la realización de los propósitos, así como para aprender a demorar las recompensas. Es bueno que descubran la similitud entre sus demandas y las nuestras, a la hora de exigirlas. Es una forma de hacerles aterrizar en el mundo real. Algo así como: «No quieras ni pretendas exigir, al instante, algo de los demás, si tú no estás dispuesto, al instante, concedérselo a ellos». Un buen propósito pero muy complicado de aplicar. Exigir a los demás es fácil pero cuando ellos me exigen a mí eso es otro cantar. Pero es bueno hacérselo ver.

42
Hay niños que se mueren de hambre



Es probable que estos muchachos hasta hayan pasado hambre en algún momento de su infancia. Me consta, por el historial de algunos de ellos, que la negligencia de sus padres llegaba, en algunos casos, a esos lamentables extremos de la desnutrición. Quizá por esto mismo ahora se permitan el lujo de comer sólo de aquello que les gusta. Desgraciadamente se vuelven caprichosos y melindrosos con la comida. En cualquier caso, son amigos de las dietas que nos recomienda la televisión. Pero, claro, cuando les da en su real gusto.

Por otra parte, no comer tal o cual plato también es una forma de llamar la atención. Utilizan la comida para que te fijes en ellos. Es una llamada más de alerta: «¡Oye!, ¡que estoy aquí!». Además aprovechan bien la ocasión, porque, durante las comidas, es cuando estamos todos juntos. Cuando esto sucede, no se trata de montar el número; es más razonable seguir comiendo, y dejar al «objetor» hasta que se canse; sigues en la conversación que se tenía, y ya está. Cuando tenga hambre, comerá.

La verdad es que las condiciones alimenticias que encuentran en el Hogar son mejores, por muchas razones, que las de su familia y esto les hace vivir un cierto sentido

de la abundancia: como tengo de todo y me sobra, pues me puedo permitir no comer, puesto que sé que no me va a faltar comida en un momento dado. El problema es que por este camino no se acostumbran a valorar lo que se tiene.

El colmo de estas conductas relativas a la alimentación está en el hecho de ponerle pegas a la comida. Y, si se pone a tiro la cocinera, que en nuestro Hogar come con los educadores y los menores, se puede llegar hasta la descalificación y el insulto. En este tipo de actitudes aflora el «machismo» que llevan dentro aprendido en su casa, según el cual la mujer no vale nada y, lo poco que hace, lo hace mal. De esta forma trasladan al Hogar el modelo que han mamado en su ambiente familiar. Lógicamente, al muchacho que reacciona así, se le paran los pies en seco. En una ocasión le tuve que recordar a un menor en qué condiciones merendamos en su casa en una de las visitas a su familia. No volvió a protestar.

Pero, en este camino, es bueno dar un paso más; por eso les recuerdas, de vez en cuando, que hay niños que se mueren de hambre. Aquí entra la formación en la conciencia social y el sentido de la solidaridad. También es bueno trabajar estos valores con ellos. Es cierto que estos chicos lo han pasado mal, pero no deben olvidar que otros quizá lo están pasando peor. No se pueden permitir el lujo de tirar o desperdiciar comida. No podemos dejar de comer el alimento que se nos ha proporcionado, porque sería despreciar a los que no tienen.

Y llegado el caso, hay que recordarles que la comida que no se come también cuesta dinero. Los caprichos, en este caso, tienen su coste económico. Tomamos esta decisión en una asamblea dominical, hablando con calma de este problema; cada cual pudo exponer sus razones, pero luego se terminó por ver la importancia de comer sin caprichos ni melindres. En definitiva, es un deber, por nuestra parte, darles de comer sanamente y un deber suyo el de alimentarse convenientemente, pues están en edad de desarrollo y crecimiento. También se recordó el contexto del hambre que se da en muchos países subdesarrollados. Desde luego, ya se protesta mucho menos y no se ponen tantas pegas a las comidas.

43
Los dos caminos



Esta es una reflexión que propuse en una de las asambleas y que hizo pensar bastante a los muchachos. A veces, aciertas y das con la tecla. Además, el diálogo y los comentarios posteriores fueron muy interesantes:

«Todos caminamos, pero… ¿hacia dónde?

Ya no nos gusta que nos traten como a niños, pero no queremos tener las responsabilidades de los mayores.

Algunas personas quieren tener sólo las ventajas, pero no quieren los inconvenientes de los mayores. Yo quiero ser mayor para hacer las cosas que no me dejaban realizar de niño; pero, de vez en cuando, me gusta ser niño para que no me exijan las cosas que tienen que hacer los mayores.

¿En qué quedamos? ¿Ser niño o ser adulto? ¿Ser pequeño o ser mayor?

A mí me gusta que los demás respeten mis derechos. Pero algunos derechos que tengo no me interesan y yo mismo no los respeto.

Un camino: este año, que ya soy más grande en todos los sentidos, tengo la oportunidad de hacerme más persona, más libre, más sociable, más responsable, más feliz, aunque eso me suponga esforzarme; pero sé que así me irán mucho mejor las cosas

y los demás me ayudarán.

Otro camino: este año, aunque ya soy más grande, no quiero aprovechar la oportunidad de seguir creciendo como persona. Quiero las cosas fáciles, buscaré la comodidad; es mejor que se compliquen otros la vida. Yo no tengo la intención de esforzarme. Eso sí, que no me falte de nada. Y además lo exigiré.

Chaval, tienes que decidirte: ¿QUÉ CAMINO ELIGES?».

44
¡Qué lata tener que hacer la cama!



Es verdad que esta queja no es patrimonio exclusivo de los chavales del Hogar. Cualquier familia con hijos adolescentes escucha esta misma cantinela por las mañanas, cuando la madre o el padre recuerdan al chico que tiene que hacer la cama. Es el momento en que se recrudece el ataque de rebeldía. A veces, tratan de quitarse de en medio y luego dirán que, con las prisas de ir a clase o al trabajo, se les ha olvidado hacerla. El caso es que la cama se queda sin hacer.

En fin, habrá que aceptar la realidad; pero, detrás del hecho de hacer la cama o de no hacerla, se esconden muchas cosas que conviene ir aclarando. En estos chavales va todo muy unido y cualquiera de sus conductas responde a algún rasgo de su realidad personal. Son manifestaciones puntuales de lo que son, de lo que piensan, de lo que les mueve a actuar de tal o cual manera, tanto para lo positivo como para lo menos positivo. Claro que esto también les ocurre a los demás chicos y a cualquier adulto.

En el caso concreto de no hacer la cama, hay un fondo de cierto machismo. Hacer la cama es tarea que se asigna tradicionalmente a las mujeres. ¡Hasta ahí podíamos llegar, rebajarme a tareas femeninas! Por aquí se abre toda una tarea de montaje y

desmontaje en lo que a roles de género se refiere. Máxime que están acostumbrados a ver en su familia que la mujer (madre, hermanas, abuelas o tías) suele estar en condiciones de inferioridad. El hombre, y ¡ellos son muy hombres!, no se rebaja a estas trivialidades domésticas.

Por buscar explicaciones, a veces acuden al sentimiento de propiedad: «La habitación es mía y hago en ella lo que quiero. Es mi espacio vital, es una zona privada y, como tal, la tengo dispuesta a mi manera». El problema surge cuando hay dos personas en la misma habitación y se tienen que poner de acuerdo en tenerla presentable. Pero además, se les hace ver que la habitación forma parte de la casa y toda la casa tiene que tener un orden y estar en buenas condiciones. Una vez más, se demuestra que lo que somos por dentro se proyecta en lo externo, que creemos forma parte de nuestra realidad.

Aunque, ¿por qué negarlo?, detrás de esta rebeldía, también hace presencia la pereza. A veces buscan razones para todo y simplemente lo que sucede es que da pereza hacer la cama, como da pereza hacer tantas otras cosas. Aquí lo único que cabe es insistir una y otra vez, hasta que hacer la cama forme parte de sus rutinas diarias.

Pero no conviene olvidar que lo que se pretende conseguir, tomando como pretexto el cumplimiento de algo tan anecdótico como hacer la cama o arreglar la habitación, es el fortalecimiento de su voluntad por medio de la creación de hábitos que ayuden a estructurar positivamente su personalidad.

45
¿Puede comer mi madre con nosotros?



Un día, con cierto nerviosismo, un chaval me pregunta: ¿Puede comer mi madre con nosotros? Claro que sí, fue mi respuesta. Faltaría más que tu madre no se quedara a comer con nosotros. Lógicamente, detrás de la preguntita, está si aceptas o no a su familia tal y como es. Por parte del educador, esta es la ocasión esperada para entrar en contacto con su familia.

En este caso, la familia ha venido al Hogar y es la oportunidad que aprovechas para acogerla con los brazos abiertos. Es básica esta acogida. Pretendes que se sientan como en su casa. Que formen parte de nuestra familia. Está claro que las situaciones familiares son bastante distintas dependiendo de cada menor. Ha habido casos en los que los familiares no pueden visitar a sus hijos, por mandato judicial; pero es que, a veces, los hijos tampoco quieren ver a los padres. Por cierto, estas situaciones también acarrean bastantes problemas.

Otra posibilidad es que los educadores vayamos a sus casas. La verdad es que en general se suelen esmerar y nunca se han negado a las visitas. Pero, como decía, hay familias y familias. En el fondo, les gusta que los visites; también ellos quieren hacerte

partícipe de su realidad familiar. En ocasiones hasta te hacen ver que es un honor que los visites.

En todo este tipo de relaciones con la familia de los muchachos partes de la convicción de que es posible establecer lazos de carácter educativo, o al menos, para empezar a establecer puentes de mutuo apoyo con los familiares del chaval. De hecho, con alguna familia se ha podido llegar a un acuerdo de intervención conjunta de cara al hijo y, algunas veces, ha dado buenos resultados. En una ocasión, se logró un acuerdo con la familia de un menor; para poder llevarlo a cabo, tuve que esperar a que saliera de la cárcel el hombre que, en esa época, era pareja sentimental de la madre del chico, pues esta persona ejercía gran influencia sobre el muchacho, y el acuerdo dio resultado durante un tiempo.

Por parte de los educadores, esta es la ocasión de trabajar a la familia y con la familia. De todas formas es casi una misión imposible, pero merece la pena intentarlo. Desde luego no todas las familias se prestan, pero con las que dan el paso, con la confianza que se va tomando, puede llegar el momento en que te pidan consejo para solucionar asuntos propios. Claro que hay que tener mucho cuidado con este tipo de relaciones, porque fácilmente te enredan y te quieren hacer partícipe y responsable de su sistema familiar; de ahí que, desde el principio, ha de quedar claro que una cosa es la familia y otra cosa es el Centro en el que está acogido el hijo. La familia, cuando hay entendimiento y deseo de colaboración, paradójicamente, pasa a ser subsidiaria del Hogar. En definitiva, este esfuerzo para mejorar la vida de las familias de los muchachos es uno de los retos que tiene el Hogar. Y, en cuanto reto, es una tarea muy difícil de abordar.

Pondré un caso para que se vea la complejidad de la tarea: un día, llevaba a un chaval a su casa para que la madre le leyera la «cartilla», aunque mi intención no era llegar ni siquiera a su pueblo. A la mitad del trayecto, me rogó el muchacho que regresáramos al Hogar, que estaba dispuesto a aceptar la propuesta que se le había hecho de entrar en la Escuela Taller, antes de tener que enfrentarse a su madre. Le tenía verdadero miedo. En este caso, la madre estaba por la labor de colaborar con el Hogar. El chico tenía un vínculo muy fuerte con su madre y esta situación se aprovechaba positivamente en momentos muy conflictivos y críticos que el muchacho planteaba en el Hogar. Cuando llevas a los chavales a su casa para que disfruten de permiso los fines de semana, siempre aprovechas un tiempo para saludar y hablar con la familia y para conocer el medio en el que se ha desenvuelto el muchacho. Esta fluidez, y a veces complicidad, en la relación familia-Hogar, de la que es consciente el chaval, es positiva para la labor que estás haciendo con él.

Otro aspecto importante que está presente en la relación con la familia es el futuro del menor. En bastantes casos, cuando llegan a la mayoría de edad, piensan volver a su familia; porque, claro, después de su estancia en el Hogar, ¿adónde van a ir? Entonces es importante y necesario conseguir que el paso del Hogar a la familia se produzca en las mejores condiciones. La experiencia te dice que no siempre salen bien las cosas; pero, en cualquier caso, hay que procurar facilitarlas.

46
He nacido para ser feliz



Cada ser humano, desde su nacimiento, encuentra numerosas dificultades y trabas para conseguir su felicidad y otras tantas para llegar a ser plenamente persona. Los obstáculos vienen del propio interior: de la naturaleza humana, y de fuera: familia, vecinos, amigos, compañeros, en suma, de la sociedad.

Por otra parte, en nuestro caminar diario, encontramos recursos personales y ajenos que nos ayudan a avanzar en la dirección de nuestra vocación a ser felices. Esta es la continua lucha que se entabla desde que nacemos hasta que morimos. Queremos y no podemos. Podemos y no queremos. Pero también queremos y podemos. Toda persona, antes o después, descubre este doble dinamismo que se da en su interior. Unas veces se opta por querer, y todo funciona, y, en otras ocasiones, «se arroja la toalla». Ambas opciones son humanas y ambas contribuyen al crecimiento personal. Recordemos aquello de *que no hay mal que por bien no venga*.

Cada ser humano tiene unos recursos y unas capacidades personales que le posibilitan dar de sí y realizarse como persona. Cada cual tiene los suyos. Por eso somos distintas unas personas de otras; aunque exista un fondo común. Hay personas que utilizan muy poco esos recursos y capacidades; prefieren ir tirando y sobrevivir: se quedan en el camino; otras, les sacan el máximo rendimiento: llegan a experimentar lo

que significa ser auténtica persona, logran experimentar la felicidad: son felices. Hay hombres y mujeres que prefieren la mediocridad, las medias tintas, vivir el momento, claudicar ante la menor dificultad, vivir sin sobresaltos y complicaciones. ¿Viven o malviven? Un coche sirve para ser coche: no puede volar; una persona sirve para ser persona: no es un vegetal.

Cuando el joven se va haciendo consciente de todas estas cosas, se enfrenta a los retos de la propia vida. Con toda claridad, se plantea que todo lo que consiga va a depender de él; sólo por su propia iniciativa y por su decisión va a estancarse, caminar hacia delante, o retroceder en la tarea de ser persona, o sea, de llegar a ser feliz.

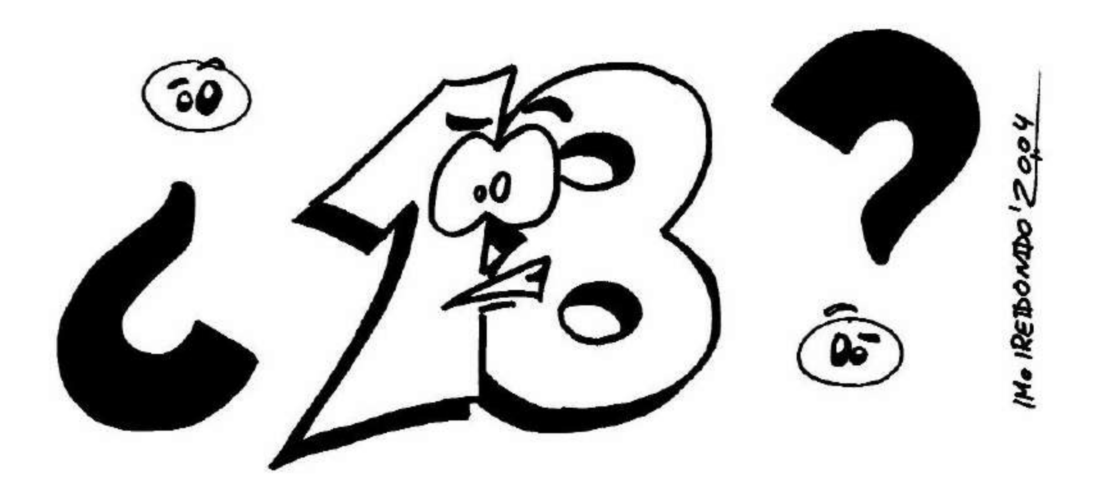
Hay en la vida de cada persona dos caminos:

1. Llegar a ser persona y feliz supone: ilusión, esfuerzo, constancia, sinceridad, amistad, reflexión, diálogo, caerse/levantarse, aguantar, sufrir, cambiar, alegría, optimismo, bienestar, confianza, amabilidad, simpatía, paz, solidaridad, tolerancia, respeto, educación, libertad, aceptación, superación, trabajo, amor…

2. **Apostar por no ser persona realizada y no ser feliz conlleva:** desilusión, pereza, inconstancia, mentira, enemistad, superficialidad, cabezonería, claudicación, intransigencia, evasión, infantilismo, tristeza, pesimismo, malestar, desconfianza, mala intención, antipatía, agresividad, insolidaridad, intolerancia, falta de respeto, mala educación, manipulación, rechazo, tirar la toalla, holgazanería, egoísmo…

47

Y después de los 18 años, ¿qué?



Desde el Hogar La Salle, surgió esta cuestión en un momento en el que se acercaba la mayoría de edad del primer menor que nos llegó. Después de tres años de estancia en el Hogar, a la hora de la salida, hubo que buscar respuesta a esta difícil pregunta: **Y después de los 18 años, ¿qué me va a pasar?** Esta es la gran pregunta que nos hacemos todo el mundo, incluidos los mismos chavales. A veces se hace explícita y otras veces está latente, de manera especial cuando se cumplen los 17 años.

Alguien puede pensar que los educadores somos malos padres, pues nadie abandona o deja en la calle a sus hijos al llegar su mayoría de edad. Pero la Administración sí lo hace y los Centros Colaboradores, si nos descuidamos, hacemos lo mismo; entre otras cosas, porque el convenio colaborador finaliza con los 18 años del menor.

En la práctica, cuando llega este momento, ocurren varias «situaciones»: hay menores que están desando cumplir los 18 para finalmente «largarse» del Centro. Otros tienen prisas por volver a su casa «de donde salieron porque tuvieron muchos problemas» pero siguen «queriendo» a sus padres. Los hay que, el mismo día de su cumpleaños, hacen las maletas y se van, pues «quieren ser libres». No faltan aquellos que te piden ayuda y manifiestan su voluntad de seguir en el Centro. Y se da el caso de los que quieren salir del Hogar, pero no quieren volver a su casa, pues nunca estuvieron

a gusto ni vinculados con su familia…

La reflexión que surge, ante todas estas posibilidades, va más allá de cualquiera de ellas: ¿Hemos preparado suficientemente a estos chicos para que se integren en la sociedad con todas las de la ley? En realidad, ellos mismos no han estado mucho por la labor, pues la perspectiva del futuro no cuenta demasiado en su vida; para ellos, lo que importa es el momento, el presente, el aquí y ahora… y esta manera de ver las cosas dificulta en el día a día la preparación de su futura integración. Pero claro, no se puede olvidar que la razón de ser de un Centro de Protección de Menores es conseguir esta capacitación y la posible integración. En definitiva, la respuesta a la gran pregunta es distinta para cada menor.

En honor de la verdad, la Administración empieza a dar respuestas a los que ha venido en llamar «ex tutelados». También es verdad que casi todas las instituciones colaboradoras lo llevan haciendo desde siempre. Es una vieja preocupación que han tenido las instituciones, pues a nadie le cabe en la cabeza que dediques personas, tiempo y recursos de todo tipo, para que, después de todo el trabajo que has realizado, se queden los jóvenes sin el respaldo necesario para lo que va a ser su futuro a partir de los 18 años.

La cuestión es muy simple: ¿Para qué ha servido entonces todo lo que se ha hecho si el joven que sale del Centro de Protección no es autónomo? Los procesos educativos duran toda la vida, y a un joven, como son estos menores, que está fraguando su personalidad al final de la adolescencia y con circunstancias personales muy complicadas, les siguen haciendo falta apoyos de todo tipo para seguir desarrollándose como personas. Aquí reside la necesidad de seguimiento de estos jóvenes.

El criterio de los educadores del Hogar La Salle a este respecto, desde el principio, ha sido ofrecerles la posibilidad de seguir en contacto para continuar su acompañamiento y, así, no romper con el proceso educativo que hemos estado propiciando. Esto conlleva la posible opción de seguir en el Hogar, pero con nuevas condiciones y con unos compromisos adaptados a su nueva situación. De esta forma, no le dejamos al joven desamparado y solo y, a la vez, tenemos la oportunidad de continuar acompañándole en sus primeros pasos hacia la plena autonomía e independencia. No olvidemos que la finalidad del Centro es facilitarles la mejor integración en la sociedad para que, alcanzando su plena autonomía, vivan con responsabilidad y libertad su futuro.

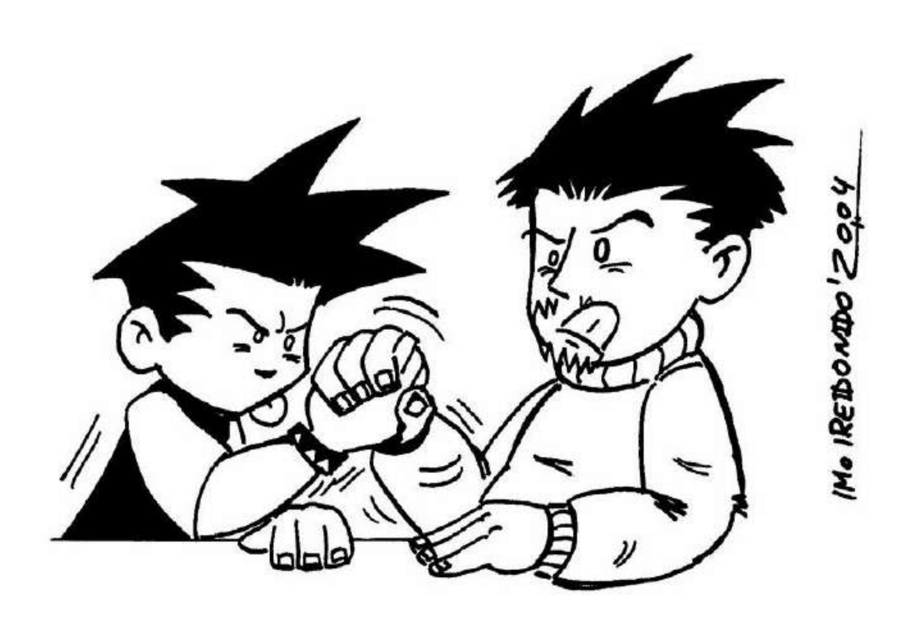
También existe la posibilidad de que el joven regrese a su casa y que vuelva periódicamente al Hogar para continuar, más flexiblemente, un posible seguimiento pactado con él. No es fácil que esto ocurra de forma sistemática, pero ya se ha dado un caso; esta es otra vía de acompañamiento. De todas formas, todos ellos saben que el Hogar ha sido su casa y que les seguirá abriendo sus puertas si necesitan alguna ayuda o consejo. El Hogar ha sido una referencia muy importante en su formación y no podemos quitarles, de la noche a la mañana, este lazo que los vincula y les da seguridad, aun cuando se hayan marchado «rebotados» y, en un primer momento, no hayan querido saber nada del Centro, reacción, hasta cierto modo, comprensible en chavales que se han sentido «encerrados» y quieren saborear la libertad, sin las cortapisas de nadie que les limite su ansiada autonomía.

Lo que de hecho vengo observando es que la mayoría de los chicos que llegan a los 18 años no están preparados para vivir solos; necesitan algún apoyo, siempre distinto del que han tenido hasta ese momento. Aquí se nos plantea a los educadores una llamada a la creatividad. Unos quieren seguir estudiando y otros se están insertando en el mundo laboral; una de nuestras tareas sería la de seguir animándoles para que no abandonen fácilmente estos incipientes y débiles propósitos; en ello se juegan su futuro.

Muy importante en estos momentos de transición es la cuestión económica: hay que seguir orientándoles para que administren razonablemente sus bienes. Ya que, de pronto, se ven con un dinero fruto de su trabajo que no han tenido nunca y saben que pueden disponer de él. Ciertamente es como una «golosina» y con facilidad lo malgastan y derrochan. Muchos ejemplos podría citar de chicos que lo primero que hicieron fue comprarse una moto innecesaria o malgastaron en no se sabe qué fiestas con los amigos, o peor aún, con los que creían que eran sus amigos, sus ahorros; luego terminan comprobando desilusionados que los amigos sólo lo eran para las juergas, ellos que buscaban vincularse por medio de la amistad con otras personas, porque esta de la amistad verdadera es otra de sus asignaturas pendientes siempre necesaria para su estabilidad afectiva.

En definitiva, estamos ante una meta que necesita ser planificada, pero con mucho tiempo de antelación. Casi desde el mismo día en que el chaval llega al Centro. Y con él, ir proyectando lo que va a ser su futuro. Si la familia se muestra colaboradora, es vital que se trabaje con ella y se lleve un plan educativo sistémico, sobre todo, si el hijo alberga la intención y el propósito de volver a su casa.

48
Un pulso, ´pa´ ver quién manda



Lo de echar un pulso ya ha ido saliendo en reflexiones anteriores, pero detengámonos un poco más en esta ocasión. En el fondo se trata del poder y de su posible ejercicio. El primer año de inicio del Hogar, la lucha, es decir, el pulso, es constante y agotador. La meta es dejar bien claro quién manda en el Hogar, los menores o los educadores. Desde luego esta situación de tensión no facilitan las cosas.

Los chicos no suelen bajar la guardia y aprovechan cualquier ocasión para volver a las andadas. El final del pulso lo suponemos, pero hasta llegar a él, el camino es tenso, conflictivo y duro además de clarificador del papel que cada cual tiene en el Hogar. Los mismos chavales te lo insinúan en algún momento y hasta te dicen: «¡Oye!, que nosotros somos mayoría, así que hay que hacer lo que decidamos nosotros». Hombre, ni se creen lo que están diciendo; pero, como en otras muchas cosas, te lo dicen por si cuela.

Su estrategia consiste en no hacer caso cuando les mandas alguna cosa. Pondré algún ejemplo que ilustre lo que digo: a pesar de que se lo digas, no suelen bajar las mochilas del colegio a la sala de estudio y las dejan como olvidadas en cualquier sitio; o bien, dejan la vajilla sin fregar y se escabullen para ir a ver la televisión; o bien, se saltan el horario de salidas y salen del Hogar sin avisar y vuelven cuando les parece conveniente; incluso a veces se quedan en la cama por la mañana haciéndose el enfermo con la intención de no ir al colegio o al trabajo y se levantan cuando les apetece. En estos

casos se trata de hacer lo que ellos quieren y de no obedecer la norma. Así creen que dejan claro que son ellos los que determinan y manejan las reglas de juego.

Son fácilmente imaginables los conflictos que surgen cuando los muchachos se niegan a realizar lo que se les sugiere o se les manda. Los educadores sabemos lo que nos estamos jugando y no podemos dejar pasar estas situaciones de supuesta indolencia. Aunque estas correcciones acaben en roturas de muebles y aparatos de música, con insultos, portazos, subirse a los tejados para dar el espectáculo, o proferir amenazas de todo tipo, vertidas con «selecto» vocabulario que para tales ocasiones suelen utilizar.

Hay que armarse de mucha paciencia y no alterarse, pues no es aconsejable ponerse a su mismo nivel, ya que precisamente esas reacciones son las que han visto en su familia y debemos evitar reproducirlas. Ya dije en otra ocasión que poner normas y límites no es una tarea fácil, pero que debemos hacerlo por el propio bien de estos chicos, pues, dada su desestructuración, la norma y su cumplimiento les ayudará a resituarse como personas que viven en grupo, y a vertebrarse su personalidad en torno a determinados valores personales y sociales.

Cuando hay cambio de educadores o de equipo directivo, vuelven a presentar la batalla. Varias son las ocasiones en las que se ha experimentado en el Hogar la vuelta a conductas disruptivas con ocasión del cambio de un educador o un trabajador social o de la psicóloga. Al aparecer una persona nueva, se le pone a prueba, se le tantea de una u otra forma y se le echa un pulso para ver si pueden manejarla a su antojo. No hay que bajar la guardia y hay que recordarles el mensaje. Pero ellos, en cada ocasión, vuelven a intentarlo.

También ocurre que te tantean para conseguir algo que desean; pero, si ven que no lo van a conseguir, pasan a otro asunto y no guardan rencor. Suelen acercarse en plan amable y te piden volver una hora más tarde por la noche; insisten e insisten. Les recuerdas la norma que les corresponde por la edad que tienen, pero ellos hacen oídos sordos, y te lo vuelven a pedir; cuando intuyen que no habrá permiso, cambian de tema y se marchan; lo han intentado pero, como no lo han conseguido, han perdido el pulso, lo aceptan y no ha pasado nada.

Suele ocurrir también que cuando te encuentran inseguro en la decisión, es cuando insisten para llevarse el agua a su molino. Si te ven titubear, tratan de ganarte el pulso. Saben con quién pueden conseguir más fácilmente lo que quieren. Por eso es muy importante que todas las personas que están implicadas en la vida de Hogar estén bien coordinadas, incluido el personal de servicio. Los chicos no dudan en tantear a cualquiera de los adultos del Hogar, sea quien sea, para justificarse con el fin de hacer tal o cual cosa.

Una buena experiencia que he tenido en estos casos es que hay ocasiones en las que te pones a hablar con ellos y, si entran al trapo, que a veces entran porque ellos quieren entrar, les puedes aprovechar la ocasión para hacerles caer en la cuenta de por qué están en el Centro, qué perseguimos durante su estancia, que nuestra intención es la de ayudarles y para ello no escatimamos recursos; en fin, procuras hacerles ver que entiendan mejor su situación temporal en el centro. La verdad es que funciona. Recuerdo

que en una ocasión le dijo un muchacho a otro después de una conversación que mantuvimos: «Ya te ha comido el tarro». Es su forma de interpretar las cosas.

Constataré finalmente que, pasados los primeros pulsos de prueba y vistos los resultados, aceptan los papeles que cada cual tiene en la vida del Hogar. Eso no quita ni evita los conflictos, pero ya surgen por otras razones.

49
Lo siento, mañana tienes cita en el juzgado



La verdad es que impone este mundo de los juzgados para el que no está acostumbrado a ellos. Los chavales lo tienen asumido como algo bastante normal, pues casi todos, cuando ingresan en el Hogar, ya han tenido que ver algo con ese mundo; lo consideran como tener que ir al médico, por ejemplo. Recuerdo que la primera vez que fui al juzgado con un menor estaba yo más nervioso que él. Más que nada era porque yo no sabía desenvolverme en el juzgado y él andaba por allí como si estuviera en su casa; desde luego no era la primera vez que iba.

Ahora bien, la familiaridad no les ahorra el mal trago que pasan y el nerviosismo que acusan tanto en los trámites preliminares como luego en el juicio. Ciertamente el hecho de ir a los juzgados les impone, pero ellos son muy hombres y lo afrontan de manera «valiente». Algunos, en primer movimiento, te dicen que no van a ir; pero, a la hora de la verdad, son los primeros en montarse en el coche.

La actitud del educador en este trance es la de apoyarlos para que no se sientan solos y hacerles más llevadera esta situación de apuro. Lo cual no quita que les hagas caer en la cuenta de por qué han llegado adonde han llegado. Y sobre todo, que vean las

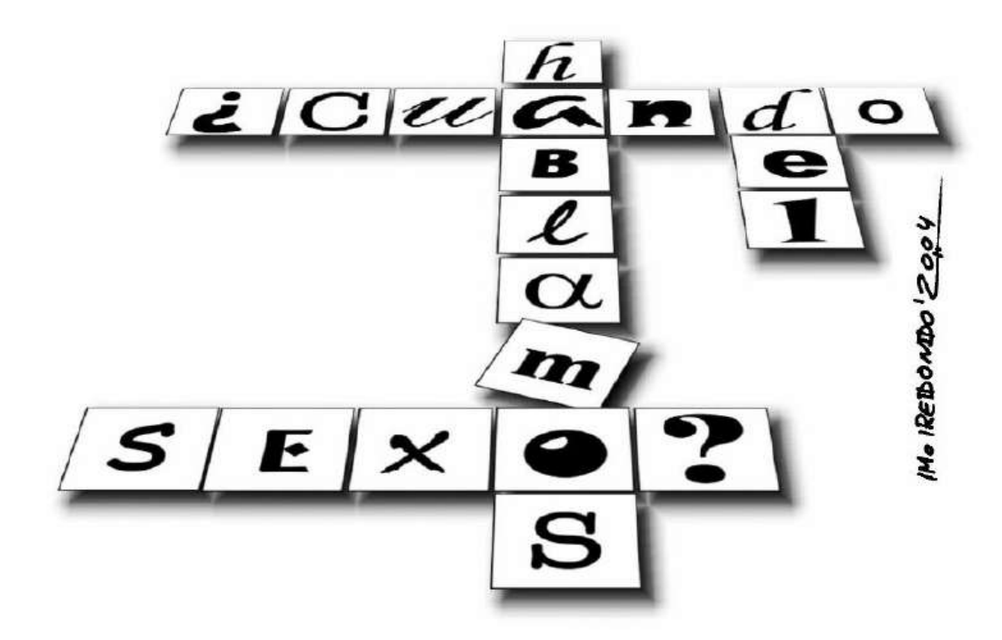
consecuencias de sus actos. En definitiva, puedes hacerles ver que todavía están a tiempo para rectificar, porque en general son pequeñas cosas las que tienen pendientes.

Pero, volviendo a lo que decía al principio, ocurrió en una ocasión que llevé a un menor a un juicio que tenía pendiente y nos acompañó otro muchacho del Hogar. Yo tenía interés en que viniera. Dictada la sentencia por el juez al menor, éste salió de la sala de mal humor y diciendo tonterías, a lo que el compañero le dijo: «Pero si lo que te ha dicho el juez es "na y menos", ¿de qué te quejas?». La verdad es que no se quejaba de nada, sin embargo él tenía esa actitud porque estaba imitando a su padre al que vio hacer lo mismo en parecidas circunstancias. La cuestión era rajar del juez.

En ocasiones te preguntan ellos mismos cuándo se va a celebrar el juicio de aquello que tienen pendiente, porque saben que se pasaron en los hechos acaecidos y denunciados. A este respecto, que tengan que pasar por los juzgados tiene sus efectos pedagógicos. Creo que es bueno que experimenten lo que puede ocurrirles ante tales o cuales hechos, casi delictivos. Pegar a una educadora o robar dinero no debe quedar impune, como si nada hubiera pasado. Los chicos deben conocer las consecuencias que se derivan de sus actos, también ahora que son menores, y ser corregidos con sentencias apropiadas a su realidad de menores es bueno para su educación. Los jueces, en general, suelen tener en cuenta la minoría de edad y en sus sentencias tratan de aplicar medidas educativas. Aquí no vale decirles que está mal lo que han hecho; las denuncias tienen que resolverse por los cauces normales que tiene la sociedad establecidos para solucionar tales problemas. Y ¿por qué no decirlo? Por el ambiente del que proceden estos chicos, tienen cierta inclinación a moverse en su vida por estos derroteros más o menos delictivos; por eso hay que cortarles «el punto».

Ir al juzgado no es bueno, porque tener que acudir supone que se le imputa a uno algún presunto delito contra terceras personas, que probablemente no nos gustaría que nos hicieran a nosotros, lo cual tiene sus consecuencias sancionadoras. Lo más grave sería que se acostumbraran a cumplir las sanciones y con ello a estar dispuestos a seguir comportándose de tal manera que les lluevan las denuncias. Es un círculo vicioso del que hay que ayudarles a salir. Porque en realidad algunos lo tienen como algo «normal» y asumido en su tradición familiar. Lo que ocurre es que hay que hacerles ver que eso no es lo normal en la sociedad.

50
¿Cuándo hablamos del sexo?



No es fácil entrar en este tema, como les suele suceder a los padres en una familia normal. Pero hay que hablar de sexo. Bueno de sexo, sexo, también; pero, sobre todo, lo que hay que hacer, personalizando lo más posible, es un programa de educación sexual. Por lo que llevo dicho, en especial sobre el entorno familiar del que proceden los chicos, la sexualidad es un aspecto que no está bien llevado. Aunque lo más lamentable, en este caso, es que los chicos hayan sufrido abusos directa o indirectamente, que de todo ha habido.

¿Cómo hablar de sexo cuando se tiene una imagen o una vivencia negativa del mismo? ¿Cómo abordar el tema de la sexualidad cuando ellos mismos hablan negativamente de las relaciones que tienen sus padres? Porque su madre tiene hijos e hijas de varios compañeros sentimentales y cada cierto tiempo ven a un hombre diferente en su casa. ¿Cómo abordar la formación de su afectividad cuando los modelos familiares fallan por la base y lo que vivencian son los altibajos de sus progenitores o el maltrato y las agresiones sexuales?

Ciertamente es difícil. Sin embargo, es éste un aspecto clave para su realización como personas. La sexualidad humana es un capítulo transcendental para la madurez de

la persona, de cualquier persona. Pero el punto de partida de estos chavales, sus propias experiencias personales más o menos desajustadas, les van a dificultar la maduración normalizada de esta dimensión tan importante.

Por lo demás, como le sucede a cualquier adolescente, pasan por las mismas etapas en el desarrollo y maduración afectivo-sexual de sus personas; pero también salta a la vista que están condicionados por las experiencias vividas en el ámbito familiar y, en ocasiones, en su ambiente social de iguales. Aunque realmente no todos los menores están en la misma situación problemática en este sentido.

En el Hogar, para abordar este tema, se han seguido varios caminos. El más importante ha sido la derivación al psicólogo para que diagnostique la situación personal y, a partir de ahí, que él mismo realice las intervenciones adecuadas. En algunos casos la actuación ha sido externa a los profesionales del Hogar, porque los chavales necesitaban de profesionales especializados para ayudarles a superar todo aquello que dificultaba su desarrollo y su madurez en este ámbito de la sexualidad y de lo afectivo.

También se ha abordado este tema de forma general y para todo el grupo mediante un programa diseñado al efecto que titulé *La educación sexual para adolescentes de 12 a 16 años en conflicto y riesgo social*. La experiencia me dice que las primeras sesiones fueron bien acogidas por los muchachos, pero luego se demostró que este tema ha de ser tratado individualmente: la situación de cada uno de ellos es bastante distinta y requiere un trato personalizado y singular.

El objetivo, en todo caso, es que tengan una buena educación sexual, porque es muy importante madurar en la afectividad y en el ejercicio sano de la sexualidad para su propia felicidad y para la felicidad que puedan compartir en un futuro con su pareja y con su familia. Precisamente, con ocasión de las amistades que mantienen con las chicas, se ha tratado de abordar el tema desde la normalidad, resaltando la necesidad del respeto en las relaciones. Son chavales con carencias afectivas, con falta de cariño; sin duda estas amistades bien llevadas les ayudan en su crecimiento personal.

Por otro lado, hay que trabajar mucho en ellos la imagen del valor de la mujer como compañera e igual. En algún momento te lo dicen, medio en broma: «Bueno, ya se sabe "paqué" están los mujeres…». En sus mentes la mujer no deja de ser alguien que está para su marido, para la casa y los hijos; y si se sale del guión, pues, ¿…? Que cada cual escriba lo que se imagine. A pesar de esta infravaloración, son sus madres las que suelen dan la cara cuando ellos tienen problemas graves; los padres se suelen quitar de en medio. Y sin embargo, los chavales las tratan como ven que las tratan sus padres. Este es uno de los campos que hay que atender con especial esmero; pues, si no cambian de manera de pensar, difícilmente podrán llegar a tener una experiencia positiva de vivir en pareja… y no habrá forma de romper el círculo machista de los malos tratos, de la violencia sexual y de los abusos.

51
¡Oye! Y… ¿la paga «pal finde»?



Se trata de cómo repartir y administrar el dinero de bolsillo. Evidentemente tienen que disponer, por derecho, de un dinero para sus pequeños gastos normales, partida que ha de contemplarse en los presupuestos. Por lo demás, es bueno que vayan aprendiendo a administrarse.

No fue fácil, al principio, establecer las cantidades que se les iban a asignar, pues, como de costumbre, todos querían la misma, sobre todo por parte de los de menor edad que exigían ser iguales a los mayores, alegando que todos vivían en el mismo Hogar; en fin, lo de siempre en estos casos.

La asamblea sirvió para poner las cosas en su sitio. Es curioso, una vez que se determina una norma, en la práctica se convierte en ley y ya la gente no se crea más problemas. La costumbre es un apoyo al que se sujetan para normalizar las situaciones que van viviendo.

Sobre el uso del dinero tengo varios extremos que comentar. En primer lugar, hay que decir que los chavales tienen diversas posibilidades para conseguir dinero. Las visitas a la familia constituyen una buena ocasión para acrecentar sus haberes. Aunque en más de una ocasión es causa de problemas, pues no es la primera vez que el chico

fuerza a su madre diciéndole que si le va a dar dinero va a la casa; pero si no, que se olvide de verle. Es el clásico chantaje afectivo cuantificado en euros. Claro que hay que hacerle ver al joven que el cariño ni se compra ni se vende.

Tanto en las visitas a las propias familias, como cuando van de visita a las familias colaboradoras, de las que luego hablaré, les decimos que, si desean darles dinero, sobre todo si es una cantidad considerable, es mejor que se lo entreguen a los educadores en presencia del chaval, y que luego se les irá administrando. Claro, los chicos no siempre están de acuerdo.

También cuando hacen algún trabajillo extra para el Hogar es la oportunidad de darles una gratificación que es muy bien recibida. Hablando del tema trabajo, cuando algunos empezaron a trabajar a partir de los 16 años, se vio la conveniencia de aumentarles la paga semanal. Se entendía que era bueno que dispusieran de cierta cantidad de dinero como fruto de su trabajo para que experimentaran los beneficios del mismo. Además, con 16 y 17 años se empiezan a tener más gastos; con los 18 van a tener en sus manos el sueldo completo, por lo que se hace necesario ir preparándolos para aprender a administrarse.

También aprovechamos las «pagas» como estímulos que nos sirven para reforzar aquellas conductas que alguno no acaba de adoptar en el proceso educativo que llevamos con ellos. Ya dije más arriba aquello de que «el que rompe paga» y el dinero para pagar desperfectos suele salir de todo esto que vengo comentando. Es más, cuando durante la semana, por ejemplo, alguno ha faltado al trabajo, se le retiene la cantidad de dinero estipulada por este concepto; en esta línea van otras medidas que, concretadas en las asambleas, ponemos en práctica.

También existe el ejemplo del ahorrador que se compra la hucha, o se la compramos nosotros para animarles al ahorro, y administra su dinero correctamente. No siempre la llena, pero la intención es buena.

No quisiera ocultar el hecho de que hay chicos que consiguen el dinero fácil quitándoselo a los demás, incluso a los educadores o al resto del personal colaborador. A veces la cuantía ha sido tan significativa que ha sido necesaria la denuncia. Pero esta es otra historia.

52
Esta noche, ¿cuándo vuelvo?



Otro de los campos de «batalla» constantes es la hora de regreso de los fines de semana, como en cualquier familia. Aquí el pulso es un deporte que se practica todos los fines de semana. Por si cuela, cuando van a salir, siempre te dicen que vendrán más tarde, no se sabe si para «chincharte» o para ver si cuela.

Conocemos los riesgos de las salidas nocturnas, pero también somos conscientes de que la socialización tiene un punto fuerte en las salidas y en el ocio del fin de semana. Como en tantas cosas, se trata de hallar el equilibrio y de aprender entre todos lo mejor para estas circunstancias. Vamos, como sucede en cualquier familia con hijos adolescentes.

Claro que esta convivencia que tanto valoran, porque lo pasan junto a compañeros de su edad, y que puede ayudarles a socializarse, también le puede servir al educador como refuerzo educacional. De tal forma que algunos, en las transacciones o contratos educativos que hacemos con ellos, tienen que ganarse las salidas del fin de semana; se las tienen que merecer. De hecho, saben que la salida depende de cómo haya ido la semana; así, podrán salir o no el viernes o el sábado por la noche.

El camino para marcar unos horarios razonables no ha sido fácil. Pero, con el

tiempo, hasta se ha conseguido que se tenga en cuenta la edad a la hora de saber cuándo se tienen que recoger. Al principio, por aquello de que todos somos iguales, todos salimos y volvemos a la misma hora. Tuvimos que superar este igualitarismo para pasar a planteamientos más racionales y lógicos. Las asambleas y el mucho diálogo fueron claves en este proceso.

En los momentos iniciales, el hecho de que nosotros les acercábamos en coche a los lugares a los que iban y luego íbamos a recogerlos, dio pie al «igualitarismo» del que hablaba; de paso veíamos el ambiente y con qué tipo de compañeros estaban; pero luego ya ellos quisieron salir y regresar solos; eran mayorcitos, y todo se fue normalizando.

Los problemas empezaban a producirse cuando llegaban más tarde de lo acordado; normalmente se les abría la puerta y no se les decía nada; ellos esperaban el chaparrón, pero el chaparrón se aplazaba para el día siguiente, que ofrecería la oportunidad para reflexionar con más calma y en frío sobre la falta. Normalmente este método ha dado resultado.

Bueno, también se ha dado la picaresca, alguna noche, de que alguien ha salido a hurtadillas o ha llegado muy tarde; acogiéndose a las técnicas avanzadas de los móviles o del aviso por la ventana han podido entrar en el Hogar, lo que ocurre es que finalmente todo se sabe. Así que se determinó cerrar las puertas con llave por las noches después de constatar la llegada del último.

También han sido conflictivas las decisiones de no permitir salidas por comportamientos inadecuados durante la semana, o por faltas al trabajo, o a la escuela, o… El caso es que el chaval no se había ganado la salida. La tensión se mascaba en el ambiente, pero al final se aceptaba la sanción, se veía razonable: permitir la salida al incumplidor sería una injusticia en comparación con sus compañeros que sí se la habían ganado a pulso. Si esta norma no se hubiera cumplido, se habría desperdiciado un buen reforzador de conductas correctas.

Para hilar más fino, se diferenciaron los horarios de verano de los de invierno; los domingos no hay salida nocturna porque el lunes hay que volver a la normalidad de las clases y del trabajo y hay que estar operativos para afrontar las tareas de la semana.

53
El Hogar La Salle es un centro abierto



Por definición, nuestro Hogar es un centro de régimen abierto; no es un centro cerrado o semicerrado. Los menores pueden entrar y salir, salvo que se encuentren en libertad vigilada, de los cuales ya ha habido algún caso. En este sentido tratamos de que sea lo más parecido a un hogar, a una casa de cualquiera de nuestras familias.

Pero no lo digo sólo porque los chavales entren y salgan normalmente siguiendo los horarios establecidos, logrados esta vez sí, con sudor y sangre, sino porque está abierto a que determinadas personas nos visiten.

Iré por partes. Al principio, hubo que aclarar que el hecho de que las puertas no estuvieran cerradas no significaba que cada cual pudiera entrar y, sobre todo, salir cuando quisiera. Esto no fue fácil de aceptar y acarreó sus problemas y tensiones. A pesar de la política de puertas abiertas, había que dejar bien delimitadas las salidas; no se podía estar entrando y saliendo cuado uno quisiera, entre otras cosas, porque alguien tenía que estar pendiente de abrir las puertas, lo cual no dejaba de ser un latazo, con tantas idas y venidas.

En el terreno de las amistades y relaciones, que unos han desarrollado más que otros, por lo general, han sido muy normales, y la casa ha estado siempre abierta a estas

visitas. Los cumpleaños han dado oportunidad para que amigos y conocidos pudieran venir al Hogar y participar de la fiesta; también se ha dado el caso de que, en el tiempo de estudio, han venido algunos compañeros de la clase para hacer las tareas con los menores; siempre se han valorado positivamente estas compañías, por lo que significan de refuerzo y socialización.

Por otro lado, desde el principio, ha quedado muy claro que la casa está abierta a todas aquellas personas relacionadas con nuestras familias y nuestras amistades. Este es otro rasgo que caracteriza a nuestro centro como un verdadero hogar; y, si bien al principio, algunos presentaron resistencia a este tipo de acompañamientos, hasta el punto de que un día, por la presencia de unos amigos en la comida, dos menores se levantaron de la mesa y no quisieron comer con el resto, luego, poco a poco, se fueron normalizando las actitudes. En el fondo, el incidente se podía interpretar como pérdida de protagonismo o como invasión del «propio terreno», cosa que les creaba inseguridad y dificultades de comunicación.

También hay que decir que no se han permitido visitas inoportunas. Más de una vez, ha habido gente que me ha preguntado que si podían visitar el Hogar, como si éste fuera un lugar del turismo social marginal y, con mucha educación, les he indicado que los chavales se merecen el respeto de la privacidad y de la intimidad y que no son una especie rara para ser observada constantemente. Siempre lo entendieron.

Por otra parte, las puertas siempre han estado abiertas al voluntariado, necesario y oportuno, así como a las familias colaboradoras. Tanto el voluntario como las familias colaboradoras son muy apreciados y valorados en la vida y en las dinámicas del Hogar. Por eso les dedicaré todo un apartado.

54

Lo sentimos… pero hay que cerrar puertas



Cualquiera que lea lo que acabo de escribir en el punto anterior, me podrá decir que resulta contradictorio con el título de este apartado: *Lo sentimos… pero hay que cerrar puertas*. Pues sí, hay que cerrarlas y bien cerradas.

Las puertas siempre han estado en su sitio, pero las cerraduras se han ido poniendo a medida que el guión lo exigía con urgencia. Con la buena intención de que, como en cualquier casa, no hubiera llaves en las puertas, nada más que en la de entrada, ingenuamente se prescindió de las llaves y de las cerraduras. La experiencia, en este caso, creo que lamentablemente, nos ha hecho cambiar de idea.

Muchas asambleas tuvieron por tema monográfico las cerraduras en las puertas. En este caso, me voy a permitir hacer una enumeración de las diferentes puertas que se fueron asegurando: se cerraron las puertas de la despensa. Las cosa iban bien al principio; como en cualquier casa, la despensa estaba a mano para guardar todo lo referente a la comida, para tomar un aperitivo; sin embargo, se empezó a notar que desaparecían alimentos y, además, luego aparecían restos y envolturas de patatas y galletas en los dormitorios o en los cajones de la sala de estudio; así que tuvimos que

tomar la determinación, después de justificarla, de poner una cerradura en la despensa.

Se cerró la puerta de la cocina por dos razones de peso: la primera era para que respetaran a la cocinera, pues la molestaban por cualquier motivo y no le dejaban hacer su trabajo; la segunda era más grave, aunque suele darse con menos frecuencia: resulta que cuando un chaval se rebota y se cabrea con un compañero o con el educador, no se le ocurre otra cosa que ir a la cocina y coger los cuchillos más largos para esgrimir sus amenazas. Nunca se ha llegado a mayores, pero es mejor evitar la ocasión.

Se cerraron las puertas de la Comunidad. El edificio del Hogar está organizado de tal forma que los educadores prácticamente convivimos en los mismos espacios para casi todo con los chicos, como en una casa normal; pero, con el tiempo, notamos que ellos lo invadían todo y que no teníamos espacios para nuestras reuniones o para algún rato de descanso; por su parte, los muchachos no te dejaban ni respirar, así que decidimos acotar un espacio y, además del tabique, pusimos puerta con llave.

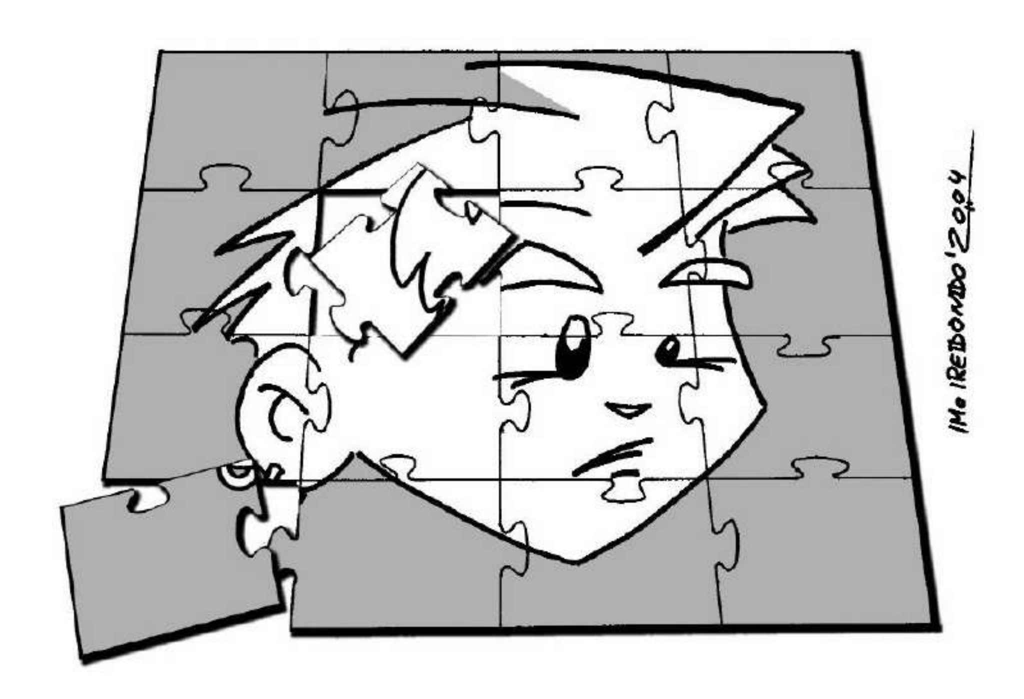
Se cerró la posibilidad de encender la televisón después de la hora de acostarse. Con la confianza de siempre, llegaba la hora de acostarse y todo el mundo se iba a la cama; pero mira por dónde, un comentario de un menor con motivo de un enfado que tuvo con otro, hizo que se descubriera una práctica nocturna que consistía en bajar a ver la tele después de que los educadores nos habíamos ido a descansar. La medida fue necesaria e indiscutible.

Se pusieron cerraduras y llaves en las puertas de las habitaciones. Es verdad que la medida resultó cara, porque los chicos intentaron utilizar las ventanas como alternativa de acceso a las habitaciones y hubo que poner rejas por fuera, pero así se consiguió que algunos, amigos de lo ajeno, desistieran de quitarles las cosas a los demás. A todo esto se añadía que algunos se iban acostumbrando a refugiarse en la habitación, entre otras cosas, para dormir, desajustando los ritmos y los horarios del Hogar.

Se cerraron las puertas de entrada a la casa. Esta fue una medida muy controvertida e incómoda. Aunque muy esporádicamente, ha habido en el Hogar algún menor con libertad vigilada, con lo cual había que cumplir la medida judicial de que el menor no saliera; pero, por otro lado, estaban los demás compañeros que tenían el derecho de entrar y a salir sin cortapisas. Hubo que echar la llave. Además algunos salían de casa sin avisar y también tuvimos que tomar las medidas correspondientes, de modo que no hubo más remedio que cerrar la puerta de la calle y poner candados en las del garaje. No obstante, lo normal es que se pueda salir sin impedimentos. Cerrar las puestas de la casa con llave sólo se hace en los casos excepcionales que ya he comentado.

Curiosamente, en casi todos los casos, en las asambleas, los chicos argumentaban que para qué les dijimos al principio de su llegada al Hogar que pretendía ser como su casa, si luego se ponían cerraduras. Otras tantas veces se les contraargumentó que, cuando se da confianza y se abusa de ella, hay que tomar medidas oportunas que garanticen la buena convivencia y el respeto a las cosas de los demás.

55
La vida es como un puzzle



La vida de cada persona es como un puzzle. El arte está en colocar correctamente cada pieza en su sitio y lo más interesante es que para realizar esta exigente pero hermosa tarea, tenemos toda nuestra vida. Nadie se escapa de esta realidad.

Claro que hay variedad de puzzles: los hay de diez piezas, de cincuenta o de mil. Y unos son más difíciles de completar que otros. Los más grandes son un reto para la persona que los está formando, claro que también se pueden encajar las piezas en colaboración. Es evidente que más tarde o más temprano, el puzzle, que es cada persona, necesita de los demás para poder completarse y, al final, así es la vida, no se termina de formar nunca. Como esto es lo que suele ocurrir, lo que hay que hacer es llegar a ajustar la mayor cantidad de piezas posible.

En resumidas cuentas, dos son las posturas más corrientes que suelen darse ante el puzzle de la vida: **la primera** es la de aquellas personas que se interesan por formar su puzzle aunque les cueste, pero saben y tienen la experiencia de que cada pieza colocada es una victoria en la construcción de su persona y un paso más para disfrutar de la felicidad que se deriva de dicho esfuerzo; **la segunda** postura es la de aquellas personas que tiran la toalla, por mil razones; siempre se dejan abiertas justificaciones; con lo cual,

viven siempre la frustración y el sentimiento del fracaso por la incapacidad de componer su puzzle. De esta segunda postura pondré algunos ejemplos:

1. Algunas personas, ante las primeras dificultades, suelen tirar la toalla y dejan su puzzle con muy pocas piezas colocadas, su vida está desdibujada y tienen un sentimiento de fracaso y de inutilidad.

2. Otras personas han tenido la mala suerte de que alguien les ha robado alguna pieza o se la han roto y, cuando no aparece esa determinada pieza, se desaniman. Claro que existe la posibilidad de reconstruir la pieza y entonces pueden seguir formándolo.

3. Hay quienes extravían alguna de sus propias piezas y así tienen la excusa de que no pueden acabarlo, evidentemente se están engañando a sí mismas.

4. Otras personas se encuentran a gusto con las piezas en desorden y no se plantean colocarlas en el lugar que les corresponde. Eso sí, en las ocasiones propicias se quejarán y hablarán de lo complicada que es la vida, incluso de la mala suerte que tienen.

5. Hay gente que se pone a trabajar con entusiasmo, pero a la primera dificultad dicen que es muy complicado el puzzle y abandonan pronto el empeño.

6. También existen aquellos que quieren formar su puzzle con las piezas de otras personas, sobre todo si éstas ya llevan adelantado su puzzle; así viven de las rentas de los demás. Alaban, eso sí, el puzzle de los exitosos, pero no hacen nada por imitarlos. En esta línea, hay otros individuos que prefieren lamentarse con la finalidad de que los demás hagan su puzzle y ellos se quedan cómodamente viviendo del cuento, y no quieren caer en la cuenta de que nadie puede formar el puzzle de nadie, pues cada persona es diferente.

7. Hay personas a quienes les da miedo su propio puzzle, por lo complejo que les parece, y se asustan. Entonces buscan la evasión y de esa manera no se complican la vida. Claro, su puzzle queda sin hacer.

8. Algunas personas se encuentran con la sorpresa de que tienen piezas de otros puzzles, lo cual les crea un cierto estado de ansiedad porque lo tienen todo mezclado y, al ponerse tan nerviosas por tanto barullo, se sienten desbordadas y abandonan su tarea.

9. No faltan quienes quieren hacer su trabajo solos y se cansan o se frustran ante tantas piezas que tienen que colocar.

En fin, así podíamos seguir hasta el infinito, pues hay tantas posibilidades como personas.

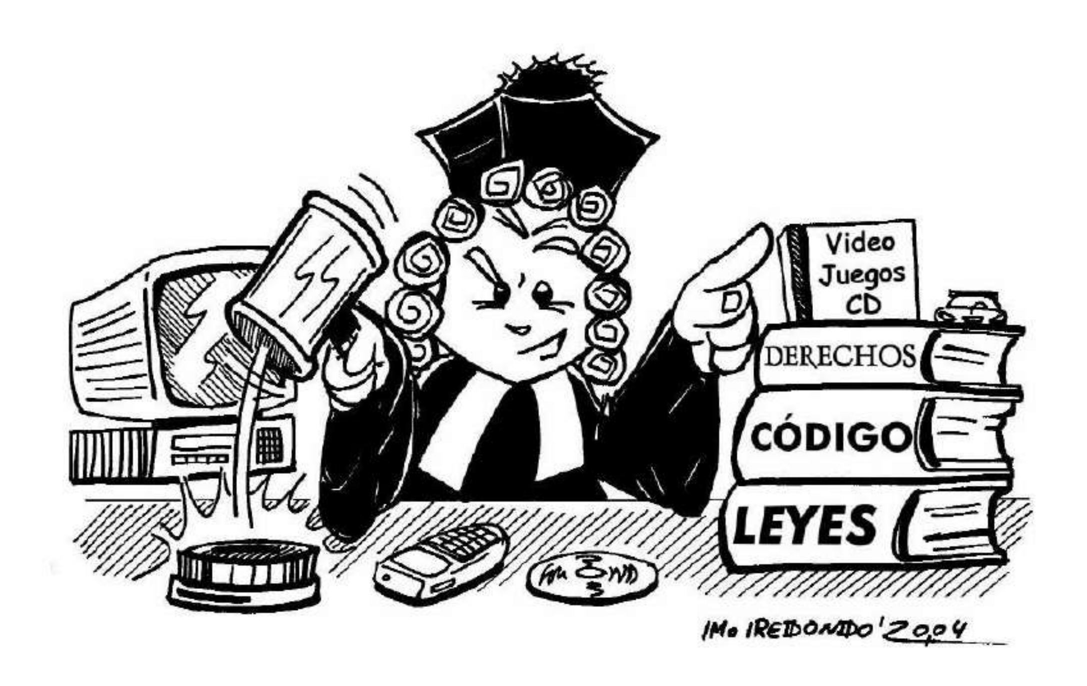
Algunos trucos para completar el puzzle

- Aceptar que todas las personas somos básicamente iguales; por consiguiente, lo del puzzle es una tarea que ha de realizar todo el mundo.
- Tener voluntad de componer el puzzle, pese a las muchas dificultades que se irán presentando.
- Conocer todas las piezas del puzzle; así será fácil buscarles su sitio.
- Tener paciencia, pues todas las piezas no encajan a la primera.

— Asumir que se pueden perder o romper las piezas, o que te pueden quitar alguna de ellas, pero que también se pueden encontrar o rehacer; nada hay irreversible.
— Que hay personas de confianza que nos pueden ayudar a formar nuestro puzzle, sin olvidar que cada cual es el último responsable del suyo.
— El orden y un buen método para colocar las piezas facilitan mucho las cosas. El azar y la improvisación no son buenos consejeros.
— Seguir construyendo el puzzle, aunque pueda estar un tiempo parado, pues hay circunstancias que nos pueden paralizar.
— Que tenemos toda la vida por delante; no hay que preocuparse porque seamos jóvenes y no lo tengamos acabado.
— Incluso un mal día podemos destruir parte del puzzle encajado, pero podemos volver a reconstruirlo, pues ya conocemos el lugar que ocupan algunas de las piezas.

Al final, como los niños y niñas que completan un puzzle, tendremos la cara de alegría y satisfacción porque lo hemos conseguido. Es el premio a nuestra tarea y a nuestra constancia por formar nuestro puzzle, o sea, por construirnos y realizarnos como personas.

56
Son muy legalistas… los chicos, claro



Parece increíble, pero es así. Normalmente los muchachos son intransigentes a la hora de exigir el cumplimiento de las normas a los demás; lo de cumplirlas ellos mismos, ya es otro cantar. Suelen protestar cuando hay que establecer normas y poner límites, pero, a la larga, las normas y los límites les sirven para ir vertebrándose; constituyen uno de los hábitos que a posteriori más agradecen, aunque manifiesten lo contrario al principio.

Por sus características personales, estos muchachos necesitan saber lo que tienen que hacer y cuándo lo tienen que hacer. Como el que para andar necesita de unas andaderas, así son ellos para sentirse seguros a la hora de funcionar cada día.

Es verdad que son rebeldes para cumplir determinadas normas, aunque no siempre es así; pero también es verdad que las agradecen como referentes para atenerse a alguna dirección en su actuar. No son tan anárquicos como en principio pueda parecer. Quieren saber lo que hay que hacer y cuándo tienen que hacerlo. Luego jugarán contigo para saltarse la norma, pero la norma les da seguridad.

En más de una ocasión ellos mismos te echan una mano cuando alguno pretende ir por libre. De hecho, los que mejor transmiten las tradiciones y costumbres del Hogar, cuando viene un compañero nuevo, son ellos mismos, sobre todo los más antiguos que

aparecen como depositarios de las tradiciones y de las costumbres.

Hay ocasiones en que tú quieres ser flexible, porque las circunstancias lo piden; pero resulta que en esos momentos aparece el legalista de turno, y cual «Pepito Grillo», recuerda lo que hay que hacer. Se saben las normas de memoria; no tendríamos problemas en caso de que se nos perdieran las actas de las asambleas en las que hemos puesto tales o cuales normas; ya habrá alguno de ellos que te las recuerde al pie de la letra.

Como cualquier adolescente, son contradictorios hasta lo cómico. Un día, al terminar de comer, uno de los chicos, que no había comido y conocía qué norma se le iba a aplicar, exigía sin embargo que su compañero, que se había ausentado durante unos momentos, tenía que fregar toda la vajilla porque así estaba establecido. Es verdad que la norma se había puesto para evitar el escaqueo a la hora de fregar; pero, que la exigiera el mismo que se negaba a cumplir con sus obligaciones, era el colmo.

Siguiendo con el tema de fregar, todos los días, al final de las comidas, saltaban a la palestra las mismas conversaciones sobre a quién le tocaba fregar; para normalizar la situación, llegamos a la conclusión de que había que dejar por escrito los turnos de limpieza para evitar peleas e improvisaciones; pues, aún así, al final de la comida, ya sabemos de lo que se va a discutir. Eso sí, pasada la discusión, cada cual se pone a hacer lo que le corresponde.

El legalismo lo llevan hasta para ocupar tal o cual lugar en el coche o en la furgoneta; ellos mismos se han ocupado de establecer en qué lugar de los vehículos se va a sentar cada cual para evitar los conflictos. Todos quieren ser copilotos o ir en las ventanillas.

La verdad es que hemos llegado hasta hacerle a cada cual su horario semanal; esta es la forma de tener una referencia en la que apoyarnos cuando hay conflicto de intereses. También ha habido que establecer horarios para las salidas del fin de semana que nos ayudan a evitar problemas como ya comentaba antes. Las normas y los horarios escritos facilitan mucho las cosas y, como digo, aunque hay conflicto para establecerlos, luego se recurre a ellos para resolver los problemas.

Por lo demás, se ha notado que algunos necesitan conocer muy bien su horario, porque si no, estarían todo el día dispersos y dando bandazos, lo cual les incomoda mucho a los menores y a los demás. En fin, en este caso, la ley, la norma, les da seguridad y estabilidad.

57
La institucionalitis: es inevitable



Cuando ingresan algunos menores en el Hogar te alegan, con mucha seriedad, que la cama la tiene que hacer la persona encargada. Es curioso, pero muchas veces llegan chicos de centros en los que hay tanto personal de servicio, que ya vienen con la costumbre de vivir como en un hotel. No entienden que no se les siga haciendo la cama o arreglándole la habitación. Y no se diga nada si pasamos a plantear que hay que realizar las tareas de la casa, como limpiar y fregar la vajilla. Pero bueno, todo esto ya lo he tratado en otro momento. En todo caso estoy hablando de algo anecdótico, porque lo de la «institucionalitis» va aún más allá.

Estoy convencido, por un lado, de que hay ciertos hábitos y costumbres que se tienen que adquirir en la vida diaria de un hogar, de cualquier casa; así lo entienden muchas familias, de modo que cada miembro de la familia tiene que asumir la corresponsabilidad de hacer posible la vida armoniosa del hogar; por otro lado, cada familia trata de conseguir su autonomía e independencia con respecto a la sociedad, si bien se reconoce como parte de la misma en cuanto a derechos y deberes se refiere.

Al hecho de depender excesivamente de las instituciones es lo que llamo

«institucionalitis»; es una especie de enfermedad —en este caso mimética— que pasa de los padres «interesadamente dependientes» a los hijos con la mayor naturalidad y espontaneidad, sin muchos aprendizajes previos. Es una de las mejores herencias que los padres les dejan a los hijos, o sea, a nuestros menores. Desde su más tierna infancia, muchos de nuestros chavales han vivido parecidas situaciones, unas veces es la práctica de la mendicidad, otras acudir a la Cruz Roja o a Cáritas para solicitar una ayuda; en otras ocasiones acuden a los servicios comunitarios o sociales de la localidad para solicitar subvenciones, ayudas, apoyos.

Quizá lo más grave en esta historia, es que algunos de nuestros chicos han vivido la experiencia de ver cómo sus padres, que de momento no pueden atenderles bien, han solicitado de la Administración que se haga cargo de ellos durante un tiempo. Con estos antecedentes, el chico va aprendiendo que se puede vivir de las ayudas que te dan tales o cuales instituciones; por consiguiente, que de lo que se trata es de organizarse y estar al tanto y, en función de las necesidades, acudir a tal o cual institución para que solucione tus carencias. El siguiente paso es creerse, sin más, que tienen derecho a todo, incluso a que les hagan la cama. En el fondo del argumento que manejan, hay algo así como que «la vida les ha tratado muy mal y la sociedad les debe el cuidado y las atenciones que necesitan para vivir mejor».

Esto equivale en el Hogar, a que tenemos que darles todo lo que necesitan, porque tienen derecho a ello y, además, lo exigen hasta el punto de que te pueden montar un conflicto, si no les concedes sus caprichos. No digamos nada cuando se les pide su colaboración en las distintas tareas de las casa; parecería que se encuentran en un hotel y todo se lo tienen que dar hecho, para eso la Administración paga por ellos; claro que si supieran lo que la Administración les regala… Pero este es otro tema.

Y es esta mala pedagogía, pues algunos creen que cuando se vayan del Hogar, los Servicios Sociales van a estar esperándolos con las puertas abiertas, con lo cual ya tienen excusa para no desplegar demasiado esfuerzo por prepararse para el futuro. Si, en el presente, van saliendo adelante sin problemas, *el mañana ya vendrá y nos apañaremos*, vienen a decirte cuando se lo planteas y tratas de motivarles.

Lógicamente, cuando un chaval se va de nuestro Hogar a los 18 años no lo dejamos, sin más, en la calle, salvo que él no quiera saber nada del centro, y procuramos —ya lo he dicho en reflexiones anteriores— atenderle en sus necesidades básicas, pero con el compromiso, por parte del joven, de poner los medios oportunos para seguir avanzando en su independencia y autonomía para no seguir enganchado indefinidamente a la beneficencia de uno u otro signo, objetivo que nosotros hemos tenido muy presente desde que ingresó en el centro.

Es difícil cortar el cordón umbilical que une con las instituciones, pero entre los objetivos principales del Hogar está el hacerles ver a los muchachos la importancia que tiene no depender de nadie y que, si tienen alguna dependencia para que su vida vaya a mejor, que sea de ellos mismos.

58
De lo público y de lo privado



Estábamos teniendo en el hogar continuos problemas por los comportamientos que tenían los menores fuera del Hogar. Argumentaban siempre que una cosa era el Hogar y otra cosa era su conducta fuera del mismo. Si dentro nosotros podíamos exigir unas normas, fuera no teníamos el derecho a pedirles nada. Nosotros insistíamos en que la misma persona es la que está fuera y la que está dentro. Pero que además, en sociedad, hay unas obligaciones que debemos de respetar. De esta situación surgió la siguiente reflexión para una asamblea.

De lo público…

Cuando estás fuera de casa, te encuentras en lo que llamamos la sociedad, con sus normas, sus leyes, sus obligaciones… De lo contrario, la sociedad sería un caos.

¿Por qué existen leyes y normas? Porque todas las personas tenemos derechos y nos gusta que los respeten los demás. Y es que todos tenemos derechos.

Existe lo que se llama la educación, el respeto, el cumplimiento de las obligaciones sociales: a todo esto le podemos llamar deberes. ¡Ah! Todos tenemos

deberes.

De la mano de la falta de respeto, va la mala educación; de la mano de la mala educación va el gamberrismo y de la mano del gamberrismo va… De ahí que, cuando estás fuera de casa, te tienes que comportar como una persona normal, que quieres que te respeten los derechos y que, por lo tanto, tienes que respetar los derechos de los demás. Así la sociedad funcionará mejor y cada uno contribuirá a ello.

Y lo privado…

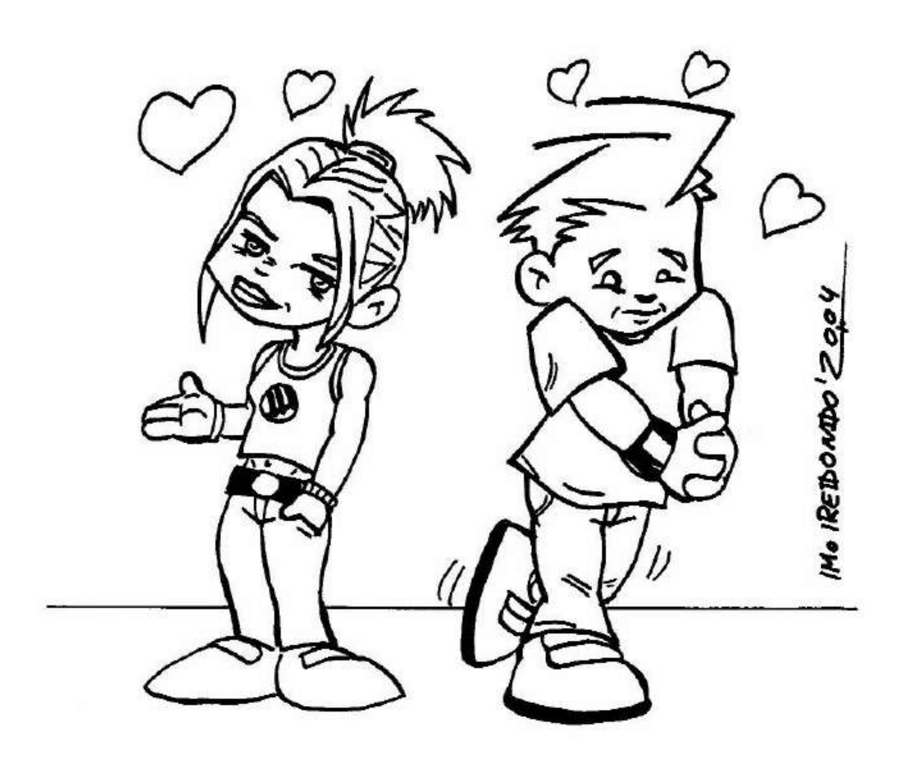
Cuando estás en casa, funcionas de acuerdo a las normas y costumbres que se han ido estableciendo a lo largo de los años.

Los que llevan en la casa más tiempo saben que, poco a poco, se han ido creando, entre todos, aquellas orientaciones y criterios que favorecen nuestra convivencia. Si en la casa no existieran esos criterios que los hemos convertido en normas de convivencia, entonces en el Hogar viviríamos sin respetarnos, no acataríamos los derechos de nadie y la casa sería un verdadero caos. Desde luego, a mí me gusta que los demás me traten bien y no se metan conmigo. Quiero que respeten mis derechos.

EN CONCLUSIÓN: Si queremos que respeten nuestros derechos, entonces, tú y yo tenemos que respetar los derechos de los demás. Estemos dentro o fuera de casa.

59

¿Cómo tengo que vivir en pareja?



Con motivo del cumpleaños de una amiga, para la cual la vida de pareja no ha funcionado; tendré que aclarar que ambos (él y ella) habían estado en Centros de Acogida de Menores y no habían conseguido desarrollar las habilidades sociales adecuadas en este aspecto tan específico de la convivencia.

Nacemos sin saber nada y tenemos la vida entera para aprenderlo todo. Lo de vivir en pareja es un arte. Y, como todo arte, se aprende. Las cosas importantes no se venden en los supermercados, hay que ganárselas con esfuerzo y exigencia. Pero hay un inconveniente: lo del esfuerzo y la exigencia, en estos tiempos, no se lleva. Ahora «vende» más lo fácil y cómodo, el creer que las cosas se consiguen sin esfuerzo. ¡Cuándo nos desengañaremos! Si vivimos solas o solos y «vamos a nuestra bola», lo que nos ocurra nos afecta en el ámbito personal, ¡y ya está! Pero, si vivimos junto a otras personas, nos debemos a ellas como ellas a nosotros. Es ley de vida y además para nuestro bien.

- Se forma una pareja con el único propósito de **ser felices juntos**, porque se quieren. Y es que lo primero y fundamental en una pareja es que ambos se

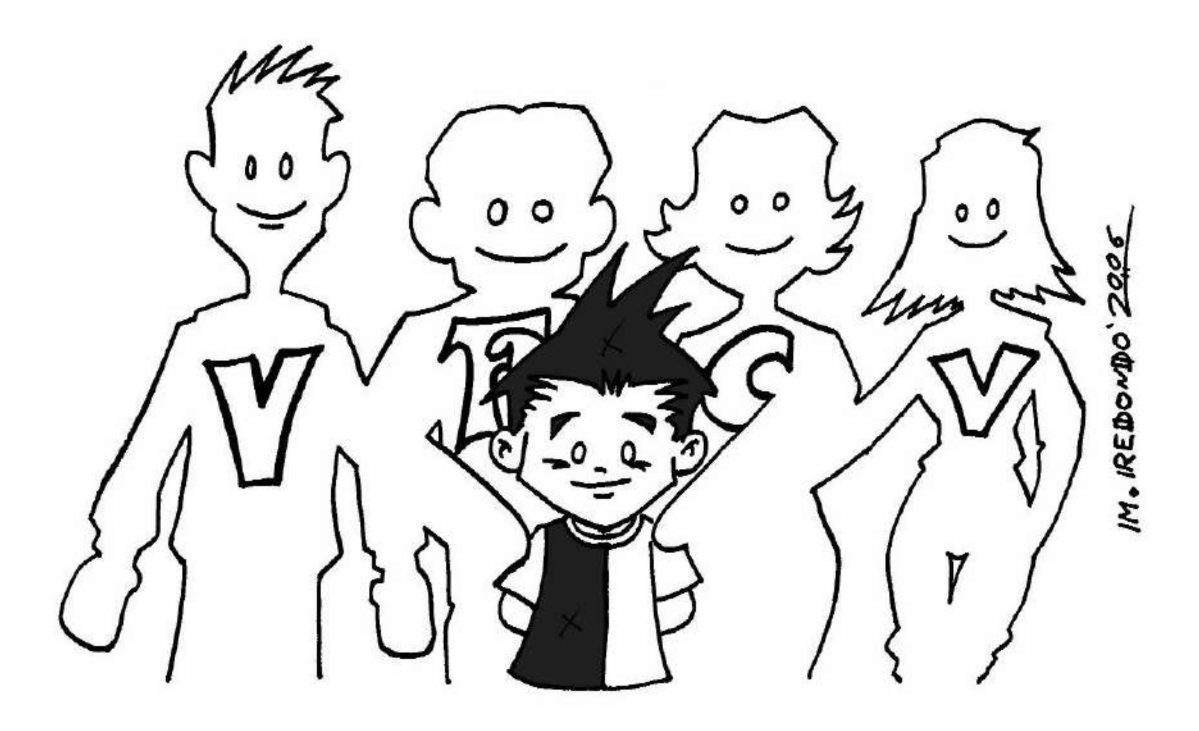
quieran y se amen de verdad. Esto es lo que les hará felices.

- Desde el marco de un **proyecto de pareja** se sitúa la historia común que desean para los dos y para la futura familia que se forme.
- Hay que **asumir la propia historia y la historia del otro miembro de la pareja;** para eso hay que contarla. Todo lo que no se dice, se oculta o se cuenta a medias, termina siendo una carga para la propia vida de la pareja y es fuente de numerosos conflictos.
- **El trabajo responsable**, dentro y fuera de la casa, es una obligación de los dos que contribuye al bienestar de la pareja y a la propia realización personal.
- En cuanto al **aspecto económico:** hay que **ajustarse al dinero** del que se dispone y no vivir por encima de las posibilidades que se tienen.
- **El respeto debe de ser mutuo;** sin respeto no hay convivencia, ni armonía, ni paz. Es imprescindible evitar todo tipo de violencia verbal, física o de otro género; todas las personas tenemos nuestra dignidad, que debe ser respetada. La falta de respeto trae tensiones, violencia, ruptura…
- **Los pequeños detalles:** un beso, coger de la mano, una palabra cariñosa, una sonrisa… construyen el amor y superan la inevitable rutina y monotonía de todos los días.
- **Los problemas**, tensiones, conflictos, roces, cabreos, dificultades *son inevitables en la convivencia* de las personas; cuanto más, en la vida de dos personas que están las 24 horas del día juntas. **La paciencia, el aguante y el perdón** son las medicinas apropiadas para superarlas.
- **Quererse, todos los días**, pese a la monotonía, «al siempre igual», al paso del tiempo, o al cansancio, **supone creatividad**, imaginación y, para ello, mantener el tipo; a veces, hay que poner buena cara porque el otro miembro de la pareja ese día lo necesita.
- **La mentira, el engaño, las verdades a medias**, el ocultamiento por miedo, o por complejos o por vergüenza, son el inicio de numerosos conflictos, problemas y separaciones. *La verdad ha de ir siempre por delante aunque cueste decirla*.
- **El cariño, la ternura, el afecto, los mimos** son manifestaciones necesarias para fortalecer el amor entre los miembros de la pareja.
- **Hablar**, comunicarse, es una necesidad absoluta en la pareja. Comunicarse pero con palabras que acaricien y hagan bien y no mal. *Hablar para animarse mutuamente, para ilusionarse, para proyectar, para corregirse y mejorarse, para festejar la vida en común*.

Y cuando vengan los hijos, frutos del amor, se han de encontrar un hogar de paz, armonía, alegría y respeto, y crecerán como personas libres que buscarán la felicidad como su madre y su padre. EL AMOR ES UNA CONQUISTA DE CADA DÍA.

60

Necesidad de las familias colaboradoras y del voluntariado



Hablo de necesidad, pero de una necesidad mutua. Me explico: el Hogar necesita de familias colaboradoras y de un generoso voluntariado; de hecho, en la historia del Hogar, han sido imprescindibles —lo siguen siendo— sus intervenciones y sus presencias temporales y cualificadas. Pero, del mismo modo, las familias colaboradoras y el voluntariado necesitan de esta experiencia para su enriquecimiento familiar y personal. Siempre nos han agradecido la suerte de poder acompañar o tener en casa a estos chavales. En definitiva, todos salimos ganando.

Antes de seguir adelante, conviene delimitar a qué me refiero cuando hablo del voluntariado y de las familias colaboradoras en la vida del Hogar. Recuerdo que, al poco tiempo de iniciar la andadura del Hogar, empezaron a venir alumnos del Instituto en el que yo daba clase, para apoyar y reforzar académicamente a los menores. Al principio, les costaba a unos y a otros lo de dar clase: a nuestros chicos porque no querían estudiar y a los voluntarios, aunque eran más las voluntarias, porque no sabían qué hacer para

enseñar. Pero la cercanía y la constancia fueron allanando el camino.

El voluntariado sigue estando presente durante el año en el Hogar: son jóvenes, profesores y profesoras, que buscan un hueco en sus horarios y dedican su tiempo, sobre todo, a reforzar los conocimientos básicos de lectura, escritura y cálculo para que los menores superen su situación de analfabetismo, pues todos sin excepción vienen con las mismas carencias académicas. No es que sean muchos los voluntarios: las circunstancias de la vida hacen que un año puedan estar y el siguiente a lo mejor no, pero nunca han faltado y cada año se van renovando.

El voluntariado abre también el campo de su participación en vacaciones y los fines de semana. Con ellos organizamos talleres, actividades deportivas, excursiones… y, sobre todo, es de agradecer su compañía y su apoyo en las tareas que llevamos a cabo con los menores. Hay vacaciones que se hacen muy largas y su presencia en el Hogar, facilita mucho las cosas.

En cuanto a las familias colaboradoras, siempre han estado presentes en nuestros programas educativos. Con ellas el Hogar se expande hasta confundirse con sus hogares. Los chicos vienen contentísimos de los días pasados con estas familias que abren sus puertas, con todo el cariño del mundo, acogiendo a uno o dos de nuestros chavales.

Como sucede con el voluntariado, es durante las vacaciones o en algunos de esos puentes largos, el momento más apropiado para tener esta experiencia de convivir con los menores, en este caso, en casa de las familias colaboradoras. Los comentarios generales que hacen los chicos cuando llegan de las casas es lo bien que les han tratado y, las familias, por su parte, nos comentan que a los chavales se les ve muy educados. Y todo ello es verdad.

Después de todo lo dicho, voy a comentar la importancia y qué se pretende en el Hogar con el hecho de que personas ajenas al centro participen e intervengan en el mismo.

En primer lugar, están los menores. Creo que se merecen la oportunidad de conocer a personas que no miran sólo por sus propios intereses, sino que son generosas y a las que les importan los demás. Es bueno que experimenten el altruismo, la generosidad, la gratuidad, la solidaridad, y que vean que hay personas que se preocupan por ellos; es más, que los quieren y los valoran. También es bueno que tengan experiencias con familias, diferentes a la suya, para que tengan referencias de que en las familias se puede vivir y es posible organizar las cosas de otras maneras, distintas a las que ellos han vivido. No deja de ser un modelaje.

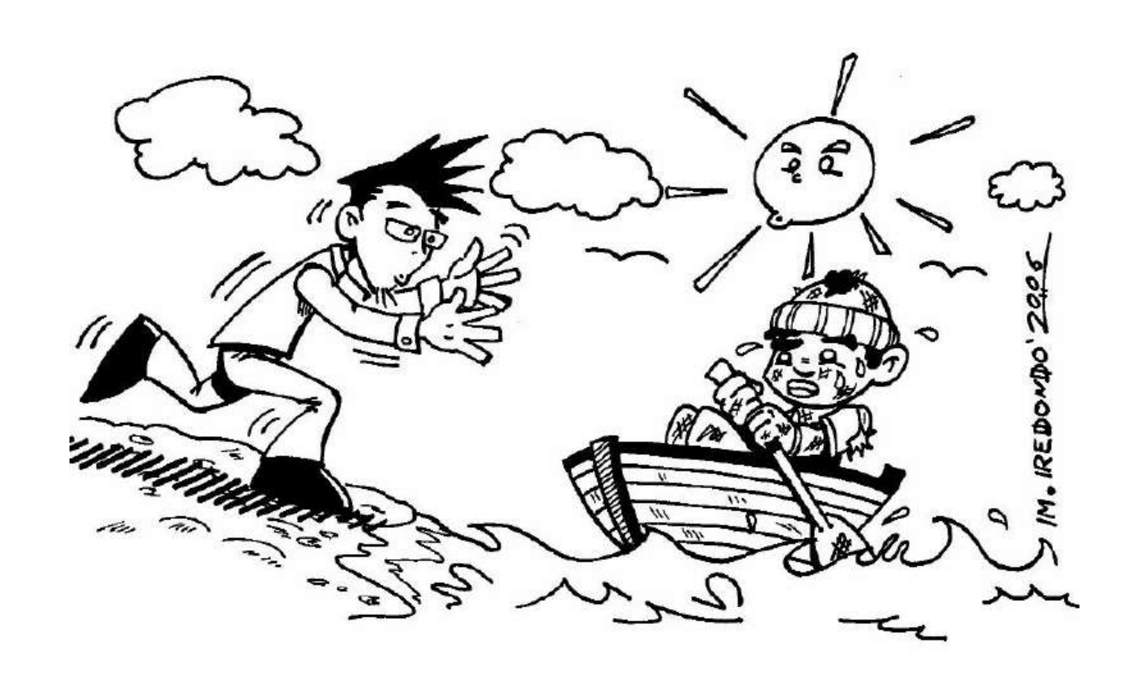
En segundo lugar, están las familias colaboradoras y el voluntariado. Creo que es positivo para ellos conocer otras realidades diferentes de las que están acostumbrados a vivir. Los menores aportan una visión nueva de la realidad marginal, de las pobrezas que están cerca de nuestros hogares, de una infancia que, sin comerlo ni beberlo, ha vivido en sus carnes la violencia y el maltrato, la explotación, el abuso, la negligencia o el abandono. Todo esto creemos que es bueno oírlo y conocerlo, aunque, lamentablemente sea así, a través de estos chavales.

Y en tercer lugar, están los educadores del centro, la comunidad religiosa en este

caso, que está las 24 horas del día y todos los días del año con los menores y también necesita la de estas personas de confianza para que les ayudan a educar a estos adolescentes y se hagan responsables de ellos en algún momento; de modo que la comunidad pueda tomarse un tiempo para descansar, para formarse, para ausentarse del Hogar unos días y poder recargar las pilas. La verdad, todo hay que decirlo, pero se necesitan estos tiempos «fuera del Hogar» para poder seguir con lucidez y competencia la tarea rutinaria de cada día.

Para terminar, añadiré que con el voluntariado y las familias colaboradoras tenemos contactos asiduos y compartimos con ellos unas pautas y orientaciones —lo hemos ido aprendiendo con la práctica— para que su participación sea enriquecedora, tanto para los menores como para ellos mismos. Es imprescindible que haya unos criterios educativos comunes en nuestras intervenciones.

61
De las pateras al hogar



Una vez más se produce el hecho conocido de la infancia jugando a ser adultos. Lo que no sabemos es si estos niños lo hacen por convicción o por obligación o por necesidad. En cualquier caso, lo que me vino a la mente cuando llegó al hogar el primer menor marroquí fue: «Este muchacho ha arriesgado su vida por llegar "a la tierra prometida", de momento, nuestro Hogar, y no podemos defraudarle». Detrás de él fueron ocupando las plazas que nos iban quedando libres otros que, como él, habían dejado su pueblo, su familia, sus raíces… hasta el punto de que, en la actualidad, ya son mayoría los muchachos marroquíes en el Hogar.

Creo que estas páginas no son el lugar para analizar el problema de las migraciones; más bien nos corresponde dar una respuesta de acogida, de adaptación y, lógicamente, educativa a estos chavales que han llegado y que están en nuestro Hogar, siguiendo, de esta forma, el mismo proceso que se está llevando con los menores. Todo lo cual no impide el punto de vista personal sobre este fenómeno nuevo y que también trataré de exponer.

El problema inicial, para empezar, es que la mayoría de los jóvenes que vienen no saben español. Por tanto, la tarea más urgente es que lo aprendan, al menos hablarlo,

para que nos podamos comunicar con ellos y así nos entendamos, tanto para atender sus necesidades como para que comprendan nuestros mensajes. No es fácil la tarea, pues no disponemos de mediadores; así que la experiencia es que nos tenemos que arreglar como podemos. Últimamente, hemos podido facilitarles la asistencia a una academia para aprender español. También ocurre que, como el grupo va aumentando, entre ellos se ayudan. Por otra parte, este dato puede convertirse en una dificultad añadida, pues, por la ley del mínimo esfuerzo, prefieren hablar en su idioma con sus compañeros en vez de hacerlo en español.

Otro punto que valoramos y tratamos de abordar con prontitud es el aspecto legal de su situación. No es fácil. Cuando cumplen los 16 años, tratamos de orientarles hacia el mundo del trabajo; pero, como no tienen «papeles», se suelen complicar las cosas. Hasta la fecha, la solución ha sido que varias empresas se han solidarizado con este problema contratándolos, requisito previo, para avanzar en su regularización.

En la vida en el Hogar se desenvuelven bastante bien. En general, no suelen traer la problemática social que tienen nuestros menores. Ellos tienen otros intereses y, las más de las veces, se extrañan de las conductas de sus compañeros españoles. Por las manifestaciones que hacen estos muchachos parece que, casi todos, provienen de familias normalizadas y rurales de Marruecos; con lo cual no están tan «rotos y desestructurados» como los chavales de aquí. Aunque se van notando diferencias entre los que proceden de medios rurales y los que vienen de las ciudades costeras, éstos son más problemáticos. La pena es que, por atender a los que nos vienen de África, se ha abandonado a los que venían de nuestras áreas marginales y de los que he ido hablando a lo largo del libro.

Pero, atención: si manifiesto pena, no es porque no haya que atender a unos y a otros; todos lo necesitan, vengan de donde vengan; lo digo, porque las plazas para acogerlos, de momento, son las que hay, y si las ocupan unos, no hay espacio para los otros y, resulta, que ambos grupos necesitan ser atendidos. Por consiguiente, el problema es de espacios, de centros y de medios personales y materiales para atenderlos correctamente.

Mientras tanto, vamos descubriendo que, como adolescentes que son, tienen las mismas características y dan parecidas respuestas a las de nuestros menores. A medida que se van familiarizando con su nueva situación, se manifiestan tal y como son y, sea por mimetismo o porque participan de la misma cultura juvenil, empiezan a mostrar conductas disruptivas que se deben atender. En este sentido, después de un tiempo de adaptación al Hogar, la rutina aparece y en el trabajo no hay que bajar la guardia. Es verdad que se nota la diferencia, y que la crispación o la tensión que se producía en épocas en las que todos los menores eran españoles, no se da de forma tan notoria ahora que la mayoría son inmigrantes. Pero, *grosso modo*, el estilo educativo hay que mantenerlo.

En este sentido, lo más llamativo tiene que ver con la alimentación. Respetamos sus costumbres religiosas y de este aspecto nadie se ha hecho especial problema. Creemos, además, que este ámbito es un buen lugar para la interculturalidad dentro del

margen que tenemos para ir aprendiendo unos de otros y facilitar la apertura, la tolerancia y el respeto mutuos. En los dos años largos que llevamos con esta situación, no hemos tenido conflictos racistas o discriminatorios, lo cual es muy positivo.

Nuestra intervención con los que vienen en patera, por hablar de esta manera, no se limita a esperar que cumplan los 18 años, pues hay que atender a su integración inicial y a completar su formación; pero, como su objetivo suele ser la integración en el mundo laboral, hemos abierto un piso con lo que será posible seguir acompañándoles en estos primeros años que no tienen donde acudir. Todos los aspectos relativos a sus familias quedan fuera de nuestro alcance; por eso, la mejor respuesta que se nos ha ocurrido para satisfacer sus necesidades en esta situación de desarraigo familiar es ofrecerles la oportunidad de seguir en contacto con ellos por medio del piso. Esta opción es totalmente libre para ellos; algunos, al terminar su estancia en el Hogar, se han puesto en contacto con algún familiar residente en España para continuar su proceso de integración en la nueva cultura, aunque sus intereses reales se centran en conseguir la regularización y acceder a un trabajo.

62
Espacios y salidas terapéuticas para los educadores



Esta necesidad de espacios personales y de salidas de los educadores puede parecer algo intrascendente, pero creo que es de vital importancia. Planteado de manera simple, se podría formular con la siguiente pregunta: ¿Cómo no «quemarse» viviendo en un Hogar con adolescentes en conflicto y riesgo social? Me imagino que después de todo lo comentado hasta ahora no parecerá tan dura y preocupante esta pregunta, sino de lo más natural y lógica.

La experiencia me confirma que, como uno no active los mecanismos oportunos, termina perdiendo el norte en muchas cosas valiosas de su vida, que hasta el momento de llegar al Hogar fueron bien valoradas y en las que uno se fundamentaba. Sé que la imagen puede resultar un poco exagerada, pero la realidad demuestra que la vida diaria, continuada y permanente en el Hogar ocasiona en la propia persona una especie de terremotos, desajustes y situaciones tensas que pueden hacerte tambalear y, a veces, te ocasionan serios daños personales.

El día a día en el Centro es un trabajo duro, exigente, comprometido y, a veces,

desagradable y complicado; en bastantes ocasiones desalentador y puñetero, y hasta hay días en que te dan ganas de tirar la toalla… y sin embargo, pese a todo, reconozco que merece, y mucho, la pena.

Permíteme este desahogo, pero se hace necesario y es bueno hacerlo para que se abran los ojos de ilusos y compulsivos optimistas. A los cinco meses de iniciar la andadura del Hogar, tuve que pedir una baja en la Seguridad Social para abandonar las clases de Religión que daba en un Instituto, pero mi propósito era seguir en el centro. Algún alivio conseguí, pero mis malos ratos, incluido el llanto ante la impotencia que sentía, me hacían dudar de si tenía que seguir en el Hogar o, por el contrario, me convenía poner tierra de por medio. Tal vez se activó en mí el amor propio y por eso he podido contar mi experiencia. En honor a la verdad, mi familia, las amistades que uno tiene y la Institución a la que pertenezco estuvieron muy a la altura de las circunstancias y, aunque la procesión iba por dentro, el proyecto siguió su camino. Nunca manifestaré bastante mi agradecimiento a todas cuantas personas estuvieron a mi lado, incluida mi madre, que me repetía una y otra vez que lo mío era estar en un colegio dando clases y dejarme de tantas historias.

Yo ya tenía referencias, de oídas, claro, de otros centros y hogares parecidos al nuestro sobre todas estas situaciones de dificultad; pero uno se hace la ilusión de que con él va a ser distinto. Me dijeron por activa y por pasiva que el primer año en el que se abre un centro se suelen pasar canutas; pero que si se supera la «prueba», después todo va sobre ruedas. Tal como me vaticinaron ocurrió, y yo añado que la realidad, en este caso, superó los pronósticos. Porque poner los cimientos del Hogar, crear las reglas de juego, las normas de convivencia, los límites necesarios que todo proceso educativo necesita; crear la propia vida del Hogar con sus costumbres y tradiciones, es un proceso que cuesta, y cuesta mucho, como ya he dicho, pero hay que afrontarlo con pasión y con ganas si se quiere que el Hogar sea una buena alternativa para los menores necesitados de este apoyo educativo.

Por todo ello, inicialmente uno se creía que su presencia era imprescindible, hasta el extremo de creer que, si faltaba del Hogar, éste se iba a hundir. Pero la misma realidad me hizo comprender que podía ausentarme del Hogar y que no pasaba nada. Y es que, de vez en cuando, era imprescindible tener un respiro. La tensión se va acumulando y lo que menos quiere uno es explotar. Hay que airearse, romper la rutina diaria, marcharse para dejar de oír los mismos gritos de todos los días, tener las mismas discusiones con pequeñas variantes, estar pendiente de los horarios, dejar de llamar la atención porque una vez más alguno se deja la mochila de clase en la entrada; hay que poner distancia respecto a las pequeñas cosas de cada día para no terminar obcecado, acosado por determinadas obsesiones, con lo que evitas terminar agotado física y mentalmente. Repetir tantas veces las mismas cosas cansa. Me imagino que cualquier persona que vive con adolescentes lo sabe muy bien.

Pero aún hay algún aspecto más que comentar sobre estas posibles situaciones de tensión personal. El trabajo con estos chicos te confronta mucho con tu realidad personal; a lo largo de estos años, por propia experiencia, te das cuenta de que estos

adolescentes provocan un replanteamiento de toda tu vida. Para bien o para mal, saben buscarte las cosquillas y, como el papel que desempeñas para con ellos lo interpretan como una amenaza, como una intromisión, pues continuamente estás interviniendo en sus conductas, cosa que ellos consideran una invasión en su realidad personal, el resultado es que consciente o inconscientemente toman sus «revanchas» y te dan donde más te duele. No tienen reparo en reprocharte las cosas, en ponerte en evidencia en el momento menos oportuno, en recordarte tus incoherencias, en llamarte la atención; en fin, que te «visten de guapo» cuando tienen la menor oportunidad. Como se comprenderá fácilmente, uno no es de piedra y tanto goteo diario va dejando su huella y su marca y, si no están finas las defensas, puedes llegar hasta a «quemarte vivo» en el intento.

Por todas esas cosas y muchas más que se van acumulando, basta recordar las reflexiones que he ido haciendo, son necesarios los que llamo *espacios y salidas terapéuticas para los educadores*. Desde luego, tales «evasiones» se pueden llevar a cabo cuando el Hogar es un Proyecto Educativo que se lleva en equipo; cuando un grupo de personas cree que merece la pena apostar por estos chavales y deciden llevar adelante la tarea de educarles. Sólo desde un equipo bien compenetrado es posible la confianza y seguridad de que tu ausencia temporal, tan necesaria para tomar «un respiro», despejarte o reciclarte para volver con nuevas fuerzas y así seguir en la brecha, no va a dificultar la buena marcha del Hogar.

Cualquier pretexto es bueno: visitar a la familia, un curso que te va a capacitar para realizar mejor el trabajo, la boda de unos sobrinos, el café que te tomas en la casa de unos amigos a los que llevabas tiempo sin saludar, la reunión de una comisión de trabajo a la que perteneces, una tarde de paseo por el campo o la película que ves porque te la han recomendado: lo importante es crear la adecuada distancia, quitarse de en medio. Eso sí, de forma organizada, de manera que periódicamente todos los educadores tengan la oportunidad de disfrutar de dichos espacios y salidas terapéuticas. Es una medida sana y recomendable de cuyos saludables efectos doy fe. Pero además, se hace imprescindible si quieres seguir realizando tu trabajo en el Hogar en las mejores condiciones para cumplir con tus responsabilidades y con los compromisos adquiridos para con estos menores que, no se olvide, son el motivo y la razón de ser de tu presencia en el centro.

63

Conclusión: y educar es…



Y educarse es educarse uno mismo junto a otros. Bueno, ese es el camino. Porque yo creo en la interacción educativa y exagero este principio hasta el punto de que me atrevo a afirmar que las posibilidades que tengo de educar a los demás, están en proporción a mi actitud de dejarme educar por ellos. Dicho de otra manera, no educo si no estoy abierto y dejo que me eduquen aquellos a los que pretendo educar. Aquí está, a mi modo de ver, la gran apuesta.

Sentada esta primera apreciación, como condición necesaria para que la educación se haga posible, me vas a permitir que termine la narración de esta experiencia educativa que acabo de contarte con algunas de las reflexiones que sobre la educación vengo madurando y utilizando durante bastantes años y que he pretendido, siempre, que estén presentes a lo largo de toda mi trayectoria como educador que, dicho sea de paso, no se limita a los años que he pasado en el Hogar La Salle.

Me enseñaron estudiando Magisterio que el concepto educación se puede definir de muchas maneras y, de hecho, son tantas como los autores que se dedican a estos estudios, pero yo me quedé con dos de estas definiciones:

Primera. Educar es sacar de dentro de uno mismo aquello que le potencia y le

hace desarrollar sus posibilidades hasta la perfección de sí mismo. El educador, por consiguiente, lo único que hace es ayudar al educando a sacar lo que tiene dentro.

Segunda. Educar es completar en uno mismo aquello que le viene de fuera y que le falta para realizarse plenamente como persona. El educador, por tanto, lo único que hace es ofrecerle y darle al educando todo aquello que le falta para ser una persona realizada.

A mí me parece que las dos definiciones no son excluyentes. Creo que las dos son complementarias y se necesitan para lograr la educación plena del ser humano. El educador como mediador, facilita la relación entre un estímulo y una respuesta y proporciona los instrumentos adecuados para que la respuesta sea lo más lograda posible. El educador añade con relación al educando la intencionalidad educativa; ya lo comentaba más arriba.

No olvidemos que la intencionalidad educativa es algo muy importante en toda esta historia, aunque conviene no darla por supuesto y creer que todo el mundo tiene claro el fin de todo el proceso educativo. Estoy seguro de que si preguntamos por las finalidades de la educación, éstas serán tantas como personas que nos manifiesten su opinión. Lo que se puede ver como una riqueza, si todas ellas van integrando y configurando el logro del ser humano. Claro, que también pueden ser fuente de permanente conflicto, si las distintas visiones sobre la educación son contrapuestas o se contradicen entre sí. La experiencia narrada en este libro nos da cuenta de esto mismo.

Por mi parte, cuando hablo de educación me estoy refiriendo a contribuir en el desarrollo y plenitud del ser humano con la única finalidad de hacerle feliz. Ya lo he ido diciendo a lo largo de estas páginas.

De todo lo dicho sacaré varias conclusiones sobre la educación:

— Que es un proceso esencialmente dinámico entre dos personas en un contexto dado.
— Que pretende el desarrollo pleno del individuo como persona.
— Que busca la inserción activa y consciente de la persona en el mundo social.
— Es un proceso permanente e inacabado que dura toda la vida humana.
— Pretende la capacitación sociolaboral, es decir, la educación como socialización o como preparación profesional.
— Proporciona los medios y ayudas necesarias para alcanzar la liberación de la persona, partiendo de la propia aceptación, tanto de las limitaciones intrínsecas al propio educando, como de las que le impone su entorno.

Tras estas conclusiones, llego a la parte final de la historia y de las reflexiones que pretendía contar. Como colofón de todo lo dicho, haré referencia a aquellos valores que entiendo deben estar presentes en todo proceso educativo (cultura del ser) que pretenda, como ya he dicho, la madurez humana:

— **El respeto a la dignidad de la persona**.
— **Desarrollar el espíritu crítico**.
— **Autonomía y equilibrio personal**.

- **Utilizar correctamente la libertad**.
- **Vivir la fraternidad**.
- **La promoción de la justicia y la educación para la paz**.
- **Practicar la solidaridad con los excluidos y marginados**.
- **Potenciar los valores fundamentales del creyente: fe, esperanza y amor**.

Anexo

RECURSOS PARA ASAMBLEAS Y ENTREVISTAS

1. Los cachorros del asfalto se van a la selva

Esta narración pretende ser una fábula sobre la vida del Hogar. En ella se recoge la vida de unos y otros, los errores y los aciertos. Trata de contar las incidencias propias de todo proceso educativo. Están los educadores que tienen la responsabilidad de educar, porque les ha sido encomendada, y se encuentan, por otro lado, los educandos que, como tales, se enfrentan a la realidad de prepararse para su futura integración en la sociedad. En esta hermosa tarea de interacción educativa surge y se desarrolla la vida misma de unos y de otros. El texto fue pensado y escrito para una asamblea del Hogar.

Hace mucho, pero mucho tiempo, existía la costumbre de celebrar todos los años en la selva africana **el Gran Consejo de la Selva**. En aquella asombrosa reunión no faltaba nunca ningún animal. Era bonito ver a los carnívoros junto a los herbívoros y, a éstos, junto a los omnívoros. Así que, todos, todos los animales estaban interesados y en esta ocasión todos se respetaban.

Como siempre, inició tan magno encuentro **don León**, el rey de la selva. Todos los animales estaban expectantes y con recia voz dijo el rey: «Queridos habitantes de la selva: Os he convocado un año más para tratar los numerosos problemas que están complicándonos la existencia en nuestra querida selva.

De entre todos los problemas, el que más nos preocupa ahora es el de la mala suerte que tienen **algunos de nuestros cachorros**. Pues, debido al afán depredador del hombre, muchos se quedan huérfanos; otros, como sus padres están ocupados en buscar el alimento, están desatendidos; además hay algunos cachorros que han sido abandonados a su suerte, pues nadie quiere saber nada de ellos, lo cual es muy lamentable. Esta triste situación de desprotección impide que los cachorros aprendan a sobrevivir y a defenderse en la complicada vida de la selva y muchos de ellos mueren antes de tiempo.

Ante tal problema, nuestro muy querido amigo **el señor Elefante** ha sugerido una propuesta que a bastantes de nosotros nos parece la más acertada. Él mismo nos la va a exponer».

Así dijo el señor Elefante: «Como muy bien ha dicho **don León**, nuestros cachorros están muy indefensos. Así que hemos decidido crear una reserva en la selva en la que se junten todos los cachorros abandonados, y también todos aquellos cuyos padres deseen dejarlos en la reserva. **Doña Cierva**, que se ha ofrecido voluntariamente, se encargará de prepararlos, para que, cuando sean grandes, se puedan defender y logren sobrevivir. A ella le dejamos ahora la palabra». (Todos los animales aplaudieron la buena idea de la reserva para los cachorros abandonados.)

Y dijo doña Cierva: «Con mucho gusto he aceptado, porque creo que es muy importante el adiestramiento y preparación de los cachorros para su futura vida en la selva. Que no os quepa la menor duda de que dedicaré todo el tiempo que me sea posible para atender y enseñar a todos los cachorros que lleguen a la reserva.

Pero, creo que debe quedar clara una cosa: que los cachorros que se integren en la reserva tienen que cumplir unas mínimas reglas de juego, sin las cuáles no se les podría adiestrar y preparar adecuadamente para el futuro. Por lo cual, si algún cachorro no se comporta debidamente, es decir, no cumple las mínimas reglas de juego por las que se regirá la reserva, me veré obligada a denunciar el caso al Gran Consejo de la Selva, con la finalidad de que se le expulse». (Todos los animales estuvieron de acuerdo con **doña Cierva.)**

Don León tomó finalmente la palabra y clausuró el encuentro, no sin antes invitar a todos los asistentes a participar en la tradicional fiesta del agua. La fiesta consistía en realizar algunos concursos en el lago que había en el centro de la selva.

Al día siguiente de celebrarse el Gran Consejo, comenzaron las tareas para acondicionar el lugar de la reserva. Los **Gorilas y Búfalos** se presentaron voluntarios para hacer la empalizada. Los **Elefantes** hicieron un pequeño lago para que los Cachorros se bañaran. Los **Orangutanes** y los **Chimpancés** plantaron muchos árboles para poder desarrollar los diversos ejercicios de entrenamiento. Y las **Jirafas**, que todo lo ven, se encargaron de buscar a los cachorros abandonados.

Cuando todo estuvo terminado, **doña Cierva** reunió a los cachorros y les explicó la importancia que tenía que estuvieran recogidos en la reserva y, sobre todo, las esperanzas que habían puesto todos los reunidos en el Gran Consejo para que se formaran y prepararan bien, pues cuando salieran de la reserva, la vida en la selva no les íba a ser fácil.

Los días transcurrían sin muchas novedades. **Doña Cierva** tenía mucha ilusión y no le faltaba paciencia. Claro, todas las cosas no podían salir bien, pero las dificultades se iban resolviendo. Un día, estaba enseñando a nadar a algunos cachorros de los Gamos y el cachorro del Cocodrilo, jugando con ellos, le rompió a uno la pata derecha. Fue un incidente sin importancia, porque los cachorros se estaban divirtiendo.

Pese a que todo marchaba bien, cada día llegaban más cachorros, y **doña Cierva** solicitó del Consejo Permanente de la Selva un ayudante para llevar con más agilidad y atención todas las actividades. El Consejo aceptó la petición y le enviaron al **señor Oso**.

Poco a poco, **doña Cierva y don Oso** se reunían para organizar las distintas actividades. Algunas las hacían conjuntas, pero, para una mayor efectividad, todas las demás las dividieron y cada uno se quedó con aquellas actividades que mejor podía realizar.

Ahora bien, eran los cachorros los que mejor lo pasaban. Pues aprendían a camuflarse entre los arbustos, para que el hombre no les pudieran cazar. También, con los ejercicios que hacían, lograban dominar la técnica de esconder los alimentos cuando ya habían satisfecho su hambre. Otros días, se entrenaban en saber olfatear, y así distinguir cuándo les acechaba el peligro. Otra técnica que les gustaba mucho era la de orientarse en la selva, pues, como era muy grande, existía la posibilidad de perderse. Eso sí, todas las mañanas, el primer ejercicio que realizaban consistía en hacer una larga marcha, pues era bueno fortalecer los músculos para el día de mañana y también para ir adquiriendo destrezas para desenvolverse en la selva.

Pero no todo era de color de rosa. Algunos cachorros del Tigre empezaron a cansarse y, sobre todo, a meterse con **doña Cierva**. Estos cachorros querían más libertad, es decir, salir fuera de la reserva ellos solos. Claro, **doña Cierva** le consultó a **don Oso** la propuesta de los cachorros y llegaron a la conclusión de que todavía no estaban preparados para irse a la selva.

Entonces, los cachorros del Tigre empezaron a crear un malestar entre los demás y a ponerlos contra **doña Cierva**. Se inventaron mil historias, por ejemplo, que no les daba bien de comer. Pero, sobre todo, los cachorros de Tigre se enfretaban a **doña Cierva** públicamente como última responsable de la reserva y trataban de dejarla en ridículo ante los demás cachorros. Claro, esto no podía seguir así, y **doña Cierva** acudió al Gran Consejo Permanente de la Selva a exponer el caso.

El Consejo determinó que, si después de avisar a los cachorros de Tigre tres veces seguían creando conflictos entre **doña Cierva** y los demás cachorros, no cabía más posibilidad que expulsarlos de la reserva, aunque quedaran indefensos, ya que no estaban del todo adiestrados y preparados para sobrevivir en la gran selva. Pero que por culpa de unos pocos cachorros no se iba a perjudicar al conjunto de todos los demás.

Y ocurrió lo que tenía que ocurrir. Los cachorros de Tigre no quisieron dar su brazo a torcer y, como querían salirse con la suya, no hubo más remedio que expulsarlos de la reserva. Los que más lo sintieron fueron **doña Cierva y don Oso**, porque sabían que en la selva había muchos peligros: estaban las alimañas, las serpientes, las víboras y las aves carroñeras; en fin, cantidad de enemigos que iban a dificultar la integración de los cachorros de Tigre.

No obstante, la vida en la reserva siguió con normalidad, aunque a algunos cachorros les dio que pensar lo acontecido con los cachorros de Tigre. Por entonces, y a pesar del escarmiento, los Cachorros de Zorro insistían en quererse liberar y salir; claro que, al ser más pequeños, pensaron hacerlo a su manera. Todo ocurrió cuando unas serpientes se asomaron por la empalizada y llamaron la atención a estos cachorros quienes, al principio, muy inocentemente, se creyeron todas las patrañas que les dijeron las serpientes y empezaron a seguir sus orientaciones, en vez de atender los consejos que les daba **doña Cierva**.

Por lo demás, la táctica que utilizaron parecía más diplomática: por un lado, cuando estaban con **doña Cierva**, aparentaban y decían unas cosas agradables para quedar bien; pero, cuando estaban solos, maquinaban la forma de fastidiarla, aun sabiendo que **doña Cierva y don Oso** se preocupaban por instruirlos y prepararlos para

su futura vida en la selva.

Pero, como en la selva y más en la reserva, tarde o temprano todo se sabe, **doña Cierva y don Oso** también se enteraron de las maquinaciones de los cachorros de Zorro. Y no le quedó más remedio a **doña Cierva**, como la última responsable de la reserva, que llamarles la atención. Claro que, como los cachorros de Zorro eran más pequeños, se les hizo ver que se dejaran de tonterías y se integraran a la vida de la Reserva, que era lo que mejor les podía servir para el día de mañana.

Mientras tanto, los demás cachorros seguían con interés las diferentes actividades adiestradoras programadas en la Reserva. Algunas eran más exigentes que otras, pero los cachorros reconocían que era mejor esforzarse ahora para poder estar bien preparados y formados para su futura integración en la selva, ya que como de todos es sabido, en la selva pueden ocurrir las cosas más inesperadas. Así que, desde luego, se trataba de estar bien adiestrados.

Pero, como parece que, si no hay problemas, la vida no tiene chispa, **los cachorros de la Pantera** dijeron que ya estaban cansados de tanto entrenamiento y de tantas normas, así que vieron la forma de salir de la reserva por la noche, con lo cual, por lo menos se consolaban y podían hacer lo que les daba la gana, sin que nadie estuviera encima de ellos. La escapada nocturna funcionó las primeras noches; pero un día, a la vuelta de la aventura, se encontraron con **don Oso** que los había echado de menos, pues un cachorro de la Cebra se puso enfermo y, al ir a cuidarle, se dio cuenta de que faltaban los cachorros de la Pantera. Sin decirles nada les indicó que se fueran a dormir. A la mañana siguiente, los llamó y les recriminó la gran imprudencia que cometían al marcharse por la noche. Les dijo que la noche está llena de peligros y que podían echar a perder todo lo que se estaba haciendo con ellos. Ellos se rieron y burlaron de él, porque decían que lo pasaban muy bien y que, además, nadie les ponía normas fuera, que donde íban podían hacer lo que quisieran. Aceptaron, porque no les quedaba más remedio, la sanción que les pusieron y quedó así la cosa.

Pasados unos días, un gran revuelo hubo en la Reserva. Nadie sabía lo que pasaba exactamente, pero los cachorros de la Pantera no habían vuelto esa noche a la Reserva. **Doña Cierva** hizo las correspondientes investigaciones y todos lamentaron la noticia: los cachorros de la Pantera habían sido engañados y los habían secuestrado para llevarlos a un zoo de la ciudad. Todos se quedaron muy tristes porque sabían que en el zoo se perdía la libertad. Estaban encerrados siempre en una jaula y su vida quedaba totalmente frustrada. Es verdad que comían y estaban cuidados, pero el precio era muy alto. Vivían encerrados; ya no eran libres.

Pero no todo va a ser negativo. En la Reserva también sucedían historias agradables. Algunos cachorros se aplicaban para hacer bien su apendizaje y sus entrenamientos. Claro que les costaba esfuerzo y algunos avances eran una verdadera exigencia, pero ellos sabían que les esperaba un futuro mejor. **Los cachorros de los Lobos** ponían mucho interés en aprender las técnicas de la caza, les gustaba vivir en manada, seguían con interés los ejercicios para coordinarse como grupo al hacer las cosas y es que estaban asimilando que juntos podrían salir adelante mejor que solos.

También estaban los **cachorros de los Monos;** su máxima ilusión era estar en un circo. Todos los cachorros sabían que un circo era la ocasión para viajar, de conocer el mundo, las ciudades, los pueblos. Se hacía mucho turismo. Además, en el circo se les trataba bien, se alimentaban mejor y, encima, te aplaudía la gente cuando salías a escena. Uno se hacía pronto famoso y **los cachorros de los Hombres** se divertían con ellos. Eso sí, había que aprender a realizar las habilidades propias de un circo, pero merecía la pena el esfuerzo. Estos cahorros no solían poner muchas pegas, pues tenían muy claro lo que querían ser en el futuro.

Y así fue pasando el tiempo, hasta que llegó el final del año. De nuevo, **don León** convocó el **Gran Consejo de la Selva**. En esta ocasión, le correspondía a **doña Cierva** una participación importante. Al prinicipio de la reunión, **don León** le concedió la palabra. Y **doña Cierva** expuso, con cierto nerviosismo, pero con claridad, la memoria de lo que había ocurrido en la Reserva durante todo el año. Dijo que los cachorros lo habían pasado muy bien y que, desde luego, se habían cumplido los objetivos marcados.

Después explicó que todos los cahorros se habían adaptado a las reglas de juego que regían la Reserva. Además, muchos cachorros progresaban en el adiestramiento para sobrevivir en la selva. Y, aunque lo sintió mucho, tuvo que hacer mención a lo acontecido con los cachorros de Tigre y de Zorro, aunque estos últimos, insistió, parece ser que trataban de adaptarse a la vida y a las exigencias de la reserva, aunque no todos.

Cuando terminó, todos los animales del Gran Consejo la felicitaron y, por unanimidad, le pidieron que siguiera animando la Reserva. A **don Oso** también se le pidió que siguiera acompañando a **doña Cierva**, pues había desempeñado su papel con acierto. Y también se reconoció su trabajo a los diveros colaboradores; sin ellos, el adiestramiento no se habría llevado a feliz término.

Y, colorín colorado, este cuento se ha acabado.

2. Asamblea especial

Estamos prácticamente a mitad de curso y es un buen momento para reflexionar y revisar cómo nos van las cosas, siempre pensando en mejorar y pasarlo mejor. Por eso vamos a dedicar esta asamblea a contestar un cuestionario personal y luego lo comentaremos en el grupo.

. ¿Te encuentras a gusto con tu persona, con lo que te está pasando en la actualidad?

. ¿En el Hogar te sientes bien, como si fuera tu casa? ¿Lo cuidas y respetas?

. Las actividades del Hogar: tareas, talleres, clases de apoyo… ¿te resultan complicadas el hacerlas o las crees necesarias?

. Tus compañeros, ¿te facilitan las cosas o te encuentras con ellos en tensión y a disgusto?

. ¿Cómo te va en el Instituto o en la Escuela Taller? ¿Estás aprovechando el tiempo?

. En el taller de la Esperanza, ¿te van bien las cosas?

. ¿Vas teniendo amigos y amigas fuera del Hogar?

. Puedes dar alguna sugerencia para el buen funcionamiento del Hogar.

3. ¿Cómo te encuentras?

Dinámica para una asamblea en la que se pretendía la introspección y un mayor conocimiento de los compañeros.

- Elige tres gerundios y tres adjetivos que reflejen tus actitudes, sentimientos, situación… en este momento de tu vida.
- Puedes añadir otras palabras si no te satisfacen las de la lista.
- Comunica al grupo los gerundios y adjetivos que has elegido y explica el porqué de cada uno.
- Responde a las preguntas que te hagan los compañeros.

GERUNDIOS	**ADJETIVOS**
* empezando	* aburrido
* buscando	* entusiasmado
* huyendo	* contento
* comprometiéndome	* triste
* progresando	* animado
* luchando	* desconfiado
* enloqueciendo	* desanimado
* despreciando	* parado
* acelerando	* confiado
* logrando	* molesto
* fastidiando	* sosegado
* creando	* inquieto
* destruyendo	* atascado
* triunfando	* camuflado
* gozando	* fastidiado
* llorando	* hundido
* añorando	* encantado
* sudando	* despistado
* llegando	* perdido
* animando	* traicionado
* volviendo (o de	* amado

* hundiéndome
* retrocediendo
* muriendo
* cambiando
* ansiando
* dudando
* arriesgando

* comprometido
* desenganchado
* marginado
* incomprendido
* agobiado
* desilusionado
* cansado

4. Las cosas buenas que hago (guión de entrevista)

1. Escribe dos cosas buenas que haces en el Colegio:
—
—

2. Escribe dos cosas buenas que haces en el Centro-Hogar:
—
—

3. Escribe dos cosas buenas que haces con los hermanos del Centro:
—
—

4. Escribe dos cosas buenas que haces con tus compañeros:
—
—

5. Escribe dos cosas buenas que haces para tu provecho:
—
—

6. Escribe otras dos cosas buenas que te gustaría hacer:
—
—

5. Contrato para retomar la marcha

Yo______________________________________ me comprometo a seguir las dinámicas normales, de la tarde, propuestas en el Hogar La Salle, como lo he venido haciendo hasta ahora.

En caso contrario, se seguirán tomando las medidas oportunas para que yo retome la marcha normal del Centro.

Granada, a 30 de mayo de 2000

6. El hogar no es una isla

En bastantes ocasiones se oye decir que una cosa es lo que pasa en el HOGAR y otra cosa es lo que hacemos en la calle, en el trabajo o en el Centro de Estudios. Es como si fuera distinta la persona que actúa cuando está en el Hogar de aquella que lo hace en los otros lugares en los que se desarrollan los demás aspectos de la vida, siendo en realidad la misma.
Por parejas, vamos a reflexionar sobre este desajuste, para lo cual contestamos estas preguntas:

[a]. ¿Estamos de acuerdo en que una cosa es estar en el Hogar y otra cosa es estar fuera del Hogar? ¿Por qué?

[a]. Creemos que somos igual estemos donde estemos. ¿Por qué?

[a]. ¿Puede ocurrir que el hecho de actuar de malas maneras repercuta a la hora de tener un trabajo en Guadix?

[a]. ¿Qué pienso de ir gritando o metiéndome con las chicas por la calle?

7. Orientaciones para la familia durante las vacaciones

Estas orientaciones se leerán y comentarán con la propia familia, para hacerles ver la importancia que le damos al seguimiento del hijo durante su estancia con ellos.

Estimada familia, nos complace dirigirnos a ustedes para saludarles en estas fechas navideñas y desearles paz y prosperidad.

Como saben, estamos interesados en mantener una estrecha relación entre el Hogar La Salle, donde se encuentra su hijo, con su propia familia, por entender que unos y otros podemos favorecer el sano crecimiento y educación de su hijo.

Tanto ustedes como su hijo han manifestado el deseo de pasar juntos estas fiestas navideñas. Nosotros hemos propuesto al Servicio de Atención al Niño (Granada) la posibilidad de esta visita a la familia y, como les ha parecido bien, nos disponemos a organizar dicha visita.

Entendemos que su hijo está siguiendo un ritmo de horarios y de actividades, así como de tareas y responsabilidades, en el Hogar La Salle y no quisiéramos que todo esto se olvidara durante las vacaciones.

La colaboración que les pedimos es que mantengan unos mínimos de exigencias con su hijo; ya sabemos que son días de vacaciones pero no se puede tirar por tierra todo lo que venimos haciendo, no se olviden de que estamos educando.

Nos gustaría que en la casa su hijo siguiera haciendo estas cosas:

— Hacer la cama todos los días.

— Colaborar en la limpieza de la casa, pues no está en un hotel.

— Dedicar, al menos, una hora al día para hacer algo de lectura, escritura o cuentas. Lleva en su mochila los materiales para hacer este encargo.

— No llegar muy tarde. Lo normal es que a las 12 esté en la casa, aunque alguna noche pueda llagar un poco más tarde.

También les vamos a proporcionar, por medio de su hijo, una hoja en la que tienen que ir anotando si realizan estas cosas y otras que ustedes vean convenientes.

Que estas vacaciones sean ocasión para pasarlo bien en la familia y en compañía de su hijo.

Cuadro para seguir las actividades que hace su hijo en la casa

Se trata de poner una cruz (+) si lo ha hecho bien

DÍAS	Hacer la cama	Limpieza	Estudio	Salidas
24 diciembre				
25				
26				
27				
28				
29				
30				
31				
1 enero				
2				
3				
4				

OBSERVACIONES O SUGERENCIAS QUE DESEAN HACERNOS

+
+
+
+
+
+
+
+

Nota importante: Los días que hemos puesto una línea, el muchacho no tiene que hacer ninguna tarea escolar.

8. El termómetro del Hogar

Pon una cruz al final de las frases con las que estás de acuerdo

1. Normalmente ordeno la habitación.
2. Las toallas a veces no se colocan bien en el servicio.
3. Las escaleras, en bastantes ocasiones, se ensucian de barro.
4. Las mañanas las aprovechamos bien casi todos: Instituto, trabajo, PGS…
5. Suelo dejar mis cosas en cualquier sitio.
6. Los servicios de abajo suelen estar sucios.
7. Hago todas las mañanas la cama.
8. Creo que tendría que cuidar más mi higiene personal.
9. Algunos suelen faltar al respeto a compañeros y educadores.

0. Hacemos bastante bien el estudio de la tarde.
1. En más de una ocasión hay suciedad en el suelo y no la quitamos.
2. Observo que se fuma mucho más que antes.
3. Me cuesta organizar mi tiempo libre.
4. Algunos se ofrecen voluntarios para hacer trabajos extras.
5. Buscamos la comodidad y evitamos el esfuerzo.
6. Me cuesta ordenar la ropa.

7. Llevamos un tiempo que hablamos con mala educación.
8. Algún día que otro desperdicio comida.
9. Como no estén pendientes los educadores, tratamos mal las bicis y las dejamos en cualquier sitio.
0. Suelo administrar bien el dinero que se me da.
1. En general, solemos ser puntuales.

2. Me gusta provocar a los demás.
3. Suelo echar la ropa a lavar los días que corresponden.
4. Fácilmente solemos botar el balón en la casa.
5. Solemos cumplir bien con las tareas y responsabilidades de la casa.
6. Soy de los que ponen la música fuerte.

7. Pintar cerámica es una actividad que hago con agrado.
8. Tengo la costumbre de escupir en el suelo.
9. Se escuchan muchos gritos en la casa.
0. En general, me llevo bien con mis compañeros.

9. Criterios de convivencia básicos

A todos nos gusta estar bien, no tener problemas; además, nos molesta que nos llamen la atención y nos desagrada que nos insulten o nos peguen.

Como somos muy cómodos, vamos a lo fácil y tratamos de quitarnos de en medio siempre que podemos. Pero esto no es un hotel donde cada uno va a su aire. Vivimos en un Hogar y cada uno tiene su puesto y su misión.

En el Hogar se trata de ser felices, pasarlo bien, sentirse a gusto; pero hay que conseguirlo con todos los que vivimos en el Hogar. Claro que esto cuesta y hay que esforzarse. Ahora bien, ¿estamos todos de acuerdo en que tienen que ser así nuestras relaciones? Una buena cosa del Hogar es que todos nos podemos ayudar. En vez de crear un ambiente negativo y conflictivo, en la mano de cada uno está la posibilidad de crear un ambiente positivo y bueno.

Ya sabemos que siempre tendremos problemas y que no somos perfectos, pero podemos ayudarnos unos a otros para superar nuestros problemas.

Para favorecer la relación y la convivencia proponemos algunas normas que ya venimos cumpliendo y que se trata de concretar para tener todos las ideas muy claras y saber a qué atenernos. Hay que evitar posturas extremas como, por ejemplo, ahora no quiero hacer esto porque no me da la gana. Desde este momento me voy a portar mal. Todo tiene sus consecuencias:

Asearse por la mañana, ducharse por la tarde y limpiarse los dientes…	Me da derecho a utilizar el día siguiente la televisión.
Tener la habitación ordenada, después del desayuno: armario, cama, suelo…	Me da derecho a utilizar el día siguiente el ordenador.
Hacer, a su hora, las responsabilidades que me tocan cada día…	Me da derecho a utilizar la bicicleta los fines de semana y los días que se indiquen en el verano.
Aprovechar, cada día, el tiempo de las actividades educativas: clases de apoyo, lectura eficaz, talleres, manualidades…	Me da derecho a tener la paga completa. Si fallo un día cobraré 1 euro menos.

Cuando los educadores valoren que la semana se ha pasado bien y se ha hecho un esfuerzo de superación…	Se darán gratificaciones: entrada de cine los martes, una hora especial de ordenador o de bicicleta, 2 euros extras de paga…

10. Filosofía de los vales

1. Objetivos

* Facilitar los hábitos y responsabilidades más comunes.
* Fomentar la Autoestima.
* Tratar de estimular y motivar las buenas conductas.
* Recordar con eslóganes pequeñas metas para habituarse a ellas.

2. Forma de conseguir los vales

a) Entrega de los vales

La entrega se hará por la noche después de cenar. Esta práctica contribuirá a realizar la revisión del día.

Aunque dé los vales un educador, se tendrán en cuenta las anotaciones de los demás del equipo educativo.

b) Acciones que se reforzarían

a) Levantarse, aseo-higiene y ordenar sus cosas de la habitación.

b) Tareas del desayuno, comida, merienda y cena.

c) Clases de apoyo. Talleres.

d) Cuidar y tener ordenado el material escolar.

e) Tareas, obligaciones y responsabilidades comunes del Hogar.

c) Compensación de los vales

1. Refuerzos positivos: se dan vales

30 VALES, una entrada para el cine.

60 VALES, doble paga.

5 VALES, si se quiere utilizar la bicicleta o el ordenador en el caso de que se esté sancionado.

2. Refuerzos negativos: se quitan vales

1 VALE, por gritar en la casa en cualquier momento.

2 VALES, por levantarse antes de terminar la comida.

3 VALES, por no comer a la hora.

4 VALES, por faltar al respeto a un compañero o educador.

5 VALES, por salir sin pedir permiso.

d) Modelos de vales

Juan: te felicito por ser ordenado	Pepe: muy bien por decir la verdad	Jesús: estupendo, te vas superando

11. Programas para desenvolverse en la vida

Pasados los primeros años en el Centro, los menores se van acercando a la mayoría de edad y vemos la conveniencia de establecer unos programas que les sigan ayudando a conseguir aquellos hábitos, costumbres y actitudes que les ayuden a ser autónomos.

OBJETIVOS

- Partir de las habilidades de los menores.
- Precisar con ellos las necesidades futuras fuera del Hogar.
- Crear programas que den respuesta a tales necesidades.
- Dedicar un tiempo semanal a dichos programas.
- Implicar en todo momento a los menores.

RELACIÓN DE PROGRAMAS

- Aprender los hábitos fundamentales de la vida autónoma.
- Aprender a cocinar.
- Lavado y cuidado del vestuario.
- Estrategias para la búsqueda de trabajo.
- Primeros auxilios.
- Administración de la economía: ingresos y gastos.
- Organización y orden de la casa.
- Llevar una programación general de la semana.
- Organización del ocio y tiempo libre.
- Manejarse en el cuidado de la casa: arreglos, compras…
- Saber desenvolverse en asuntos oficiales y administrativos.
- …

METODOLOGÍA

En el desarrollo de los programas, facilitar el protagonismo de los menores, pero desde un acompañamiento y seguimiento por parte de sus educadores.

TEMPORALIZACIÓN

Semanalmente se dedicarán cuatro sesiones y se podrán llevar simultáneamente varios programas.

RECURSOS HUMANOS Y MATERIALES

El personal implicado en el Hogar y aquellos técnicos que se estime oportuno, según el programa.

Petición de subvenciones a distintos organismos.

EVALUACIÓN

Se llevarán a cabo las distintas fases de la evaluación: inicial, continua y final.

Se hará la evaluación de los programas en todos sus elementos.

12. Un Hogar limpio: es salud para todos

Punto de partida

A todas las personas nos gusta tener la ropa limpia, sin manchas, y lo mismo podemos decir de tener una habitación ordenada. No es igual entrar en una sala de estar en la que todo está limpio y en su sitio, que en otra donde reine el desorden y la suciedad y en la que los muebles aparezcan llenos de polvo y todo desordenado: las cortinas rotas y descolgadas, los armarios sin orden ni concierto o las sillas rotas y colocadas de cualquier manera; seguro que resulta más acogedora y cómoda una sala ordenada y limpia, aunque el mobiliario sea pobre y sencillo.

En el fondo, a todos nos gusta tener todo limpio y ordenado. Lo que realmente nos cuesta es limpiar las cosas y tenerlas ordenadas. Fácilmente decimos que los otros son quienes tienen que ordenar y limpiar las cosas. ***De verdad, ¿tiene que ser así?***

PARA SER UNA PERSONA ORDENADA Y LIMPIA

- *Con el tiempo, os haréis mayores, formaréis una familia, tendréis una casa y, si habéis practicado el orden, si os habéis acostumbrado a la limpieza, os será fácil que en vuestro hogar todo resulte agradable, acogedor y cómodo. Nunca os avergonzaréis, si tenéis una visita, porque todo estará limpio y ordenado.*
- *Todo empieza por la higiene personal. El ejercicio físico, la actividad que hacemos genera sudor, manchas, olores corporales… Todo esto se puede evitar con un buen aseo y cuidando la ropa. Los primeros que salimos ganando somos nosotros y después las personas que nos rodean. Además, la suciedad puede favorecer ciertas infecciones.*
- *En el Hogar La Salle tenemos unos locales y espacios que de manera especial utilizamos: habitaciones, salas de juego, televisión, estudio y aseos. Nos corresponde a nosotros tenerlos a punto y con una buena presentación. Es cuestión de organizarse.*
- *No es la primera vez que nos han visitado nuestras familias o nuestras amistades y a todos nos gusta que vean todo en perfecto estado. Y esto lo vemos en nuestras propias casas. A nuestra familia también le gusta tener todo limpio y bien ordenado cuando alguien nos visita.*
- *De todo lo dicho podemos deducir que debemos acostumbrarnos a ser limpios y ordenados con nuestras cosas personales y con los locales que utilizamos. Todos saldremos ganando. Para ello tendremos en cuenta lo siguiente:*

En cada uno de los locales pondremos unas hojas informativas con las orientaciones que nos ayuden a tenerlo todo limpio y ordenado y para saber utilizar los locales.

DISTRIBUCIÓN Y ORDEN EN LAS HABITACIONES Y CUARTOS DE BAÑO

- Por las mañanas, hay que asearse al levantarse, dejar la cama hecha antes de ir al Instituto o a la Escuela Taller y dejar la habitación ordenada.
- En los armarios de las habitaciones ha de estar bien colocada la ropa, en la parte de abajo, y en la parte superior los demás objetos personales.
- La ropa se deja bien doblada en los armarios y distribuida según el uso.
- Habrá una llave del armario nuevo en cada habitación y la otra se guardará en dirección, en el llavero general.
- Debajo de las camas tienen que estar solamente la alfombra y las zapatillas de andar por casa o las chanclas de ir al baño.
- En las perchas de las habitaciones se colocan las batas, monos de trabajo y prendas similares.
- En los cuartos de baño hay perchas suficientes para dejar las toallas y tienen que estar bien colocadas.
- En los armarios del cuarto de baño, tiene que colocarse, ordenadamente, todo el calzado y los útiles para su limpieza (cepillos y betún).
- El material de limpieza se encuentra en el armario del pasillo, que se dejará ordenado una vez que se utilice.
- Por las tardes, habrá un seguimiento para que, durante el tiempo de la ducha, se deje ordenada la habitación y se limpie el cuarto de baño.

EL ORDEN Y LA LIMPIEZA DE LA CASA NOS AYUDAN A SER ORDENADOS Y LIMPIOS EN NUESTRAS COSAS Y EN NUESTRAS PROPIAS PERSONAS.

ORDEN Y LIMPIEZA EN LOS LOCALES DE USO COMÚN

SALA DE JUEGOS

- Los armarios deben permanecer cerrados y ordenados sus contenidos.
- El futbolín, la mesa de pin-pon y el mueble de la videoconsola estarán sin nada encima y bien limpios de polvo.
- El suelo barrido y fregado, cuidando la limpieza de los rincones.
- Hay que vaciar la papelera y cuidar de que no haya nada alrededor de ella.

SALA DE TELEVISIÓN

- Los sillones han de estar colocados en su sitio.
- Los libros y vídeos, bien colocados en el mueble.
- Quitar bien el polvo de la sala.
- Barrer toda la habitación, incluso detrás de los sillones.
- Fregar y secar el suelo.
- Vaciar la papelera.

SALA DE ESTUDIO

- Los ordenadores habitualmente han de estar apagados.
- Las mesas, los armarios, los muebles y las sillas tienen que estar bien colocados, sin nada encima que indique desorden, y limpiar el polvo.
- Vaciar la papelera para que no haya suciedad.
- El suelo barrido, incluso por los rincones.
- Fregar y secar bien el suelo.

SERVICIOS Y ESCALERAS DEL PISO DE ABAJO

- Los servicios, al carecer de ventilación directa, tienen que estar muy limpios; si no se llenan de suciedad y de malos olores.
- Se trata de limpiar la taza y el lavabo.
- Hay que barrer y fregar el suelo.
- La toalla y el papel higiénico tienen que estar en su sitio.
- Las escaleras hay que barrerlas, fregarlas y limpiar el polvo.

NOTA IMPORTANTE:

Cada uno tendrá la responsabilidad, durante una semana, de tener todo bien limpio y ordenado. Sin duda ganaremos todos.

EL ORDEN EXTERNO DE LAS COSAS

FACILITA EL ORDEN INTERNO DE NUESTRAS PERSONAS

Índice